

LA HABITACIÓN ROBADA



ROBERT CASANOVAS



Resumen

París, otoño de 1920. Kōjirō Matsukata, aristócrata japonés apasionado por el arte occidental, adquiere "La Habitación de Arlés" de Van Gogh. Este lienzo excepcional enriquece una colección notable constituida a lo largo de las décadas con amor y respeto por el arte europeo. Pero la Segunda Guerra Mundial va a trastornar el destino de la colección. En 1944, en las oficinas del gobierno provisional francés, se trama una de las expoliaciones artísticas más sofisticadas de la historia moderna. Ochenta años más tarde, Pierre Bertier, profesor animado por una sed de justicia, descubre los mecanismos ocultos de esta expoliación. Armado únicamente con su determinación, se lanza a un combate titánico contra la maquinaria diplomática francesa. El caso Matsukata, tal como se relata en esta novela inspirada en hechos reales, demuestra que la justicia no se mide únicamente por la obtención de restituciones concretas, sino también y sobre todo por la transformación progresiva del debate público. A veces, plantear las preguntas correctas con perseverancia resulta más importante que obtener inmediatamente las respuestas correctas.

El autor

Robert Casanovas es profesor agregado honorario y miembro de la Sociedad de Gentes de Letras. Jurista apasionado por la historia de las colecciones artísticas, ha consagrado largos años al estudio de las apropiaciones de obras de arte por los Estados. Presidente de la ONG International Restitutions, ha publicado numerosos trabajos académicos sobre el tema.



ADVERTENCIA

Esta novela histórica es una ficción inspirada en hechos reales. Los nombres y apellidos de los personajes fallecidos han sido conservados. Los nombres y apellidos de los personajes aún vivos han sido modificados. Algunos personajes ficticios han sido añadidos para la coherencia de la narración.

La versión original, redactada en francés, ha sido traducida a varios idiomas extranjeros. Las versiones traducidas pueden contener errores lingüísticos, contrasentidos o aproximaciones.



Versión española

La Habitación Robada

Robert Casanovas

casanovas@hotmail.com

Depósito legal septiembre 2025 – Ebook digital y versión papel

© 2025 Casanovas. Todos los derechos reservados

ISBN: 979-10-979984-3-1

www.international-restitutions.org

Portada: Óleo sobre lienzo «La habitación en Arles» de Vincent Van Gogh

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1: Las nubes se amontonan

Capítulo 2: La maquinación de 1944

Capítulo 3: La tenaza se estrecha

Capítulo 4: Las negociaciones secretas

Capítulo 5: La comedia de la restitución

Capítulo 6: Los años del olvido

Capítulo 7: El renacimiento de un combate

Capítulo 8: La batalla internacional

Capítulo 9: La reacción francesa

Capítulo 10: El punto muerto legislativo

Capítulo 11: La larga batalla

Epílogo

LA HABITACIÓN ROBADA

PRÓLOGO

París, otoño de 1920

Octubre anegaba París bajo un cielo bajo y húmedo. Kōjirō Matsukata levantó el cuello de su abrigo, un hermoso tres piezas inglés que apreciaba particularmente. Aminoró el paso, buscando en los jardines ese respiro que precedía a sus citas importantes.

Curioso su trayecto. Hijo de un antiguo primer ministro japonés, fortuna construida en la industria naval, diplomado de Yale... Y helo ahí recorriendo las galerías parisinas como un crío en una confitería. Su madre nunca habría comprendido su pasión. «¿Por qué interesarse en el arte de esos bárbaros occidentales?» le había dicho un día, con la crueldad inconsciente de las mujeres de la aristocracia Meiji que sabían manejar la humillación como otras el abanico. Murió sin ver que quizás él había tenido razón, pero también sin comprender que su colección era su manera de resolver la contradicción que lo desgarraba: ser japonés en un mundo que se occidentalizaba, ser un industrial moderno atormentado por el esteticismo tradicional.

Su pequeña libreta roja pesaba en su bolsillo. Cada adquisición estaba anotada allí con un cuidado meticuloso que revelaba su naturaleza. Un perfeccionista obsesivo incapaz de soltar, un hombre que había transformado su vulnerabilidad en fuerza mediante la acumulación metódica. Más de mil telas ahora. Conocía de memoria cada detalle, cada historia. Su memoria fenomenal le permitía brillar en sociedad, pero le impedía olvidar el menor fracaso. Y hoy, Paul Rosenberg le prometía algo excepcional.

La galería de la calle La Boétie olía a barniz y rosas marchitas. Rosenberg tenía la manía de disponer ramos por todas partes,

como si la belleza de las flores pudiera realzar la de los lienzos. Refinado, pero calculador, había sabido convertir su gusto auténtico en instrumento de poder económico.

—¡Ah, señor Matsukata! —exclamó el marchante—. Espero que esté de humor generoso.

Rosenberg lucía la sonrisa encantadora de los grandes negociantes. Matsukata lo apreciaba por su franqueza. Al menos, con él, nada de fingimientos. Uno sabía que venía a comprar, él sabía que vendía. La claridad brutal de las relaciones comerciales lo descansaba de la hipocresía de los salones parisinos donde se fingía interesarse solo en el arte puro.

—Muéstreme entonces ese tesoro —respondió Matsukata, disimulando mal la impaciencia que lo devoraba.

—Van Gogh. La habitación en Arlés. Tercera versión.

El nombre restalló en el aire como un latigazo. Matsukata sintió que algo se oprimía en su pecho. Van Gogh... Siempre había sentido debilidad por ese holandés loco, y su fascinación perturbaba al coleccionista que era. Vincent encarnaba todo lo que Kōjirō se prohibía. El abandono, la locura creadora, la indiferencia al juicio social. Su manera de pintar la soledad hablaba a un hombre que permanecía fundamentalmente solo. Un industrial que acumulaba arte para colmar un vacío que los negocios no lograban llenar.

El lienzo estaba allí, colocado sobre un caballete, iluminado por la luz tamizada de la galería. Las paredes azules, el suelo rojo y blanco, esa cama que te invitaba a acostarte... Matsukata se acercó. No era de esos coleccionistas que tocan, no, miraba, intensamente. Su contención física traicionaba su educación japonesa, pero también un temor, el de mancillar con su contacto lo que le parecía sagrado. El arte era para él un refugio.

—La pintó para su madre —murmuró Rosenberg, que conocía las debilidades de su clientela—. Imagínese... Vincent, solo en su

hospital de Saint-Rémy, pintando una habitación depurada destinada a la mujer que le había dado la vida.

Kōsaborō Hiōki, su consejero que lo acompañaba, se aclaró discretamente la garganta. Hombre de la sombra por vocación tanto como por necesidad, había construido su carrera sobre su capacidad para adivinar los deseos inexpressados de su amo. Su intuición casi sobrenatural enmascaraba un complejo de inferioridad social que había transformado en arma. Procedente de la pequeña burguesía, compensaba sus orígenes modestos con una competencia irreprochable. Su fidelidad a Matsukata mezclaba reconocimiento sincero y cálculo sutil. Servir a un visionario le permitía participar en la grandeza por procuración.

—Tiene un alma particular —dijo en japonés, eligiendo la lengua para crear una intimidad frente al marchante—. Podría ser la pieza central de su museo.

Matsukata asintió con la cabeza. Su museo... Ese sueño un poco loco de ofrecer a Japón una ventana sobre el arte occidental mostraba lo que él era. Desgarrado entre dos mundos, esperaba reconciliarlos mediante la armonía. Sus compatriotas lo tomaban por un original, pero su incomprensión alimentaba también su orgullo de ser diferente. Había en Matsukata un gusto por el desafío que rozaba a veces el orgullo desmesurado.

—Sabe, Rosenberg, la habitación... me recuerda la mía, en Kioto, cuando era niño. Misma simplicidad, misma búsqueda de paz. Van Gogh buscaba un refugio. Yo también, de cierta manera.

Tal confianza, rara en alguien habitualmente tan dueño de sí, revelaba la fisura del coleccionista. Detrás del industrial consumado se escondía un niño herido que nunca había superado la austeridad de su educación. El arte se había convertido en su lenguaje de los sentimientos, el único territorio donde se autorizaba la vulnerabilidad.

El marchante sabía que tenía a su cliente. Rosenberg sobresalía en el arte de descifrar las grietas psicológicas de sus compradores.

Detrás de su refinamiento se ocultaba un pragmatismo que confundía cinismo y lucidez sobre la naturaleza humana.

—Es suya por...

Negociaron durante una hora. No sobre el precio —Matsukata tenía medios— sino sobre los detalles, la autenticidad, la procedencia. Las cosas importantes, pues. Su meticulosidad enmascaraba su angustia. ¿Y si su adquisición, como todas las demás, no lograba colmar el vacío que lo habitaba? Pero era demasiado tarde para retroceder. La bulimia de obras se había convertido en él en una droga blanda, la única manera de dar sentido a una existencia que el éxito social no lograba satisfacer plenamente.

Esa misma tarde, en su apartamento del distrito VII, Matsukata inscribió cuidadosamente en su libreta:

«La habitación del artista en Arlés, Vincent Van Gogh, 1889, óleo sobre tela, 57,3 × 73,5 cm. Adquirida en Paul Rosenberg, 15 de octubre de 1920. Una obra que me persigue desde hace mucho en mis sueños».

Estas últimas palabras, las había añadido por impulso. No era su costumbre dejar traslucir sus emociones en sus inventarios. Pero algo en el lienzo lo había tocado de manera diferente. Quizás su soledad pintada que hacía eco a la suya, quizás su candor que contrastaba con la complejidad torturante de su existencia de gran burgués cosmopolita.

Van Gogh había sabido transformar su locura en gracia; él intentaba transformar su melancolía en colección.

No podía saber que sus pocas palabras garabateadas marcaban el inicio de una historia que sobrepasaría su propia vida. Que la habitación apacible pintada por un artista torturado se convertiría en objeto de una batalla jurídica encarnizada. Que gobiernos, abogados, herederos se disputarían durante años la imagen de un despojamiento punzante. La ironía de la historia quería que un hombre en busca de equilibrio se convirtiera en el protagonista

de un conflicto que revelaría los apetitos más sórdidos de la diplomacia cultural.

Matsukata dejó su pluma y miró por la ventana las luces de París. Mañana, volvería a buscar piezas. Siempre su sed de añadir una pieza al rompecabezas, su carrera desenfrenada hacia un absoluto estético que se le escapaba sin cesar. Siempre su convicción de que construía algo importante para el futuro. Tenía razón, pero no como se lo imaginaba. Su búsqueda personal iba paradójicamente a engendrar décadas de conflictos. Su esperanza de reconciliación iba a revelar los peores instintos de posesión de los Estados-nación.

La Historia se burla de las buenas intenciones.

CAPÍTULO 1: LAS NUBES SE AMONTONAN

Londres, principios de agosto de 1939

Kōsaborō Hiōki tenía cita con el responsable del guardamuebles Pantechnicon. Llegado temprano, esperaba en una oficina desocupada que olía a cerrado y a cera de abeja.

Ese olor evocaba el viejo templo de Kioto. Asociación perturbadora: su exilio londinense lo había separado de sus raíces espirituales.

Por la ventana sucia, Londres despertaba en la bruma. Empleados apurados, vendedores de periódicos que gritaban los titulares: «¡Hitler rechaza todo compromiso!». Como si alguien lo dudara todavía. La evidencia le pesaba. Desde hacía meses, percibía los signos precursores que todos se negaban a ver, cultivando un pesimismo lúcido que lo aislaba cada vez más de sus contemporáneos optimistas.

La espera se hacía larga. Veinte minutos.

Repensó en su primer encuentro con Kōjirō Matsukata en 1896. Él, pequeño empleado en un banco de Kobe, y el joven aristócrata que hablaba de revolucionar el arte en Japón. En aquella época, había sido seducido por la audacia del proyecto, pero también por la esperanza de un ascenso social que su nacimiento modesto le prohibía normalmente. «Hiōki...», le había dicho en su encuentro, «vamos a ofrecer a nuestro pueblo la belleza de Occidente». El sueño corría el riesgo de morir en las llamas de la guerra, y con él se derrumbaría el edificio de toda una vida consagrada a servir un ideal.

Aprovechó esta pausa para sacar de su bolsillo una carta que había recibido algunos días antes. Sus manos temblaban ligeramente —no a causa de la edad, solo tenía sesenta y cuatro años— sino a causa de las palabras que había leído y releído más de diez veces. La inquietud lo llevaba a sus primeros años en Japón, cuando su padre lo había iniciado en las sutilezas de la

caligrafía. «Las manos que tiemblan revelan el alma que duda», le decía. Cuarenta y dos años al servicio de la familia Matsukata, y nunca se había sentido tan desvalido.

Solo veía las palabras de Matsukata, redactadas con la escritura fina que conocía de memoria: «Prepárese para lo peor, mi fiel amigo. Los militares han tomado el poder. Nuestro país se desliza hacia el abismo, y nuestra colección corre el riesgo de seguirlos».

La proximidad con su amo siempre lo había halagado, a él, el pequeño empleado, confidente de uno de los hombres más poderosos de Japón. Pero hoy, la intimidad lo aplastaba con responsabilidades que nunca había deseado cargar.

¿Qué quería decir eso? Hiōki había dado vueltas a la frase por todos lados, no se volvía más tranquilizadora. Conocía lo suficiente a Matsukata para saber que nunca dramatizaba. Si él hablaba de abismo, es que el abismo ya estaba allí.

Un golpe discreto en la puerta lo sacó de sus pensamientos sombríos.

—¿Señor Hiōki? Soy Morrison. Disculpe mi retraso, mi taxi se averió.

James Morrison dirigía el Pantehnicon desde... ¿cuándo? ¿Veinticinco años? ¿Más? Un tipo sólido, en todo caso. Uno de esos británicos que te miran directamente a los ojos cuando te hablan. Francmasón, como muchos en su medio. Miembro de la Gran Logia Unida de Inglaterra, pasado venerable maestro de la City of London Lodge n.º 901, disponía de numerosas relaciones y se beneficiaba de información obtenida en buena fuente. Hiōki lo apreciaba. Morrison trataba la colección japonesa con el mismo respeto que si se tratara de la colección privada de la familia real. Y Dios sabe si algunos de sus colegas eran menos respetuosos cuando se trataba de clientes «exóticos».

—No se disculpe, la mecánica es a veces caprichosa. Iba justamente a...

—Perdóneme por interrumpirlo, pero me temo que tenemos un problema. Un gran problema.

Morrison tenía una manera particular de pronunciar «problema» cuando las cosas iban mal. No era del tipo que se alarmara por nada. La contención típicamente británica, que contrastaba con la expresividad japonesa de Hiōki, creaba entre ellos una complicidad nacida de sus diferencias mismas.

—Dígame todo.

Morrison se instaló en un sillón de cuero verde que crujía. Parecía cansado. Más que cansado, incluso. Preocupado. Realmente preocupado. Hiōki reconocía los signos de agotamiento en aquel a quien sospechaba de cargar con el peso de responsabilidades mucho más pesadas que su aparente trabajo en el guardamuebles.

—Recibí la visita de dos caballeros del Home Office, ayer por la mañana. Muy educados, muy correctos. Demasiado correctos, si me entiende. El tipo de cortesía que esconde una trampa.

Hiōki entendía demasiado bien. Había tenido que ver con tales funcionarios en Japón.

—¿En qué se interesaban?

—En usted. Bueno, en la colección. Querían saber qué estaba almacenado aquí. El tipo de preguntas que se hacen cuando se preparan... medidas.

Morrison se interrumpió para sacar una pequeña petaca de su bolsillo. Se la ofreció a Hiōki, quien rehusó con un gesto. El inglés bebió un sorbo de whisky antes de continuar.

—Tenían expedientes. Expedientes así de gruesos. Con su nombre encima, el del señor Matsukata, la lista de todas sus adquisiciones desde 1916. Sabían incluso que había comprado el pequeño Degas en Durand-Ruel en 1923.

—Es sorprendente...

—Me hicieron preguntas muy precisas sobre el valor de las obras, sobre sus medios de financiación, sobre sus relaciones con otros

coleccionistas japoneses en Europa. Y sobre todo, querían saber si tenía contactos con la embajada de Japón.

Hiōki sintió el sudor perlarse en su frente. Por supuesto que tenía contactos con la embajada. ¿Cómo hacer de otro modo cuando se era un ciudadano japonés viviendo en el extranjero? Pero en el contexto actual, los contactos tomaban un significado totalmente distinto. La evidencia lo devolvía a su estatus permanente de extranjero. Después de tantos años en Europa, seguía siendo sospechoso, condenado a justificar perpetuamente su presencia y sus actividades.

—Voy a ser directo con usted. Si estalla la guerra, y va a estallar, no lo dude, y si Japón elige el bando equivocado... las obras serán consideradas como «bienes enemigos». Y los bienes enemigos, sabemos lo que les ocurre en tiempos de guerra, confiscación, venta forzada o destrucción «accidental».

Hiōki cerró los ojos. Siempre había sabido que ese día llegaría. Pero saber y ser confrontado con la realidad era diferente. Como la diferencia entre mirar un precipicio de lejos y estar al borde. La lucidez premonitrice manifestaba en él una forma de masoquismo intelectual. Se había complacientemente preparado para el desastre esperando siempre que nunca llegaría.

En su cabeza, revivía todos los años pasados recorriendo Europa con Matsukata. Las galerías parisinas, los talleres de Montmartre, las subastas en Londres. La pasión devoradora de su patrón por el arte occidental. Los recuerdos exaltantes lo llevaban a la época en que se sentía parte de una misión civilizadora.

«Hiōki...», le había dicho Matsukata en 1920 frente a La habitación de Van Gogh que acababan de adquirir, «...mire, Van Gogh pinta una habitación y hace de ella algo eterno. Eso es el genio occidental: transformar lo cotidiano en arte». Las palabras habían marcado a Hiōki más profundamente de lo que admitía. Habían alimentado en él una fascinación por el arte europeo que

a veces le hacía despreciar las tradiciones estéticas de su propio país.

Todo corría el riesgo de desaparecer a causa de políticos que no entendían nada de arte y todo de relaciones de fuerza.

—¿Cuánto tiempo nos queda, según usted?

Morrison se rascó el mentón. Era un tic suyo cuando reflexionaba. El gesto familiar tranquilizó paradójicamente a Hiōki. Encontraba allí la humanidad de su interlocutor detrás del mensajero de malas noticias.

—Difícil de decir. Yo diría tres meses. Cuatro como máximo. Después, todo bien perteneciente a japoneses corre el riesgo de ser incautado «a título preventivo». Es el término que utilizan ahora.

—Tres meses para trasladar...

Hiōki se interrumpió. ¿Cómo explicar la inmensidad de la tarea? Cientos de obras. Monets, Renoirs, esculturas de Rodin. Toda una vida de pasión resumida en algunas cajas etiquetadas y apiladas en un almacén londinense. La reducción de su existencia a algunos objetos materiales lo humillaba y lo rebelaba simultáneamente.

Recordaba cada adquisición. El Monet de las Ninfeas comprado directamente al artista en 1918. Matsukata estaba tan emocionado que había tenido lágrimas en los ojos. «Es luz pura, Hiōki. Luz capturada y fijada para siempre». La emoción compartida seguía siendo uno de sus recuerdos más preciosos, momento de intimidad espiritual con su amo que compensaba todas las frustraciones de su condición de subalterno.

El Rodin también, el magnífico estudio para Los burgueses de Calais. Lo habían negociado durante tres horas con el propio escultor, en su taller de Meudon. Extraordinario Rodin. Les había contado la historia de cada personaje como si los hubiera conocido personalmente. El encuentro lo había marcado. Por primera vez en su vida, se había sentido igual a gigantes del arte

occidental, sensación embriagadora que había alimentado sus ambiciones ocultas de ser él mismo reconocido como un conocedor.

—Morrison, voy a confiarle algo que poca gente sabe.

¿Hasta dónde podía confiar en él? Pero después de todo, ya no tenía realmente opción. Después de años en Europa, Morrison seguía siendo su único verdadero amigo.

—Tenemos aquí solo una parte de la colección. La otra mitad se encuentra en París, en las bóvedas del museo Rodin.

—Dios santo... ¿Cuántas obras?

—Cerca de trescientas piezas. Quizás más. El señor Matsukata había previsto repatriar todo a Japón en 1925, pero...

—¿Pero?

—100% de derechos de aduana. El gobierno japonés consideraba que el arte occidental desviaba el dinero de la industria nacional. Querían fomentar el arte tradicional.

—Y se encuentran atrapados entre dos fuegos.

—Es lo menos que puede decirse. Un gobierno japonés que considera nuestra colección como antipatriota. Gobiernos europeos que pronto la considerarán como enemiga.

Morrison se levantó y fue a mirar por la ventana. En el almacén de puertas corredizas, se veían las cajas apiladas. Cada una contenía una fortuna. Cada una contaba una historia. Y quizás en algunos meses, todo eso ya no sería más que un recuerdo. Esta visión reforzaba en Morrison una impresión de culpabilidad difusa. Representante de un sistema que se aprestaba a despojar a su amigo japonés, se descubría cómplice de una injusticia que no sabía cómo impedir.

—Voy a decirle algo que quizás no debería decirle. Mis contactos en el Foreign Office, y tengo algunos, hablan de acuerdos secretos entre Berlín, Tokio y Roma. Nada oficial todavía, pero las negociaciones estarían muy avanzadas.

—¿Acuerdos secretos?

—Militares. Un pacto de alianza tripartita, aparentemente. Si es cierto, sus obras londinenses están perdidas. Y probablemente las de París también.

—¿Está seguro?

Morrison sacó una carta que tendió a Hiōki. El gesto testimoniaba en el inglés un valor moral que lo honraba. Al traicionar así sus fuentes, tomaba riesgos considerables.

—Lea. Es un colega de Birmingham que me la envió ayer. Tuvo la misma visita que yo, por un cliente alemán.

Hiōki recorrió rápidamente la carta. Los términos eran técnicos, pero el mensaje era claro. El gobierno británico se preparaba para incautar todos los bienes pertenecientes a ciudadanos de países «potencialmente hostiles». ¿Cómo había podido creer que el arte trascendería los odios políticos?

—No puedo decirle más sobre mis fuentes —continuó Morrison—, pero son lo suficientemente fiables como para que Londres comience a elaborar listas.

—¿Listas de qué?

—De bienes a incautar. De personas a vigilar. De obras de arte a «proteger». ¿Comprende el eufemismo?

Hiōki comprendía perfectamente. Y le daban náuseas. Toda su vida, había creído en las leyes, en los contratos, en el derecho de propiedad. Y he aquí que le explicaban que todo eso solo era polvo en los ojos cuando los intereses del Estado estaban en juego. El descubrimiento de la realpolitik acababa de destruir en él una visión idealizada de Occidente que había guiado toda su existencia.

—¿Qué me aconseja?

Morrison volvió a sentarse. Tenía la mirada grave que se le conocía en los momentos difíciles. La mirada que había tenido

en 1929 cuando la crisis había estado a punto de hacer cerrar el Pantechnicon. Esta gravedad inquietaba a Hiōki.

—¿Francamente? Salve lo que pueda. Transfiera discretamente las piezas más importantes a Francia. El señor Aubert, el conservador adjunto del museo Rodin, es influyente, quizás podrá protegerlas. Al menos temporalmente.

—¿Y si Francia cae?

—Entonces, rece para que la guerra termine algún día. Y que alguien recuerde a quién pertenecían las obras. Empecé en este oficio justo antes de la Gran Guerra. Vi cómo las autoridades trataron las colecciones alemanas y austriacas. Oficialmente, era «secuestro temporal». En los hechos, muy pocas obras reencontraron a sus propietarios.

—Quiere decir...

—Quiero decir que el Estado británico va a invocar razones de seguridad nacional para apropiarse de las obras. Y que en el caos de la guerra, el secuestro se metamorfoseará muy fácilmente en confiscación definitiva.

—¡Pero eso es robo!

—No, es política. El robo implica ilegalidad. De lo que le hablo será legal, enmarcado por leyes de excepción votadas en tiempos de guerra. Ni siquiera podrá presentar una denuncia.

Hiōki se levantó. Afuera, Londres vivía sus últimos días de paz. La gente corría, trabajaba, se divertía, sin saber que muy pronto su mundo iba a bascular.

—Morrison, ¿conoce personalmente a Marcel Aubert?

—Es respetado en el medio. Y sobre todo, es amigo personal del señor Matsukata, ¿no?

—Desde hace más de treinta años. Es él quien organizó la mayoría de nuestras adquisiciones parisinas con Léonce Bénédite, fallecido lamentablemente en 1925. Un hombre fuera de lo

común. Cultivado, íntegro, apasionado del arte. Si hay alguien que pueda ayudarnos...

—En ese caso, debería visitarlo rápidamente. Muy rápidamente. Se quedaron en silencio un momento.

Hiōki pensaba en todos los marchantes que habían encontrado a lo largo de los años. ¿Cuántos de ellos iban a revelarse como aliados? ¿Cuántos otros aprovecharían la situación para enriquecerse?

—Morrison, una última pregunta. ¿Cuánto tiempo va a durar la guerra, según usted?

El inglés retomó su petaca y bebió otro sorbo.

—¿Quiere mi opinión? La guerra será diferente de todas las que hemos conocido. Más larga, más destructiva, más total. Cinco años como mínimo. Quizás diez.

—Diez años...

—Y al final, el mundo que conocemos habrá desaparecido. Los imperios, las fronteras, las reglas del juego... todo va a cambiar. Incluidas las leyes sobre la propiedad artística.

—¿Piensa que...

—Pienso que en diez años, si salimos vivos de la guerra, la noción misma de colección privada habrá quizás desaparecido. Los Estados se van a acostumbrar a controlar el arte, a decidir qué debe ser visto y por quién. Y ya no van a querer devolver el poder. La perspectiva heló la sangre de Hiōki. ¿Una Europa sin coleccionistas privados, sin mecenas, sin la pasión personal que había creado las más bellas colecciones? Era impensable.

—Seguramente exagera...

—Quizás. Espero equivocarme. Pero mire en Alemania. Los nazis controlan todo: quién puede exponer, quién puede comprar, quién puede vender. Deciden qué es «arte degenerado» y qué no lo es.

Morrison se inclinó hacia Hiōki.

—Y si la guerra se extiende al mundo entero, el modelo de control estatal podría bien convertirse en la norma por todas partes.

La conversación se prolongó aún. Morrison sacó de su maletín listas de contactos, mapas de Europa. Explicó las rutas posibles para una transferencia discreta, las personas a evitar, aquellas en las que se podía confiar.

Estaba ese marchante parisino, Henri-Pierre Roché, que conocía a todos los aficionados al arte americanos. ¿Quizás podría organizar una transferencia a Estados Unidos? Pero los costos serían astronómicos, y los seguros probablemente se negarían a cubrir tal transporte en período de tensiones internacionales.

También estaba la solución suiza. Suiza permanecía neutral, y algunos banqueros de Ginebra aceptaban almacenar obras de arte en sus cajas fuertes. Pero de nuevo, habría que pagar al contado, y obtener autorizaciones de exportación que corriesen el riesgo de atraer la atención de las autoridades.

—¿Y Italia? —preguntó Hiōki.

—Demasiado arriesgado. Mussolini está en el bando alemán, aunque no lo admita todavía. Si Japón se alía con Alemania, Italia aplicará las mismas confiscaciones.

—¿España?

—Apenas salida de la guerra civil. Y Franco se inclina más bien del lado de Hitler, aunque evita comprometerse por el momento. Morrison extendió un mapa de Europa sobre su escritorio.

—Mire. En rojo, los países hostiles o que probablemente lo serán. En naranja, los que corren el riesgo de ser invadidos. En amarillo, los neutrales poco fiables.

Hiōki contempló el mapa. Solo quedaban algunas zonas verdes, cada vez más pequeñas.

—Estamos atrapados.

—No necesariamente. Queda una solución que no hemos evocado.

—¿Cuál?

—Vender. Vender rápidamente, discretamente, a coleccionistas privados americanos o sudamericanos. Recuperar el dinero y colocarlo en seguridad.

—Pero el señor Matsukata nunca querrá...

—El señor Matsukata quizás prefiera recuperar el valor de su colección antes que perderlo todo. Y con el dinero, podrá recomenzar después de la guerra.

La idea era seductora, pero Hiōki conocía demasiado bien a su patrón. Matsukata no coleccionaba para enriquecerse. Coleccionaba para crear su museo.

—No. Preferirá tomar el riesgo de perderlo todo.

—Entonces solo le queda esperar que Aubert encuentre una solución en París.

Morrison cerró sus expedientes y guardó el mapa.

—Voy a darle tres nombres. Tres personas en París que podrían ayudarlo. Pero cuidado, en este período turbulento, la codicia reemplaza a menudo la amistad.

Garabateó en un papel, revelando en la escritura apresurada una urgencia que impresionaba a Hiōki:

«Paul Guillaume - galería calle de Miromesnil. Cercano a los coleccionistas americanos. Daniel-Henry Kahnweiler - Excelente red, conoce todos los trucos. Pero de origen alemán, por lo tanto también sospechoso. Ambroise Vollard - Viejo zorro, conoce todos los trucos. Pero no necesariamente honesto».

—¿Son fiables estas personas?

—Tanto como se puede serlo en la profesión. Desconfíe de todos modos. La guerra revela el verdadero carácter de la gente, y no siempre para bien.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que algunos podrían ser tentados de aprovechar su situación difícil para negociar comisiones irrazonables. O para «perder» algunas piezas en el camino.

—¿En qué mundo vivimos?

—En un mundo pronto en guerra. Y en tiempos de guerra, la dignidad se convierte en un lujo que poca gente puede permitirse. Por la tarde, Hiōki regresó a su hotel con la cabeza dando vueltas. Tenía que tomar decisiones que comprometerían el futuro de un patrimonio cultural inestimable.

El hotel Russell, en Bloomsbury, era uno de esos establecimientos victorianos que habían conocido días mejores —y que todavía los recordaban, a juzgar por los precios que continuaban practicando. Hiōki se hospedaba allí desde hacía tres semanas, en una pequeña habitación del cuarto piso que daba a un patio oscuro. No muy lujoso, pero discreto. Y sobre todo, el personal no hacía preguntas embarazosas sobre sus idas y venidas. Al menos hasta el momento.

La señora Henderson, la recepcionista, le tendió su llave con una sonrisa que ocultaba mal su curiosidad creciente. Hiōki cultivaba una cortesía de fachada que le permitía mantener las distancias, pero la acumulación de visitantes despertaba naturalmente las sospechas del personal.

—Un telegrama para usted, señor Hiōki. Llegó por la tarde.

El corazón de Hiōki se aceleró. Un telegrama... Esperaba noticias de Matsukata, rasgó el sobre con gestos febriles que traicionaban las angustias acumuladas desde hacía semanas.

«Situación inquietante Stop Autoridades hacen preguntas sobre colección Stop Sugiero reunión urgente Stop Amistades Stop Aubert».

Se sentó pesadamente en uno de los sillones deslucidos del vestíbulo. Incluso París ya no era seguro. El telegrama lacónico

ocultaba probablemente desarrollos mucho más graves de lo que las pocas palabras neutras dejaban suponer.

Repensó en su último encuentro, en junio. Aubert lo había recibido en su despacho del museo Rodin, entre dos esculturas y pilas de catálogos que se derrumbaban con cada corriente de aire. La atmósfera estudiosa y benévola del lugar contrastaba con las preocupaciones que roían al conservador francés.

«Mi querido Hiōki», le había dicho con la gravedad medida que lo caracterizaba, «siento que los tiempos cambian. Los políticos se interesan cada vez más en nuestras reservas». En aquella época, Hiōki había creído que era una verificación administrativa anodina. Ingenuo que era. Se daba cuenta de que Aubert había visto bien.

Subió a su habitación y se instaló en la pequeña mesa que le servía de escritorio. Afuera, Londres se dormía en la niebla de septiembre. En algún lugar de la ciudad, funcionarios probablemente elaboraban listas con su nombre encima. En algún lugar también, Morrison terminaba su día preguntándose si había tenido razón de contarle todo.

Tomó un trozo de papel y comenzó a redactar su respuesta a Aubert, pesando cada palabra con el cuidado que reclamaban las circunstancias:

«Situación igualmente difícil aquí Stop Reunión con usted indispensable Stop Llego París principios semana próxima Stop Prepárese para lo peor Stop Fielmente suyo Stop Hiōki».

Luego redactó un segundo telegrama. Para Matsukata, en Japón. Las palabras justas se le escapaban. ¿Cómo anunciar a su patrón que tantos años de trabajo corrían el riesgo de irse en humo? ¿Cómo explicar que las democracias occidentales, países que tanto admiraban por su respeto al derecho, se aprestaban a confiscar su colección?

«Conversaciones inquietantes con autoridades locales Stop Transferencia a París considerada Stop Esperamos sus instrucciones Stop Respetuosamente Stop Hiōki».

Dudó largamente sobre los términos. El bello mundo civilizado mostraba finalmente su verdadero rostro.

Repensó en una conversación con Matsukata en 1935. Volvían de una exposición Picasso en Paul Rosenberg. Su patrón estaba pensativo en la acera de la calle La Boétie.

«Hiōki...», le había dicho, «¿cree que hicimos bien en dejar nuestra colección en Europa?».

«Por supuesto, señor Matsukata. ¿Cómo habríamos podido prever la tributación absurda del gobierno japonés?».

«No es de eso de lo que hablo. Me pregunto si no habríamos debido traerlo todo de vuelta a Japón desde 1925, aunque fuera para pagar derechos de aduana exorbitantes. Al menos, nuestras obras habrían estado en seguridad».

«¿En seguridad de qué?».

«De las guerras, Hiōki. Europa tiene una lamentable tendencia a despedazarse cada veinte años. Y cuando los cañones hablan, el arte se calla».

Cuánta razón había tenido su patrón... Hiōki terminó sus telegramas y bajó a llevarlos a la recepción.

La señora Henderson prometió expedirlos lo más pronto posible. Lo miraba extrañamente, con una insistencia reveladora de sus sospechas crecientes.

De vuelta en su habitación, sacó su diario íntimo que llevaba desde hacía años. Ritual cotidiano que le ayudaba a ordenar sus pensamientos y a soportar el exilio. Escribió:

«Londres, 28 de agosto de 1939. La guerra se acerca, y con ella el fin probable de nuestro sueño. Morrison me ha abierto los ojos. Ya no somos coleccionistas, somos objetivos. ¿Cómo hemos llegado a esto?».

Hiōki dejó su pluma y se dirigió a la ventana. En el patio, gatos hurgaban en las basuras con la indiferencia soberana de los felinos. La vida continuaba, inconsciente de los dramas humanos. Los gatos, al menos, no tenían colección de arte que defender. Su espíritu derivó hacia sus primeros años al servicio de la familia Matsukata.

«Hiōki...» le había dicho en su primer encuentro, en un salón suntuoso que olía a incienso y a madera preciosa, «mire a su alrededor. Japón se abre al mundo, pero solo para la tecnología y la industria. ¿Quién comprende que Monet o Rodin valen todos los tratados comerciales del mundo?».

La pasión estaba intacta en Matsukata. Pero el mundo había cambiado. El arte se había convertido en un asunto importante. Las obras, rehenes en los juegos de poder entre naciones. El idealismo de su juventud chocaba con la realidad brutal de las relaciones de fuerza internacionales.

Un golpe en la puerta lo interrumpió en sus reflexiones. Miró su reloj. Diez de la noche. ¿Quién podía... La hora tardía no anunciaba nada bueno.

—¿Señor Hiōki? Un caballero desea verlo abajo. Dice que es urgente.

Hiōki bajó con desconfianza. En el vestíbulo poco iluminado, un cincuentón lo esperaba. Bien vestido, aspecto distinguido, pero algo en su mirada que no le gustaba.

—¿Señor Hiōki? Soy Edward Campbell, de Whitehall. ¿Puedo hablar con usted algunos minutos?

Su sangre se heló. Un funcionario del Foreign Office, a las diez de la noche... La coincidencia era demasiado perfecta para ser fortuita. Morrison tenía razón.

—Por supuesto. Vamos al salón.

Campbell lo siguió a la pequeña sala adyacente al vestíbulo, amueblada con sillones raídos y una mesa coja. Se sentó sin ser invitado.

—Señor Hiōki, voy a ser directo. Sabemos que almacena un importante corpus de arte en el guardamuebles Pantechnicon. También sabemos que su gobierno negocia actualmente un acercamiento con Alemania.

Hiōki no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Negar la evidencia? Su interlocutor conocía manifiestamente todos los detalles y no se contentaba con suposiciones.

—En estas circunstancias —prosiguió Campbell con el tono educado que aprecian los diplomáticos británicos—, el gobierno de Su Majestad se interroga sobre la oportunidad de dejar objetos preciosos en posesión de ciudadanos de un país potencialmente hostil.

—Señor Campbell, nuestra actividad es legal. Todas las compras han sido efectuadas de manera transparente y...

—No lo dudo —cortó Campbell—, pero la legalidad en tiempos de paz y la legalidad en tiempos de guerra son dos cosas diferentes.

La distinción hizo estremecer a Hiōki. Ni siquiera se tomaban ya la molestia de ocultar sus intenciones. No hacía falta más pretextos. El derecho se volvía de geometría variable según las circunstancias.

—¿Qué me propone?

Campbell sonrió.

—Proponemos que acepte colocar voluntariamente su colección bajo protección gubernamental. El tiempo que la situación internacional se aclare.

—¿Y si me niego?

—Entonces nos veremos obligados a tomar disposiciones más... directivas. Para la seguridad de todos.

Hiōki comprendió que estaba frente a un ultimátum disfrazado. Aceptar la «colocación bajo protección» o sufrir la confiscación. La hipocresía daba al robo un barniz de legalidad.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

—Digamos... cuarenta y ocho horas. ¿Le parece razonable?

Cuarenta y ocho horas... Morrison había hablado de tres meses. Visiblemente, los acontecimientos se aceleraban más rápido de lo previsto. O entonces Morrison se había equivocado en sus estimaciones, hipótesis que también era posible.

—Señor Campbell, ¿puedo preguntarle qué pasará concretamente si acepto su propuesta?

—Sus obras serán transferidas a un depósito securizado del gobierno. Permanecerán allí en buen estado hasta el fin de las hostilidades. Se establecerá un inventario detallado, y recibirá un recibo. Totalmente regular.

—¿Y después de la guerra?

—Después de la guerra, examinaremos cada caso individualmente. En función de la actitud que haya adoptado su gobierno durante el conflicto.

En otras palabras, si Japón combatía al lado de Alemania, adiós colección Matsukata. La lógica era implacable.

—¿Y si decidiera transferir las obras hacia un país neutral?

Campbell tuvo una risita despectiva.

—Mi querido señor, ¿cree que autorizaríamos la exportación de bienes de valor pertenecientes a ciudadanos japoneses? ¿En plena crisis internacional?

—Pero tengo el derecho...

—Tenía el derecho, señor Hiōki. Los tiempos cambian. Y los derechos con ellos.

Campbell se levantó y alisó su abrigo con cuidado.

—Cuarenta y ocho horas, señor Hiōki. Pasado este plazo, actuaremos según nuestras prerrogativas legales.

Se dirigió hacia la salida, luego se dio vuelta con un aire falsamente negligente que no engañaba a nadie.

—Ah, olvidaba. Creímos entender que consideraba un viaje a París en los próximos días.

—Es posible...

—Se lo desaconsejo fuertemente. Los viajes internacionales corren el riesgo de volverse... complicados. Muy complicados.

Dejó a Hiōki solo con sus certezas que se derrumbaban una a una.

De vuelta en su habitación, Hiōki se desplomó en el sillón. Cuarenta y ocho horas... ¿Cómo prevenir a Aubert? ¿Cómo organizar lo que fuera en tan poco tiempo? ¿Cómo hacer milagros cuando se está solo frente a un gobierno que ha decidido aplastarte?

Retomó su cuaderno y añadió:

«22:30 - Visita de Campbell (Foreign Office). Ultimátum disfrazado: 48h para aceptar la confiscación "voluntaria". Viaje París comprometido. Estamos atrapados por todas partes».

¿Tenía otras opciones? ¿Podía contactar a la embajada de Japón? Pero según Morrison, la embajada probablemente también estaba vigilada. Y además, ¿qué harían? ¿Protestar blandamente antes de ceder a las presiones? En el contexto internacional actual, Japón no tenía ninguna influencia sobre el Imperio británico.

¿Un marchante de arte privado, quizás? ¿Alguien que pudiera organizar discretamente una transferencia... Pero quién tomaría tal riesgo? ¿Y con qué dinero pagar intermediarios? La fortuna de Matsukata estaba bloqueada entre los bancos japoneses y las cuentas europeas cada vez más vigiladas.

Recordó súbitamente un nombre mencionado por Morrison: Henri-Pierre Roché. El marchante parisino que conocía a todos

los coleccionistas americanos. Si alguien podía imaginar una solución... Bueno, si tenía ganas y si los riesgos no eran demasiado importantes para él.

Hiōki tomó una nueva hoja y comenzó un telegrama para Roché, pesando cada palabra:

«Situación urgente colección japonesa Londres Stop Busco solución discreta transferencia o protección Stop Morrison me dio su nombre Stop ¿Estaría disponible para reunión confidencial? Stop Hiōki, hotel Russell Londres».

Era una apuesta arriesgada. Roché no lo conocía, no tenía ninguna razón para ayudarlo. Pero quizás era su última oportunidad. A menos que Roché ya estuviera al corriente y esperara tranquilamente que las obras cayeran en el mercado a precios rebajados.

Bajó a llevar también este telegrama a la señora Henderson. Tres telegramas en una tarde, más la visita nocturna de un enviado del ministerio... Debía hacerse serias preguntas sobre la naturaleza de sus actividades.

—¿Todo va bien, señor Hiōki? —preguntó con la curiosidad típicamente británica que se esconde bajo las fórmulas de cortesía.

—Sí, gracias. Solo algunos asuntos urgentes que resolver.

—Por supuesto. Buenas noches.

Pero su tono decía claramente que no era tonta.

De vuelta en su habitación, Hiōki no lograba encontrar el sueño. Por la ventana, miraba Londres dormida y se preguntaba si era la última vez que veía la ciudad en paz.

Mañana, tendría que tomar una decisión. ¿Aceptar la confiscación disfrazada y esperar recuperar la colección después de la guerra? ¿O intentar organizar una transferencia clandestina hacia Francia? En ambos casos, corría el riesgo de perderlo todo. Pero al menos, intentando algo, podría decirse que había

intentado salvar el objetivo de Matsukata. Eso no arreglaría gran cosa, pero era mejor que nada.

Se durmió finalmente hacia las tres de la madrugada, preguntándose si el viejo Japón no había tenido razón de desconfiar de Occidente. Quizás su país había estado equivocado al abrirse al mundo. Quizás el aislamiento era finalmente más seguro que la pretendida civilización occidental.

El día siguiente, Hiōki fue despertado por golpes insistentes en su puerta. Miró su reloj. Seis de la mañana. ¿Quién podía... La hora matutina no anunciaba nada bueno.

—¡Señor Hiōki! ¡Señor Hiōki! ¡Es urgente!

Reconoció la voz de la señora Henderson.

Abrió la puerta. La recepcionista todavía estaba en bata, los cabellos sueltos.

—Señor Hiōki, tiene que oír esto. ¡Está en las noticias!

Lo arrastró hacia el salón donde una radio TSF crepitaba. La voz del locutor de la BBC era grave, cargada de una solemnidad que anunciaba una catástrofe:

«...el incendio que ha devastado el guardamuebles Pantechnicon de Camden Town. Los bomberos lucharon toda la noche contra las llamas, pero no pudieron impedir la destrucción casi total del edificio. Según las primeras estimaciones, los daños se cifran en millones de libras. Varias colecciones de arte de gran valor habrían sido destruidas».

Todo había terminado. La parte londinense de la colección había desaparecido en humo en una noche. Qué coincidencia notable. Campbell había venido a verlo doce horas antes del incendio, y ahora el Pantechnicon ardía.

La señora Henderson le trajo una taza de té que bebió maquinalmente, sin siquiera darse cuenta. El té tenía sabor a cenizas.

—Lo siento, señor Hiōki. Me había dicho que sus asuntos estaban almacenados allí...

No respondió. ¿Qué podía decir? El humo que aún subía en el cielo londinense se llevaba con él cuarenta años de pasión.

Un telegrama llegó en la hora que siguió. De Morrison, evidentemente:

«Todo destruido Stop Mis condolencias Stop Situación clara Stop Salve París si es posible Stop Buen coraje».

De ahora en adelante, solo quedaban las obras almacenadas en casa de Aubert. Si todavía estaban allí.

Subió a su habitación y preparó su equipaje con gestos mecánicos. París... Tenía que ir allí, a pesar de los «consejos» de Campbell. Era su deber hacia Matsukata. Y quizás su última oportunidad de salvar algo del desastre.

Al cerrar su maleta, pensó en Campbell. Este último había hablado de cuarenta y ocho horas para reflexionar. Pero desde el momento en que ya no quedaba nada que confiscar en Londres, la oferta caía por tierra. El incendio resolvía el problema más eficazmente que todas las negociaciones.

Quedaba París. Y Aubert. Y la esperanza tenue de que en Francia, las cosas pasarían de manera diferente.

Se equivocaba.

CAPÍTULO 2: LA MAQUINACIÓN DE 1944

París, octubre de 1944

La colección había sobrevivido todos estos años, escondida en los sótanos del museo Rodin, protegida por Marcel Aubert. Este último había tenido que rivalizar en ingenio para evitar que los nazis echaran mano a este tesoro. En efecto, su superior directo, Georges Grappe, había colaborado abiertamente con el régimen de Vichy, lo que le valió una suspensión, y luego una revocación durante la Depuración. Pero en octubre de 1944, las cosas iban a precipitarse. Las oficinas de Matignon conservaban todavía el olor de la Ocupación. En la sala de reuniones con revestimientos dorados, cuatro hombres se disponían a cometer un robo de cuello blanco.

Bueno, no exactamente un robo. Más bien una expoliación disfrazada de acto patriótico.

De Gaulle presidía con su uniforme de oficial general. Su mirada recorría los expedientes esparcidos delante de él. Se detenía regularmente en el marcado con un sello rojo: «Colección Matsukata». El General sentía irritación ante las sutilezas jurídicas, él que siempre había preferido la acción directa a las circunvoluciones administrativas. Sin embargo, no ignoraba que su legitimidad recién reconquistada exigía una apariencia de legalidad irrefutable.

A su derecha, René Pleven, ministro de Finanzas del gobierno provisional, consultaba nerviosamente sus estimaciones financieras. El economista avezado calculaba. En su cabeza, las obras japonesas se transformaban en francos. Muchos francos. Pleven cargaba con el peso de una Francia exangüe; cada fuente potencial de ingresos se le aparecía como un salvavidas, aunque planteara preguntas que prefería no profundizar demasiado.

Enfrente, el maestro Henry Torrès leía sus informes. El eminente abogado buscaba la brecha. ¿Cómo volver legal lo que no lo era?

Torrès había construido su reputación sobre su capacidad de navegar en las zonas grises del derecho.

Por último, Jacques Jaujard contemplaba catálogos fotográficos con excitación. El director de Artes y Letras conocía la importancia de las obras en juego. Durante la Ocupación, había arriesgado su pellejo para salvar las colecciones nacionales. Hoy, se encontraba en la posición del ladrón.

El reloj Luis XV dio las diecisiete horas.

—Señores —comenzó de Gaulle con su voz estentórea—, no estamos aquí por una cuestión de rutina. Se trata del futuro cultural de Francia. De nuestra capacidad de reconstituir un patrimonio artístico desangrado por cuatro años de desgracia. Pero se trata también de soberanía nacional. La Francia que renace debe afirmar sus derechos. Todos sus derechos. Incluidos aquellos que le da su calidad de nación victoriosa.

Pleven se lanzó el primero. Había preparado su intervención con esmero aplicado, enmascarando su nerviosismo detrás de un flujo de cifras tranquilizadoras.

—Mi General, permítame resumir la situación.

Abrió un archivador, buscando en la abstracción de las estadísticas un refugio contra sus propias aprensiones.

—Los bombardeos, los saqueos nazis, las diversas destrucciones... Nuestros museos han perdido varios miles de obras. Para reconstituir nuestras colecciones, harían falta dos mil millones de francos. Es decir, veinte años completos del presupuesto de Cultura de antes de la guerra.

—Ahora bien —continuó Pleven—, nos topamos con una ganga providencial con la colección japonesa Matsukata, conservada milagrosamente desde antes de la guerra, en su mayor parte en los sótanos del museo Rodin. Mis servicios la evalúan en más de cuatrocientos millones de francos.

—¿Cuatrocientos millones? —exclamó Jaujard—. ¿Bromea, espero? ¡Solo La habitación de Arlés de Van Gogh vale varias decenas de millones!

La indignación de Jaujard revelaba su turbación. Había consagrado su vida a la preservación del arte y se encontraba en la posición de quien discute el precio como una vulgar mercancía. Pleven se encogió de hombros.

—Si dejamos partir estas obras a Japón, perdemos una ocasión única. Y ofrecemos a un país enemigo la oportunidad de recuperar una virginidad cultural.

Torrès, que tomaba notas desde el principio, levantó finalmente la cabeza.

—Señores, la calificación de la colección plantea problemas.

De Gaulle frunció el ceño. El General detestaba que le sugirieran obstáculos cuando ya había tomado sus resoluciones.

—Ciertamente, Japón se unió al Eje en septiembre de 1940. Pero las condiciones en las cuales Francia entró en guerra con ese Estado siguen siendo... digamos... sujetas a interpretación.

La mirada del General se endureció. No le gustaba que se cuestionaran sus decisiones. Sobre todo en puntos de detalle que consideraba secundarios. De Gaulle tendía a barrer las objeciones técnicas cuando contrariaban sus visiones políticas.

—Maestro Torrès, precise su pensamiento. ¿Nuestra declaración de guerra de diciembre de 1941 no basta para calificar a Japón de enemigo?

Torrès carraspeó nerviosamente. Percibía el peligro de contrariar al General, pero su honestidad intelectual le obligaba a plantear las dificultades.

—Mi General, el problema viene de varios elementos que no pueden ser ignorados. Primero, la declaración de guerra nunca fue publicada en el Diario Oficial de la Francia Libre. Problema de forma. Segundo, emana del Comité Nacional Francés, cuya

legitimidad era... contestada en la época. Incluso por algunos de nuestros aliados.

Ya no se oía más que el tictac del reloj. Pleven intercambió una mirada inquieta con Jaujard.

—Hay algo más enojoso —prosiguió Torrès—. Vichy nunca declaró la guerra a Japón. Al contrario, mantuvo relaciones normales con Tokio hasta agosto de 1944.

Levantó la cabeza, consciente de caminar sobre terreno minado.

—Ahora bien, somos los herederos del Estado francés en su continuidad. De numerosos actos del régimen de Vichy que no se pueden borrar de un plumazo.

De Gaulle se enderezó, el rostro cerrado. El General sentía una rabia explosiva cada vez que se evocaba alguna continuidad con Vichy, él que había construido su legitimidad sobre la ruptura absoluta con la Revolución Nacional.

—¡Maestro Torrès! ¿No querrá que la Francia gaullista reconozca la menor legitimidad a los actos de Pétain?

Su voz había subido un tono, revelando la exasperación que lo ganaba.

—¡Una posición insostenible!

—Mi General, no se trata de legitimar Vichy...

—¿Entonces de qué se trata?

Torrès se puso a toser de nuevo, consciente de hundirse todavía más.

—De reconocer que numerosos actos del Estado francés bajo la Ocupación producen todavía sus efectos. Por lo demás, es la razón del mantenimiento de numerosos tratados concluidos durante el período.

Jaujard, fino conocedor de las cuestiones artísticas, tomó la palabra para distender la atmósfera. El director sentía que el humor del General viraba a la tormenta y prefería reconducir la discusión a un terreno más familiar.

—Mi General, la cuestión... digamos jurídica, aunque importante, no debería hacernos perder de vista el desafío excepcional.

Abrió un álbum de fotografías, encontrando en la contemplación de las obras un consuelo ante los dilemas morales que lo asaltaban.

—He examinado en detalle el contenido de la colección. Un tesoro de primera importancia mundial: La habitación de Arlés de Van Gogh, que los americanos nos envidian desde hace años. Tres Cézanne del período de madurez. Una Montaña Santa Victoria de una belleza sorprendente. Rodin únicos en el mundo. Varias maquetas en yeso de La puerta del Infierno que el maestro nunca había querido vender...

—¿Cuántas obras en total? —cortó Pleven.

—Aproximadamente trescientas cincuenta piezas de primer plano. Más una serie de estampas japonesas. Por sí sola, la colección podría sublimar nuestros museos nacionales.

—¡Precisamente! —exclamó de Gaulle golpeando la mesa—. He aquí por qué no podemos dejar escapar una ocasión semejante. Maestro, comparto sus prevenciones. Pero no hay que dejar que nuestros estados de ánimo paralicen al Estado. ¿Tiene una solución?

Torrès sabía cómo iba a terminar. El General había decidido, como siempre.

—He preparado tres opciones. Cada una tiene sus ventajas e inconvenientes. La primera es simple. Adopción de una ordenanza general sobre los bienes enemigos. Japón entra en el lote, automáticamente. Todos sus bienes en nuestro territorio pasan bajo secuestro de golpe.

—¿Las ventajas?

—Rapidez. Sin debate parlamentario, sin discusión pública. Se aplica, punto final. Legalmente inatacable en derecho interno.

—¿Y los inconvenientes?

—Demasiado amplia. Arriesgamos protestas de los países neutrales, reclamaciones diplomáticas embarazosas. Los Estados Unidos podrían conmoverse ante tal brutalidad.

De Gaulle barrió la objeción con un gesto.

—¿Hacen los americanos tantos miramientos con los bienes alemanes? ¿Roosevelt mismo no congeló todos los activos japoneses en 1941?

—Ciertamente —concedió Torrès—, sin embargo una ordenanza general atraería la atención sobre nuestras prácticas. La segunda opción es más discreta. Una ordenanza dirigida, únicamente sobre la colección Matsukata. Se invoca el crédito del Estado francés contra Japón por hechos de guerra.

—¿Es decir?

—Indochina. Oficialmente, Japón echó mano a nuestras colonias asiáticas. Evaluamos los daños en... digamos... varios miles de millones. La colección se convierte en una compensación natural. Jaujard frunció el ceño.

—El problema es que Vichy autorizó la ocupación japonesa de Indochina mediante los acuerdos Darlan-Nomura de 1941. Jurídicamente, Japón no robó nada. Recibió nuestra autorización.

—Razón por la cual le desaconsejo esta vía —respondió Torrès—. Queda la tercera opción, la más sutil. No se toca la propiedad formal. Simplemente se congela la colección para «protección en tiempo de guerra». Luego, se organiza un largo proceso de negociación en el marco del futuro tratado de paz. Tan largo que, cansados de la guerra, terminarán por abandonar sus derechos a cambio de algunas concesiones simbólicas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Pleven.

—¿Cinco años? ¿Diez? ¿Quién puede decirlo? Lo esencial es que durante ese tiempo, las obras permanezcan en Francia. En nuestros museos. Bajo nuestro control.

El General reflexionó, los dedos tamborileando sobre la mesa.

—La idea me gusta. Una expoliación disfrazada de protección. Muy francés, eso. Maestro Torrès, redácteme una ordenanza combinando las opciones uno y tres. Secuestro inmediato, luego negociaciones interminables.

—Mi General, debo advertirle...

—¿Advertirme de qué?

—Que esta ordenanza, si pasa hoy, planteará problemas mañana. El día en que Japón pida cuentas, tendremos muchas dificultades para justificar nuestra actitud. Sobre todo si, como lo temo, nuestra declaración de guerra resulta jurídicamente frágil.

De Gaulle se levantó, imponiendo su alta estatura.

—Maestro Torrès, usted se inquieta por mañana. Yo debo reconstruir Francia hoy. Esta colección representa varios años de presupuesto cultural. Puede devolver a París su estatuto de capital mundial de las artes. ¿Piensa usted sinceramente que voy a dejar escapar tal oportunidad por escrúpulo jurídico?

El tono no dejaba lugar a réplica alguna. Torrès bajó los ojos hacia sus expedientes.

—Bien, mi General. Redacto la ordenanza.

El General se volvió hacia Pleven.

—Pleven, cuento con usted para preparar nuestras posiciones de negociación con los aliados. Hay que lograr que se admita que el tratado nos da el derecho de conservar estas obras a título de reparaciones de guerra.

Pleven sentía los obstáculos venir de lejos.

—¿Cree que nuestros aliados van a aceptar eso?

—Nuestros aliados tienen intereses colosales en Japón. Los americanos van a recuperar sumas astronómicas en reparaciones. ¡No pueden negarnos el derecho de ser indemnizados por nuestras pérdidas en Indochina!

Torrès garabateaba como un forzado, intentando seguir el encadenamiento de las ideas del General mientras estructuraba mentalmente la arquitectura jurídica necesaria.

—Mi General, para que nuestra estrategia se sostenga, va a hacer falta documentar en detalle todos los perjuicios sufridos por Francia debido a la alianza nipona-alemana. Nuestras pérdidas en Indochina, por supuesto, pero también todos los daños causados por la guerra del Pacífico a nuestros intereses económicos en la región.

—¡Excelente observación! —aprobo de Gaulle—. Encargo al Quai d'Orsay establecer un expediente. Cuanto más grueso sea, más inatacable será nuestra posición.

Jaujard había escuchado todo el intercambio, cada vez más incómodo.

—Mi General... perdóneme, pero... ¿no vamos a empañar un poco la imagen de Francia? Esto arriesga pasar por una expoliación disfrazada, ¿no? Nuestro país... bueno, tenemos cierta reputación por el respeto a la propiedad privada...

La mirada de de Gaulle se transformó en banquisa ártica. La atmósfera de la sala cayó diez grados de golpe. El General albergaba una cólera controlada ante toda puesta en cuestión de sus decisiones, sobre todo cuando emanaba de sus cercanos colaboradores.

—¡Jaujard! ¿Debo refrescarle la memoria?

Se levantó de un salto y comenzó a recorrer la sala como una fiera enjaulada. Mala señal. Cuando el General se ponía a dar vueltas, es que estaba aumentando la presión, su frustración buscando una salida.

—Hemos perdido decenas de miles de obras, ¿me oye? ¡Saqueadas, destruidas, «compradas» por los nazis por una miseria! Los alemanes vaciaron nuestros museos, los americanos nos quitan todos nuestros mercados artísticos, ¿y usted quisiera que dejáramos pasar una ocasión semejante?

Pivotó sobre sus talones, el ojo negro.

—¡No! Francia tiene derechos legítimos. Los va a ejercer.

—Pero vamos, mi General... El fondo Matsukata existía mucho antes de la guerra. Su propietario era incluso un amigo de Francia, me parece...

—¡Justamente! —explotó de Gaulle—. ¿Y dónde está, hoy, su famoso Museo de Arte Occidental que debía crear en Japón?

Sus gestos se hacían cada vez más teatrales, como si se dirigiera a un público invisible, revelando su temperamento de orador acostumbrado a los grandes efectos.

—¡El Japón militarista ha transformado un país de estetas en máquina de guerra! Las buenas intenciones del señor Matsukata han sido barridas por la evolución de su país. ¡Nosotros no hacemos más que preservar estas obras de la barbarie militarista! Torrès sintió la tormenta eléctrica que subía en la sala. Intentó reconducir a todos a la realidad antes de que degenerara, usando su experiencia de abogado acostumbrado a desactivar tensiones.

—Mi General, si procedemos como previsto, va a hacer falta que nuestros servicios monten una argumentación sólida. Sugiero la constitución de un equipo de expertos para evaluar lo que hay en la colección.

—¡Muy buena idea! —aprobó Pleven, aliviado de poder desviar la atención hacia consideraciones técnicas—. Habrá que preparar también la opinión pública francesa e internacional. La operación no debe parecer en absoluto una confiscación oportunista.

—¿Cómo piensan proceder? —preguntó Jaujard, todavía bajo el impacto de la explosión del General.

Pleven había calculado todo en su cabeza.

—Martillando varios puntos clave. Primero, los crímenes de guerra japoneses en Asia. Ahora bien documentados, imposibles de negar. Luego, su alianza con la Alemania nazi. Y además todos los daños que nos causaron en Indochina. La opinión debe saber

que la colección representa una justa compensación por nuestros enormes perjuicios.

—¿Y en el plano cultural? —insistió Jaujard, que no desarmaba.

—En el plano cultural, explicaremos que estas obras occidentales estarán mejor conservadas en sus países de origen que en Japón. Donde arriesgarían ser descuidadas en un país arruinado por la guerra y preocupado por su reconstrucción.

De Gaulle asintió con la cabeza.

—Señores, veo que captan la situación en toda su complejidad. Nuestra reunión permanece estrictamente confidencial. Ningún rastro escrito de nuestras discusiones. ¿Está bien comprendido?

Distribuyó entonces los papeles.

—Maestro Torrès, quiero el proyecto de ordenanza en cuarenta y ocho horas máximo. Ni un minuto más. Pleven, prepáreme un memorando detallado sobre las implicaciones financieras con una evaluación precisa de los beneficios esperados. Jaujard, identifique discretamente las obras más interesantes y establézcase un plan de reparto entre nuestros grandes museos nacionales.

—Mi General, ¿qué fecha prevé para la firma? —preguntó Torrès, ya dibujando mentalmente su planificación.

—Lo más rápidamente posible. Cada día que pasa aumenta el riesgo de que los japoneses intenten repatriar estas obras hacia un país neutral. O que encuentren otros medios para hacérselas escapar.

Se sentó de nuevo, con aire decidido, enmascarando detrás de su resolución mostrada el temor que le inspiraban las reacciones internacionales.

—Una vez firmada y publicada la ordenanza en el Diario Oficial, ya no tendrán ningún recurso efectivo.

—¿Y si los herederos Matsukata contestan de todos modos ante nuestros tribunales? —insistió Torrès, que pensaba en las complicaciones posibles.

De Gaulle mostró entonces su expresión de los malos días, revelando la frialdad que se escondía detrás de sus vuelos patrióticos.

—Maestro Torrès, hágase más bien la verdadera pregunta: ¿quién va a aceptar defenderlos? ¿Qué abogado francés tendrá el coraje de pleitear contra los intereses superiores de Francia en provecho de antiguos aliados de los nazis? Dígame un poco... Y aunque encuentren a alguien suficientemente temerario, ¿sobre qué base contestarán? Nuestra ordenanza tendrá fuerza de ley.

Pleven aprobó con un cabeceo marcado, el economista en él saboreando la elegancia de una operación que reportaba mucho sin costar nada.

—Su posición será muy frágil. Y el Japón vencido no tendrá ningún medio de presión sobre nosotros. Al contrario, es él quien necesitará de nuestras buenas gracias para su rehabilitación.

—Hay incluso mejor —añadió Torrès—. Si hay contestación, solo podrá venir de abogados que cuestionen la legalidad de nuestra acción. Podremos argüir que contestar constituye un acto contrario al interés nacional.

La observación dio en el blanco. Incluso Jaujard, aunque reticente al principio, comenzaba a estar convencido por la solidez del dispositivo.

La reunión se eternizó. Todos los aspectos prácticos fueron pasados por el tamiz. Cómo poner bajo secuestro, inventario detallado con traslado securizado hacia las reservas de los museos, comunicación bien calibrada. El tipo de detalles que hacen la diferencia entre un proyecto que funciona y un fiasco.

Torrès presentó incluso una agenda apretada. Firma de la ordenanza en la primera semana de octubre, puesta bajo

secuestro de inmediato, inventario completo antes de finales de noviembre, traslado hacia los museos antes de Navidad.

—¿Y los costes? —preguntó Pleven.

—Los costes de transporte y de seguro serán descontados del precio estimado de la colección —respondió Torrès—. En definitiva, las obras financiarán su propia confiscación.

—Perfecto —comentó de Gaulle—. Una operación de coste cero que nos reporta varios cientos de millones de francos en obras de arte.

Cuando Torrès planteó la cuestión del inventario, Jaujard probó suerte. Se dijo que podía quizá limitar los daños, preservar un atisbo de deontología en la operación.

—Para evitar toda contestación ulterior, propongo la realización de un inventario por una comisión mixta. Con expertos franceses y extranjeros. Eso daría más crédito a la operación.

—¡Absolutamente no! —replicó secamente de Gaulle, expresando esa desconfianza hacia todo control exterior—. No daremos a ningún extranjero el derecho de controlar nuestras acciones en nuestro territorio. El inventario será exclusivamente francés, realizado por nuestros expertos.

—Pero eso arriesga plantear problemas de credibilidad internacional —objetó tímidamente Jaujard—. Los otros países van a hacerse preguntas...

—La credibilidad internacional de Francia no se mide por lo que piensen algunos expertos extranjeros —replicó de Gaulle, revelando su concepción pretoriana de las relaciones internacionales—. Se mide por nuestra capacidad de defender nuestros intereses.

Cuando los cuatro hombres se separaron esa noche, la oscuridad de octubre caía sobre París. Acababan de sentar las bases de lo que iba a convertirse en una de las expoliaciones artísticas más escandalosas de la época moderna. Cada uno regresaba a su casa

con su parte de responsabilidad y sus propios mecanismos de justificación.

Una expoliación tanto más viciosa cuanto que iba a vestirse con los oropeles de la legalidad republicana. Como un ladrón con traje y corbata de seda.

En los pasillos de Matignon, secretarías y ujieres se ocupaban de sus tareas habituales. No sabían nada de la decisión que acababa de tomarse. La ignorancia preserva la conciencia.

Afuera, en las calles de París, la vida retomaba poco a poco su curso normal. Los cafés reabrían sus puertas, los teatros también. La gente respiraba por fin. Nadie podía imaginar que una página poco reluciente acababa de escribirse en las oficinas enmoquetadas de la República.

El 5 de octubre de 1944, como previsto, la ordenanza fue firmada por de Gaulle en persona. El texto no dejaba ningún lugar a la interpretación. Todos los bienes pertenecientes a súbditos japoneses presentes en el territorio francés eran puestos bajo secuestro conservatorio «en el interés superior de la Nación».

Los dados estaban echados. El fondo Matsukata acababa de entrar en las redes de un mecanismo implacable que ya no lo soltaría jamás.

En los archivos del Quai d'Orsay, un ejemplar de la ordenanza fue clasificado en una carpeta marcada «Asuntos japoneses». Otros ejemplares partieron hacia los ministerios concernientes. Cada administración recibió sus instrucciones específicas, redactadas en el lenguaje codificado que adoran los burócratas. Porque hace falta que todo el mundo comprenda sin que nada se diga claramente.

En paralelo, los servicios de inteligencia comenzaron a vigilar a todos los súbditos japoneses todavía presentes en Francia. Sus menores desplazamientos, sus contactos, sus intentos de comunicación con el extranjero fueron repertoriados en fichas.

¿El objetivo? Impedir toda acción que pudiera ralentizar la incautación programada.

El 8 de octubre por la mañana, tres días después de la firma, los equipos especializados del ministerio de Finanzas se presentaron en el principal lugar de almacenamiento. La operación, bautizada internamente «Cosecha de otoño», había sido planificada con una precisión militar.

En el Museo Rodin, en ausencia ese día del conservador jefe Georges Grappe que hacía objeto de una medida de alejamiento por hechos de colaboración con el ocupante, Marcel Aubert fue convocado en su despacho a las siete de la mañana por dos funcionarios acompañados de un ujier.

Despertar brutal.

Toda su carrera, había trabajado por la amistad franco-japonesa, convencido de que el arte podía trascender los antagonismos nacionales. Ver sus esfuerzos aniquilados por esta maniobra lo sumía en un abatimiento que difícilmente lograba disimular.

—Señor conservador adjunto —le declaró el jefe de misión—, venimos a proceder al inventario y a la puesta bajo secuestro de los bienes japoneses almacenados en su establecimiento.

Tendió un documento con seguridad, enmascarando detrás de su impasibilidad una molestia real ante el desamparo evidente de Aubert.

—He aquí la ordenanza que nos autoriza. Todo está ahí, negro sobre blanco.

Una vida consagrada al arte y a la amistad franco-japonesa se derrumbaba en pocas líneas. Aubert recordó las veladas pasadas con Matsukata hablando de pintura. La nostalgia de la época en que el arte parecía poder unir a los hombres más allá de sus diferencias nacionales lo invadió dolorosamente.

—Señores —intentó con una voz que quería firme—, estas obras me fueron confiadas por un amigo personal. Un gran amante del arte francés. El señor Matsukata nunca tuvo la menor actividad

hostil hacia nuestro país. Hemos pasado años construyendo algo juntos...

—Señor Aubert —lo interrumpió el funcionario—, no estamos aquí para discutir la línea general del gobierno, sino para aplicarla. Cerró su portadocumentos con un chasquido seco, gesto mecánico que le permitía evitar la mirada de Aubert.

—Estos bienes pertenecen a un súbdito de un país enemigo. Caen pues bajo el golpe de la ordenanza del 5 de octubre de 1944. El segundo funcionario, más joven y claramente inmunizado contra los argumentos artísticos, secundó con un tono cortante.

—Señor conservador adjunto, poco importa el origen de las obras o las buenas intenciones de su propietario. Lo que cuenta es su propietario actual. Y ese propietario es japonés. ¿Capta el matiz? El debate está cerrado.

El inventario comenzó de inmediato. Durante horas, los expertos desarrollaron sus listas, fotografiaron cada obra, pusieron sellos en todos los embalajes. Un desfile meticuloso e implacable.

Aubert, obligado a asistir a la operación, vio su paciente trabajo irse en humo. Cada sello puesto era como un clavo hundido en el ataúd de sus sueños. Pensó en todos los proyectos de exposición que habían imaginado con Matsukata, en la universidad cultural que esperaban construir juntos.

Hacia mediodía, intentó una última gestión desesperada, movido por un sobresalto de dignidad.

—Señores, debo prevenir al señor Hiōki, el representante de la familia Matsukata en París. Tiene derecho a conocer la suerte reservada a los bienes de los cuales tiene la custodia.

—El señor Hiōki ha sido informado esta misma mañana por nuestros servicios —respondió lacónicamente el jefe de misión, sintiendo una punta de compasión ante la ingenuidad de su interlocutor—. Ya no puede tener acceso a estas obras.

Efectivamente, en su pequeño apartamento parisino de la rue de Babylone, Kōsaborō Hiōki había recibido la visita de dos policías franceses desde las ocho horas. Estaba tomando su té, como cada día, ritual que le recordaba su país natal y le daba la fuerza para afrontar el exilio.

Hiōki portaba en él toda la dignidad de la antigua generación japonesa, educada en el respeto de las formas y el dominio de sí mismo. Pero ante el hundimiento de la obra de su vida, sentía crujir su autocontrol.

Le estaba desde ese momento prohibido acercarse a los lugares de almacenamiento. Toda tentativa de contacto con personalidades japonesas o diplomáticos extranjeros sería considerada como un acto sospechoso.

Sospechoso. La palabra resonaba extrañamente. ¿Él, sospechoso? ¿Después de tantos años sirviendo de puente entre las dos culturas?

Comprendió que su misión tocaba a su fin. En un francés adquirido durante numerosísimas estancias en Europa, y que dominaba mejor que ciertos parisinos, intentó defender una causa que sabía ya perdida.

—El señor Matsukata es...

—Señor Hiōki —lo interrumpió el mayor de los dos policías—, no hacemos más que aplicar las órdenes de nuestros superiores. No estamos aquí para juzgar el fundamento de las decisiones que han sido tomadas. Lo siento. Su situación personal será examinada ulteriormente por los servicios competentes.

La frase sibilina le heló la sangre. Comprendió que era considerado como un extranjero indeseable. Potencialmente peligroso, incluso. La humillación era tanto más cociente cuanto que contrastaba con el respeto del que había gozado en los medios artísticos parisinos.

En la tarde del mismo día, las obras comenzaron a ser trasladadas hacia las reservas del Louvre y de diferentes museos. Camiones

militares, escoltados por gendarmes, surcaron discretamente París con su precioso cargamento.

La operación no fue objeto de publicidad alguna. Valía más evitar las preguntas embarazosas. Los periodistas tenían otra cosa que hacer de todas formas, la liberación de París cautivaba todavía todos los espíritus.

En el Louvre, Jacques Jaujard supervisó personalmente la llegada de los primeros embalajes. No pudo evitar sentir un sentimiento extraño, contradictorio.

Por un lado, la excitación del conservador ante obras maestras raras que iban a enriquecer los museos nacionales. ¡Monet, Rodin! Por otro, una molestia sorda ante los métodos empleados para recuperar esos tesoros. Jaujard tenía un decir que el fin justificaba los medios, no lograba hacer callar su conciencia.

Había salvado tantas obras de los nazis durante la Ocupación. Noches enteras escondiendo los lienzos en sótanos, castillos, para arrancarlos de las garras de Göring. Se acordaba de los camiones que partían en plena noche, de las complicidades silenciosas. ¿Y ahora? Participaba en una forma de saqueo organizado.

Los tiempos cambian, se dijo con un desaliento que se esforzaba por reprimir.

—Señor director...

Su adjunto abrió precautoriamente un embalaje que contenía un lienzo de Monet. Sabía lo que manipulaba, pero también la ambigüedad de la situación.

—...¿cómo debemos catalogar estas obras?

La pregunta era crucial. Comprometía el futuro de toda la operación y revelaba las preocupaciones prácticas que ocupaban el espíritu de la administración.

—Catáloguelas como «bienes bajo secuestro conservatorio, ordenanza del 5 de octubre de 1944». Ninguna mención de

propiedad definitiva por ahora. Veremos más tarde, en función de la evolución de las cosas.

—¿Y para la exposición al público?

El adjunto tenía aire impaciente, dividido entre excitación e inquietud. Normal, con Monet semejantes...

—Ninguna exposición. Las obras permanecen en reserva hasta nuevo aviso.

Jaujard suspiró. Se acordaba de la época en que podía exponer lo que quería sin hacerse mil preguntas. Época bendita de una inocencia perdida.

—No se debe dar ningún asidero a eventuales contestaciones. Discreción absoluta.

Mientras tanto, en el Quai d'Orsay, los funcionarios preparaban los argumentos que servirían durante las futuras negociaciones de paz con Japón. Un expediente en curso de constitución repertoriaba escrupulosamente todos los perjuicios sufridos por Francia debido a la alianza nipona-alemana.

Las pérdidas económicas en Indochina eran evaluadas en 12 mil millones de francos, los daños a los intereses franceses en el Pacífico en 5 mil millones y el coste de la reconquista militar de Indochina en 3 mil millones. En cuanto a los perjuicios morales y culturales, su cifrado era incalculable. El total de las reparaciones ascendía al mínimo a más de 20 mil millones, es decir mucho más que el valor estimado de la colección.

Las obras de Matsukata iban a pagar por Pearl Harbor y la alianza con Hitler. Aunque su propietario no tuviera nada que ver. Aunque coleccionara por amor al arte, no por cálculo.

La lógica contable de la administración no se embarazaba con matices psicológicos.

Y además, ¿quién iba a verificar las cuentas?

La noche del 8 de octubre de 1944, de Gaulle recibió un informe detallado sobre el desarrollo de la operación. Todo había pasado

sin incidente notable. Todo estaba seguro en los museos franceses, el antiguo guardián japonés estaba bajo vigilancia, y ninguna protesta había llegado todavía al Quai d'Orsay.

El General recorrió el documento. Tenía otra cosa en mente. Los americanos, los comunistas...

—Perfecto. Hay que preparar la fase siguiente. Convertir este secuestro temporal en adquisición definitiva. Lo más legalmente posible, por supuesto.

En su pequeño apartamento parisino, Kōsaborō Hiōki se enteró por teléfono de la noticia de la incautación completa. Una voz anónima, educada, pero firme, le explicó que los bienes del señor Matsukata estaban desde ese momento «protegidos por el Estado francés».

Hiōki sentía una cólera contenida. Educado en el respeto a la autoridad, no podía concebir resistencia abierta.

Esa misma noche redactó un telegrama para Tokio:

«Colección enteramente incautada por autoridades francesas
Stop Ordenanza gubernamental del 5 de octubre 1944 Stop
Situación desesperada Stop Pido instrucciones urgentes Stop
Hiōki».

Releyó tres veces. Luego cuatro. Cada palabra le desgarraba la garganta. Cada «Stop», utilizado en lugar de los puntos o de la puntuación tradicional, sonaba como un toque fúnebre para la obra de su vida.

La respuesta nunca llegaría.

¿Japón? Aplastado, arruinado. Imposible defender los intereses privados en el extranjero cuando el país entero se esforzaba por alimentar a su población. La colección Matsukata había desaparecido en el laberinto de la administración francesa.

Como tantas otras cosas en ese mundo que se derrumbaba.

Lo que ni Hiōki ni siquiera los protagonistas franceses adivinaban, es que acababan de crear un precedente explosivo.

Por primera vez, un Estado democrático utilizaba sus propias leyes para apoderarse de una colección privada con el pretexto de guerra.

El asunto Matsukata acababa de nacer. Tenía el futuro por delante.

Tres meses más tarde, en enero de 1945. El frío pellizcaba. Jaujard descendió a las reservas del Louvre, buscando en la contemplación de las obras un consuelo ante sus interrogaciones.

En los sótanos abovedados, ventilados con cuidado, se amontonaban ahora las obras maestras de Matsukata. Ordenadas, etiquetadas, catalogadas. Como si siempre hubieran estado ahí. Pero Jaujard sabía bien que nada sería ya como antes.

Jaujard se detuvo ante La habitación de Arlés. Van Gogh. El lienzo respiraba bajo la iluminación artificial, casi vivo en su marco dorado. Terminaría un día, mucho más tarde, en el Museo de Orsay. Millones de visitantes la admirarían. ¿Cuántos conocerían su origen dudoso?

En algunas semanas, las cartas de indignación iban a llover. Especialistas de arte japonés. Coleccionistas. Algunos franceses también. Todos gritarían al robo disfrazado.

«La época juzgará», se dijo con un fatalismo que no lo convencía más que a medias.

En Matignon, de Gaulle firmaba otras ordenanzas, el espíritu vuelto hacia nuevos desafíos.

La pluma rascaba el papel. Reconstrucción del país obliga. Todos los medios eran buenos, incluso los más cuestionables. Había aprendido desde hacía tiempo que la grandeza de una nación no se medía por sus escrúpulos, sino por su capacidad de acción.

¿Los escrúpulos? Para los tiempos de paz. Todavía no se estaba en ellos, lejos de eso.

Torrès, él, preparaba otros expedientes. Otras «regularizaciones» de bienes enemigos.

A finales de 1944, Francia tenía otras prioridades que los estados de ánimo.

En Tokio, en las ruinas humeantes de la capital, nadie pensaba ya en la colección Matsukata.

El país tenía otras preocupaciones más urgentes que llorar algunos cuadros perdidos en París. Primero sobrevivir. Comer. Reconstruir.

Así fue como trescientas cincuenta obras maestras cambiaron de propietario. Sin ruido, sin violencia. Simplemente con la fuerza tranquila de la ley republicana.

CAPÍTULO 3: LA TENAZA SE ESTRECHA

París, noviembre de 1944

La euforia de la Liberación. La angustia sorda de todo lo que había que reconstruir. París curaba sus heridas como podía. Los inmuebles destripados todavía dolían a los ojos. Tablones barricaban los escaparates rotos. Delante de las tiendas de comestibles, las colas se estiraban.

Rue de Rivoli, en los locales de la dirección de Dominios, era la efervescencia. Los mismos locales que, algunos meses antes, habían visto desfilar a los colaboradores de Vichy organizando concienzudamente el saqueo de los bienes judíos. Nueva República, nuevos amos.

Bernard Dorival examinó los primeros embalajes que acababan de llegar a las reservas de su Museo de Arte Moderno que dirigía. Encarnaba esos intelectuales habiendo atravesado la guerra sin perder su amor del arte, adoptando al mismo tiempo una visión patriótica de la cultura.

Detrás de su barniz de erudito se escondía una aspereza que la guerra había revelado. Había aprendido a justificar lo injustificable cuando las circunstancias lo exigían, preservando aún su conciencia mediante un discurso sobre el interés superior del arte.

Ante él, Pierre Jacomet supervisaba la operación. El director de Dominios tenía todos los códigos. Normalista, conocía los engranajes de su administración de memoria.

—Señor Dorival...

Jacomet hizo un gesto hacia los embalajes alineados. La vasta sala de inventario con sus estanterías metálicas le daba aires de catedral del almacenamiento. Se paseaba entre los embalajes, el ojo goloso, saboreando el reconocimiento que le valdría su gestión eficaz de la operación.

—Nuestros expertos han visto otras, créame. Pues bien, ahí, hablan de calidad «literalmente prodigiosa».

—Sabe, durante todos estos años de guerra, hemos visto nuestras colecciones nacionales empobrecerse peligrosamente. Los bombardeos han hecho el resto. Resultado: ante los grandes establecimientos americanos o británicos, hacemos pálida figura. Dorival no ocultaba su excitación. Interiormente, una voz murmuraba que las circunstancias de la adquisición importaban poco ante la belleza de las obras.

—Señor director...

Se interrumpió, buscó sus palabras.

—Esta adquisición es providencial en relación con nuestras lagunas sangrantes en materia de arte moderno...

Se acercó a un embalaje, puso la mano encima con una reverencia casi religiosa, como si buscara absolverse mediante la comunión con el arte.

—¡Imagínese un poco! ¡Por fin nuestros museos van a poder rivalizar con las más grandes instituciones mundiales!

—Habla de adquisición —interrumpió prudentemente Jacomet—. Recordemos que oficialmente se trata de un secuestro conservatorio. Estas obras no pertenecen todavía al Estado francés. Seamos prudentes en nuestro vocabulario.

Dorival tuvo una sonrisa entendida.

—Ciertamente, tiene razón en la forma. Pero entre nosotros...

Bajó la voz, cómplice. Un estremecimiento de placer culpable lo recorrió cuando evocaba la irregularidad de su empresa.

—¿Piensa que de Gaulle va a dejar pasar una ocasión semejante? Estas obras van a enriquecer nuestras colecciones nacionales, pondría mi mano al fuego. Es solo cuestión de tiempo.

Jacomet aprobó con un pequeño cabeceo. Se acercó a uno de los embalajes más imponentes. Con gestos de cirujano, rompió los sellos. Precauciones extremas. Varias capas de tejido protector.

—Veamos...

Deshizo el embalaje con una delicadeza infinita.

Cuando la obra apareció, se quedaron boquiabiertos. La habitación de Arlés de Van Gogh. El lienzo irradiaba de su intensidad colorista tan particular del maestro holandés. Los azules insondables de la cama y de las paredes que se casaban magníficamente con los amarillos de las sillas y del entarimado.

Dorival tuvo la voz estrangulada.

—Es todavía más... más sobrecogedor que todo lo que había podido imaginar estudiando las reproducciones. ¡Mire esos empastes sobre las almohadas! ¡Esa intensidad que le toma a uno las tripas! Y la composición... de una simplicidad aparente, pero de una sofisticación inaudita. ¡Un Van Gogh de este nivel en las colecciones francesas! ¿Se da cuenta de lo que esto representa para nuestro prestigio internacional?

—Y esta pieza, por sí sola, ¿qué valdría en el mercado?

Dorival levantó los brazos al cielo.

—Una obra tal no se vende en el mercado ordinario, se transmite. Es del patrimonio universal. Si pasara alguna vez a subasta —lo que sería un sacrilegio— superaría todo lo que se puede imaginar.

—He ahí el discurso que habrá que sostener públicamente. Estas obras no son un vulgar botín de guerra. Es un patrimonio cultural que Francia tiene el deber moral de preservar y hacer conocer al mundo entero.

El inventario continuó. Descubrimiento tras descubrimiento. Los tesoros pacientemente acumulados por Matsukata durante años de acumulación apasionada se desvelaban.

—¡Mire!

Dorival contempló un lienzo que acababa de desembalsarse.

—Montaña Santa Victoria de Cézanne. Este trazado geométrico, el análisis de la luz provenzal... Y este Gauguin, Mujeres de Tahití,

con estos ocos y estos bermejos que cantan como una melodía exótica...

Tras haber cerrado el último embalaje de la serie, Jacomet retomó un tono más confidencial.

—Dorival, debo informarle de que en las altas esferas, se inquietan un poco de la manera en que hemos... digamos procedido.

—¿Qué tipo de preocupaciones?

Jacomet bajó instintivamente la voz, como si temiera oídos indiscretos. Tenía el gusto del secreto y de la intriga, encontrando en ello una compensación a la monotonía de sus funciones.

—Pues bien, en el Quai d'Orsay, se teme reacciones que podría suscitar nuestra... apropiación. Voces se levantan para reprocharnos una forma de expoliación disfrazada, contraria a las tradiciones francesas.

—¿Qué voces?

El tono de Dorival se endureció. Comenzó a recorrer la sala, traicionando un nerviosismo que se esforzaba por disimular bajo la cólera.

—Diplomáticos de carrera, algunos legalistas puntillosos, intelectuales que están en relación con el medio artístico... Nada muy organizado por ahora, pero eso podría tomar amplitud.

Dorival se enderezó.

—¡Espere, espere! Hablamos ahí de un país que ha llevado una política expansionista agresiva en todo el Pacífico, que ha destruido porciones enteras de la civilización occidental en la región. ¿Y ahora, vendrían a reprocharnos resarcirnos sobre sus bienes?

Se encolerizó, sacando de la indignación una energía que lo liberaba de sus dudas.

—¡Pero vamos, es una justa compensación!

—Estoy completamente de acuerdo con usted en el fondo —temporizó Jacomet—. Pero sabe como yo que la opinión, sobre todo anglosajona, puede ser sensible a argumentos sentimentales que ocultan las realidades.

—¿Qué argumentos sentimentales?

La exasperación se transparentaba en la voz de Dorival.

Jacomet sacó de su cartera de cuero un fajo imponente de documentos. Le gustaban esos momentos en que detentaba la información, en que podía calibrar su influencia sobre los acontecimientos.

—Nuestros servicios han recibido estas últimas semanas varios correos de la familia Matsukata, transmitidos por la Cruz Roja. Y cartas de personalidades japonesas del mundo artístico que abogan con... digamos elocuencia por la restitución.

Desplegó una carta manuscrita en francés.

—Ponen por delante el hecho de que Kōjirō Matsukata era un gran amante del arte, un mecenas desinteresado, que había constituido su colección con un fin exclusivamente cultural y filantrópico.

Dorival le cortó la palabra bruscamente.

—¿Y qué? ¿En qué esas buenas intenciones cambian algo?

—Y qué —prosiguió pacientemente Jacomet—, estos argumentos humanitarios y culturales podrían encontrar un eco favorable. Nuestros artistas, nuestros críticos de arte, nuestros escritores son receptivos a tales sirenas. Podrían ver en nuestra acción un atentado a los derechos sagrados de la propiedad artística.

—¿Tiene ejemplos concretos?

—Todavía no públicamente, pero conversaciones preocupantes en varios salones parisinos han sido señaladas. Personalidades como René Gimpel o Jean Cocteau habrían expresado reservas.

La información hizo sobresaltar a Dorival. Gimpel y Cocteau... No cualquiera. Sintió sus certezas vacilar.

—En ese caso, hay que tomar la delantera. Controlar la comunicación en torno al asunto.

Su conversación fue interrumpida por la llegada discreta de François Mathey. El diplomático del ministerio de Asuntos Exteriores empujó la puerta con precaución. Tenía el aire un poco nervioso, traicionando las tensiones que agitaban los pasillos del poder.

—Señores...

Esperó a que se le invitara a continuar.

—Vengo a informarles de los últimos avances concernientes a las negociaciones de paz con Japón que tienen implicaciones directas en el asunto Matsukata.

—¿Qué novedades?

Jacomot le señaló un sillón con un gesto cansado. El día había sido largo y las responsabilidades pesaban sobre sus hombros.

Mathey se instaló y sacó varios sobres lacrados.

—Los americanos preparan ya la capitulación. Desean organizar en un plazo relativamente breve una conferencia de paz general que regularía la suerte del Japón vencido. La conferencia debería celebrarse en los próximos años, probablemente en San Francisco o en Washington. Abordará necesariamente la cuestión crucial de las reparaciones de guerra.

Dorival se inclinó hacia adelante, el ojo brillante.

—¿Y cuál es la posición oficial francesa sobre esas reparaciones?

—Es justamente el objeto principal de mi visita.

Mathey tomó un tono misterioso.

—El ministro de Asuntos Exteriores desea que elaboremos rápidamente nuestra lista completa de reivindicaciones. La colección Matsukata se inscribe en este marco global.

—¿Cómo prevén justificar su integración?

—Vamos a presentar la colección como una reparación en especie por los daños considerables sufridos por Francia y sus súbditos debido a la agresión japonesa y de las acciones llevadas por sus aliados contra nuestros intereses. Los especialistas del Quai d'Orsay están cifrando esos daños. Llegan a montantes colosales.

—¿Puede darnos un orden de magnitud?

—Las primeras estimaciones, todavía provisionales, conciernen esencialmente las destrucciones sufridas por nuestros súbditos establecidos en el Pacífico, nuestros navíos hundidos, nuestros establecimientos comerciales destruidos...

Mathey hizo un pequeño cálculo mental.

—La colección representa una compensación muy modesta en relación con los perjuicios reales sufridos.

Dorival jubilaba literalmente, encontrando en ello la confirmación de sus propias racionalizaciones.

—¡Lo ve bien! No es una expoliación arbitraria o una apropiación ilegítima, sino una reparación equitativa. ¡Las obras nos vuelven de pleno derecho a título de daños de guerra!

Mathey temperó el entusiasmo con la reserva del diplomático experimentado. Había visto demasiados giros de situación para entusiasmarse, y su desconfianza lo había preservado a menudo de decepciones.

—Atención sin embargo, nada está todavía adquirido. Habrá que negociar firme con nuestros aliados, sobre todo los americanos, que podrían tener sus propias vistas sobre el reparto de los bienes japoneses disponibles para las reparaciones.

—¿Qué quiere decir?

Una punta de aprensión traspasó en la voz de Jacomet.

—Quiero decir que los americanos tienen tendencia a considerar el conjunto del Pacífico como su zona de influencia exclusiva.

Podrían pues contestar nuestro derecho a reparaciones sustanciales en la región, estimando que nuestros intereses ahí eran secundarios en relación con los suyos.

—¿Y nuestras opciones para contrarrestar la objeción?

—Hemos preparado una argumentación muy sólida.

Mathey retomó confianza.

—Primero, conviene poner por delante nuestros derechos antiguos y nuestras inversiones económicas en diversas partes del Pacífico. Luego, hay que insistir sobre nuestros sacrificios humanos y materiales en la guerra. Nuestros soldados caídos, nuestros civiles masacrados o deportados, nuestras instalaciones destruidas, nuestro comercio aniquilado.

—¿Y en el plano cultural?

Dorival no podía evitar intervenir. Su dominio de predilección le ofrecía un terreno donde brillar y justificar su posición.

—En el plano cultural, se trata de presentar la colección como un elemento eminente del patrimonio artístico, que Francia, gracias a su larga tradición y a sus museos de renombre mundial, está particularmente calificada para preservar, estudiar y valorizar.

Jacommet tuvo aire satisfecho.

—La argumentación me parece bien construida.

Mathey se inclinó hacia adelante, conspirador, saboreando el efecto de sus revelaciones.

—Hay incluso mejor. Hay que hacer valer que la colección, constituida esencialmente de obras de artistas franceses o europeos, reencuentra en cierta manera su tierra natal. Van Gogh, Gauguin, Cézanne, Rodin... Todos estos artistas nacieron, vivieron y crearon en Europa. Sus obras están mejor en su lugar en los museos europeos, y especialmente franceses, que en Japón.

La observación electrificó a Dorival, que encontró en ella la absolución definitiva que buscaba.

—¡He ahí un argumento decisivo! Las obras regresan a casa, en cierta manera. No hacemos más que reparar una anomalía.

La discusión prosiguió. Mathey expuso las últimas informaciones concernientes a la situación interior de Japón.

—El país está totalmente arruinado, su gobierno ya no tiene ningún margen de maniobra.

—¿Y la opinión pública japonesa?

—La opinión pública japonesa está sobre todo preocupada por su supervivencia cotidiana. El hambre amenaza, las ciudades están destruidas, la economía está aniquilada. Un corpus de arte europeo no figura en el rango de sus prioridades inmediatas.

—¿Y los intelectuales japoneses? ¿Los medios artísticos?

Dorival insistía, buscando apartar todo obstáculo a su empresa.

—Están sea muertos en los bombardeos, sea completamente desorganizados. El Japón de antes de la guerra ha sido barrido por el conflicto. Harán falta años para que se reconstituya.

Hacia las diecinueve horas, mientras la noche de noviembre caía sobre París, los tres hombres terminaron por concluir su larga concertación. Habían sentado las bases de una estrategia global que iba a transformar el secuestro conservatorio en apropiación perenne, una estrategia tanto más temible cuanto que se apoyaba sobre argumentos aparentemente irrefutables.

—Señores...

Jacomot se levantó, con aire satisfecho, sintiendo el goce del trabajo bien hecho.

—...creo que disponemos de todos los elementos necesarios. Mathey, cuento con usted para coordinar estrechamente nuestras acciones con las del Quai d'Orsay. Dorival, prosiga el inventario y prepare la integración de estas obras en nuestras colecciones nacionales.

En las semanas que siguieron, la prensa francesa comenzó a evocar la «colección japonesa» que enriquecía las reservas de

nuestros museos nacionales. La opinión pública fue preparada a la idea de que estas obras pertenecían en adelante al patrimonio cultural francés.

Artículos cuidadosamente redactados aparecieron en las revistas especializadas. Explicaban que Francia estaba destinada a acoger y valorizar estas obras maestras. Periodistas patentados clamaban que estas obras estarían mejor conservadas y mejor estudiadas en los museos franceses que en Japón.

En Tokio, en una ciudad ampliamente en ruinas, Kōjirō Matsukata, gravemente enfermo, seguía con una angustia creciente la evolución de la situación francesa.

En su casa de Kamakura, milagrosamente ahorrada por los bombardeos americanos, el patriarca contemplaba las pocas obras que había conservado en Japón. Estos lienzos y estas esculturas, testigos de su pasión artística de toda una vida, le recordaban cruelmente la extensión de la pérdida que estaba sufriendo.

—Cuarenta años de colección...

Murmuró a su hija Hana, que velaba sobre él con devoción. Su voz temblaba un poco.

—...cuarenta años de viajes a Europa, de encuentros con los artistas, de negociaciones con los marchantes... Todo eso para ver mis obras confiscadas por un Estado que se pretende civilizado...

Hana, que había compartido la pasión artística de su padre, intentó consolarlo. Pero no creía más que a medias. En el fondo de ella, ya lo sabía.

—Padre, quizá sea temporal. Cuando haya regresado la paz, cuando las relaciones estén normalizadas, Francia reconocerá sus errores y restituirá su colección...

El viejo hombre sacudió tristemente la cabeza. Siempre había sido lúcido. Demasiado lúcido.

—No, hija mía. Conozco bien el funcionamiento de los Estados. Cuando tienen algo precioso, ya no lo sueltan. Mis obras están perdidas para siempre para nuestra familia.

Sus obras, adquiridas con tanto amor, se habían convertido en los peones de un juego implacable que iba a hacerlas desaparecer de su patrimonio familiar.

Más grave todavía, el asunto creaba un precedente mayor en el derecho internacional de las obras de arte.

El precedente iba a hacer escuela e inspirar muchas otras expoliaciones. Cada vez vestidas con los mismos argumentos respetables: justicia, interés cultural superior, retorno a las fuentes artísticas.

En el Quai d'Orsay, una célula especial, dirigida por un diplomático curtido, había sido creada para gestionar este expediente sensible. Su objetivo era claro. Cambiar la apropiación de hecho en victoria oficial.

—El arte de la diplomacia... —explicó el jefe de la célula a sus colaboradores— consiste en vestir nuestros intereses nacionales con las apariencias del derecho internacional. No se toma, se recupera. No se confisca, se repara. No se expolia, se restituye al arte occidental su tierra natal.

Bonita fórmula. Estaba orgulloso de ella, saboreando su pirueta semántica que transformaba el robo en acto de justicia.

Tal retórica fue pronto retomada por todos los actores franceses concernidos. En las comunicaciones, en los artículos de prensa autorizados, el mismo vocabulario volvía constantemente: «restitución», «reparación», «retorno legítimo», «justicia».

Lo más notable era la soltura con la que la terminología se impuso en todos los medios concernidos. Los conservadores de museo hablaban de «repatriación» de las obras. Los juristas evocaban una «regularización» de situación. Los diplomáticos mencionaban una «normalización» de las relaciones culturales.

Nadie pronunciaba ya la palabra «confiscación», convertida en tabú.

La mutación semántica no debía nada al azar. Resultaba de un plan de comunicación pensado en los menores detalles. Consignas precisas habían sido transmitidas. Proscribir todo vocabulario que pudiera evocar una apropiación forzada, privilegiar los términos neutros, insistir sobre la dimensión cultural y educativa de la operación.

En algunos meses, el asunto Matsukata se había convertido en la opinión francesa en una historia de éxito. Francia había sabido defender sus intereses enriqueciendo al mismo tiempo su patrimonio artístico. Las críticas eventuales se ahogaban en un concierto de felicitaciones.

Solo algunos espíritus aciagos, en los medios intelectuales parisinos, continuaban expresando dudas. Pero sus voces eran fácilmente ahogadas por el discurso oficial, tanto más cuanto que la mayoría de los franceses ignoraban todo de los detalles del asunto.

René Gimpel mismo, aunque inicialmente reticente, había terminado por unirse a la posición gubernamental. La presión social y su propia ambición mundana habían tenido razón de sus vacilaciones: «Estas obras reencuentran en Francia su verdadera patria espiritual. El arte no tiene nacionalidad, pero tiene una tierra de elección».

Su declaración durante una conferencia pública hizo sensación. Las últimas resistencias caían una a una.

Jean Cocteau, seducido por la idea de ver obras maestras de Van Gogh expuestas en el Louvre, retiró sus objeciones iniciales. Los críticos de arte, halagados por la perspectiva de estudiar de cerca obras hasta entonces inaccesibles, se transformaron en partidarios entusiastas.

El cebo del Van Gogh. Irresistible, incluso para las conciencias más delicadas.

A finales de diciembre de 1944, la operación estaba acabada en el plano interior. Todas las obras estaban inventariadas, almacenadas, integradas administrativamente en las colecciones nacionales. Ninguna voz francesa se levantaba ya para contestar la apropiación.

Quedaba consolidar la victoria en el plano internacional. Era ahí el desafío más difícil, pues había que convencer a los aliados del fundamento de la posición francesa.

Los primeros contactos oficiosos con Washington eran alentadores. Los americanos, ocupados en preparar el fin de las hostilidades y la reconstrucción de Asia, apenas tenían tiempo que consagrar a la cuestión. No veían objeción mayor a que Francia recuperara obras de artistas franceses adquiridas por un coleccionista japonés.

La exposición de los hechos, por tendenciosa que fuera, tenía la ventaja de la limpidez. Van Gogh era europeo, Gauguin y Rodin eran franceses... Era lógico que sus obras fueran conservadas en Europa más que en Japón.

Los británicos, tradicionalmente preocupados por las cuestiones de propiedad privada, se mostraban más reservados.

Pero sus objeciones portaban más sobre la forma que sobre el fondo. Deseaban que el procedimiento francés respetara escrupulosamente las apariencias.

«Ningún problema... —respondieron los diplomáticos franceses con seguridad—. Actuaremos en el marco estricto del derecho de reparaciones de guerra. Todo será regular».

La seguridad bastaba para tranquilizar a Londres, tanto más cuanto que los británicos habían procedido ellos mismos a operaciones similares con los bienes alemanes presentes en su territorio.

A principios de 1945, la posición francesa estaba pues consolidada en todos los frentes. En el interior, la unanimidad estaba adquirida y los aliados no oponían objeción prohibitiva.

Solo Japón habría podido protestar, pero Japón ya no existía como actor independiente.

¿Estaba terminado por ello el asunto Matsukata? Lejos de eso. Entraba solamente en su fase más larga. La de las justificaciones a posteriori y de los acomodamientos con la realidad.

Pues habría que, un día u otro, explicar al mundo cómo y por qué la República francesa se había apropiado los bienes de una persona privada que no había cometido otro crimen que haber nacido japonés.

Pero por ahora, mientras Europa salía lentamente de la guerra más destructora de su existencia, las consideraciones morales importaban poco. Lo esencial estaba adquirido. Francia poseía una de las más bellas colecciones de arte moderno del mundo.

Que la colección hubiera sido constituida por un mecenas japonés, que hubiera sido adquirida de buena fe, que hubiera sido confiscada por la fuerza, todo eso pertenecía en adelante al pasado. La Historia, como siempre, era escrita por los vencedores.

Y los vencedores, en la ocurrencia, eran los conservadores franceses que veían sus museos enriquecerse con obras maestras, los diplomáticos franceses que habían sabido defender los intereses nacionales, los dirigentes franceses que habían sabido hacer pasar una derrota militar en revancha cultural.

Solo los perdedores, un viejo aristócrata enfermo en su casa de Kamakura y su familia afligida, medían el verdadero coste humano de este «saqueo».

En los salones parisinos, se comenzaba a hablar con golosina de las futuras exposiciones.

—¿Se da cuenta? ¡Un Van Gogh en el Louvre!

Los mundanos se frotaban las manos. Los críticos de arte preparaban sus artículos ditirám

bicos. Los estudiantes de arte imaginaban poder estudiar de cerca esas obras míticas.

Nadie se preguntaba de dónde venían. O más bien, se prefería no hacerse demasiado la pregunta.

Dorival, él, había comenzado a reorganizar las salas del Museo de Arte Moderno. Imaginaba la disposición de los lienzos, la iluminación ideal que pondría de relieve los colores de Van Gogh, el emplazamiento ideal para las esculturas de Rodin. Era su sueño de conservador que se realizaba.

Ya no se interrogaba sobre la procedencia. O entonces muy rápido, antes de pasar a otra cosa.

Jacomet, por su parte, pulía los últimos detalles. Cada obra debía estar repertoriada, catalogada, integrada en el inventario nacional.

Mathey continuaba sus idas y venidas entre París y las capitales aliadas. Había que mantener la presión, asegurarse de que nadie viniera a cuestionar lo adquirido francés.

En Japón, Matsukata se debilitaba de día en día. Las noticias que le llegaban de Francia acababan de desesperarlo.

Su hija Hana intentaba guardar esperanza. Escribía carta sobre carta a las autoridades francesas, defendía la causa de su padre, recordaba sus buenas intenciones, su amor sincero del arte occidental. Pero sus cartas se perdían en los meandros de la administración francesa. Cuando llegaban a destino, eran archivadas sin más. A veces incluso sin ser leídas. No bastante tiempo para los estados de ánimo japoneses.

El engranaje estaba en marcha. Nada podía ya pararlo.

En algunos meses, algunos años a lo sumo, la colección Matsukata sería francesa. Los especialistas de arte escribirían tesis sobre estas obras «obtenidas» después de la guerra. Las guías turísticas ensalzarían las maravillas del patrimonio nacional francés. Los escolares aprenderían que Francia poseía uno de los más bellos fondos impresionistas del mundo.

Y nadie se acordaría ya de ese japonés que había tenido la locura de amar el arte hasta el punto de consagrar su fortuna a coleccionarlo.

La época iba a borrar a Kōjirō Matsukata. Solo quedarían sus obras, convertidas en francesas para la eternidad.

O casi.

CAPÍTULO 4: LAS NEGOCIACIONES SECRETAS

San Francisco, verano de 1951

El hotel Fairmont de San Francisco bullía de actividad en aquel verano de 1951. El palacio, encaramado en Nob Hill, acogía desde hacía semanas a las delegaciones de cuarenta y ocho naciones venidas a negociar el tratado de paz que debía cerrar la guerra del Pacífico. Oficialmente, al menos.

Detrás de los fastos protocolarios y los bellos discursos sobre la reconciliación, cada uno codiciaba su parte del pastel. Seis años después de Hiroshima y Nagasaki, había que repartir los despojos del Imperio japonés. El apetito era feroz, aunque nadie osaba decirlo en voz alta.

En el salón Laurel, en el quinto piso, las ventanas ofrecían una vista impresionante de la bahía y la isla de Alcatraz. Cuatro hombres se habían instalado alrededor de una larga mesa. ¿El objetivo de su reunión? Las "cuestiones relativas a las reparaciones de guerra". La realidad era más cruda: ultimar el artículo 14 del futuro tratado que determinaría quién recuperaría qué de los bienes japoneses diseminados por el mundo.

Maurice Schumann simbolizaba la ambición francesa de la posguerra. Ministro de Asuntos Exteriores, antiguo resistente, pertenecía a una generación que lo había visto todo y tenía muy claro que Francia debía recuperar su lugar. Sus documentos estaban cubiertos de anotaciones manuscritas. Era portador de las heridas de un país humillado, y detrás de su barniz de diplomático se ocultaba una sed de revancha. Había vivido a la sombra de la derrota de 1940, y cada negociación le ofrecía la ocasión de dorar un blasón empañado. Su cortesía disimulaba mal una determinación inflexible, forjada en la Resistencia donde los compromisos se pagaban a menudo con vidas humanas.

Frente a él, John Foster Dulles estaba preocupado. El representante especial del presidente Truman, futuro brazo

derecho de Eisenhower, sabía que las decisiones tomadas en aquel salón resultarían cruciales. Abogado de formación, dominaba las sutilezas del derecho internacional. Para él, los criterios morales debían ceder el paso a las necesidades políticas. Había aprendido, en los pasillos de Washington, que la sensiblería no tenía cabida en los asuntos de Estado. Su impasibilidad enmascaraba sin embargo una angustia sorda ante el auge del comunismo en Asia.

Sir Oliver Franks, a su derecha, defendía los intereses británicos con la afabilidad que hacía la reputación del Foreign Office. Antiguo de la City tanto como de Whitehall, hacía malabarismos entre comercio y geoestrategia. Los británicos querían a la vez cuidar a Japón, futuro aliado contra los soviéticos, y preservar sus posiciones económicas en Asia. Franks reflejaba el arte británico de conciliar lo inconciliable. Su elegancia vestimentaria y sus maneras impecables disimulaban una aspereza heredada de sus años en los medios financieros londinenses. Sabía que el Imperio británico se desmoronaba, y cada negociación constituía un combate de retaguardia para preservar la influencia de Londres.

Frente a los tres occidentales, Shigeru Yoshida hacía figura de vencido resignado. El Primer ministro japonés llevaba con dignidad la carga de un país ocupado. Antiguo embajador, conocía las reglas del juego. Pero su margen de maniobra se reducía a casi nada. El Japón bajo tutela estadounidense no estaba en posición de negociar. Yoshida ocultaba bajo sus maneras corteses una verdadera amargura. Diplomático de la vieja escuela, había creído constantemente en las virtudes de la negociación. Ahora debía pagar por faltas que no eran suyas, defender un país cuyos dirigentes militaristas habían destruido todas sus esperanzas de grandeza pacífica.

Cada uno sabía que más allá de las fórmulas huecas, estaban repartiéndose miles de bienes japoneses, en particular la colección Matsukata que obsesionaba a París desde hacía siete años.

Dulles rompió el silencio. Su voz expresaba un cansancio, semanas de negociaciones repetitivas habían agotado su paciencia.

—Señor Schumann, debo confesarle que su posición sobre los bienes japoneses privados nos plantea algunas dificultades. La administración Truman desea hacer de Japón un aliado fiable frente a los comunistas. Un enfoque demasiado severo arriesga crear resquemor en la opinión japonesa. Sería contraproducente. Schumann le respondió con una sonrisa que no dejaba filtrar nada de sus verdaderas intenciones. Había aprendido a ocultar sus pensamientos.

—Señor Dulles, deseo recordarle algunos hechos que a veces se olvidan en la euforia de la reconciliación. Francia ha sufrido daños materiales y humanos considerables debido a la agresión japonesa en Indochina. Sin contar la complicidad nipona con la Alemania nazi. Nuestras pretensiones respetan el derecho internacional, ese mismo que Estados Unidos contribuyó a elaborar después de 1918.

El ministro francés, en el secreto de su conciencia, sabía que Francia debía golpear fuerte o aceptar seguir siendo un Estado de segundo rango. La humillación de 1940 lo acechaba todavía, y cada concesión arrancada a los antiguos enemigos constituía una pequeña revancha sobre el pasado.

Abrió ante sí una carpeta de cartón con la mención "Confidencial - Daños en Indochina".

—Nuestros servicios han cifrado los daños en más de veinte mil millones de francos. Destrucciones de infraestructuras, pérdidas de producción, masacres de civiles franceses... La lista es larga. Es normal que recuperemos una parte de esas sumas en forma de bienes japoneses presentes en nuestro territorio.

Sir Oliver intervino con una distinción muy británica. Pero su propósito era menos inocente de lo que parecía.

—Todos queremos hacer de Japón un baluarte contra el expansionismo soviético en Asia. Eso implica una cierta... magnanimidad de nuestra parte.

Franks pesaba cada palabra. Detrás de su fachada amable hervía una frustración sorda. El Imperio británico se desintegraba, y había que componerse con unos estadounidenses que dictaban sus voluntades. Él, que había conocido la grandeza del Imperio victoriano, asistía impotente a su declive. Cada negociación le recordaba que Londres ya no era más que un socio menor de Washington.

Se volvió hacia Yoshida.

—Por lo demás, señor Primer ministro, desearíamos conocer su posición sobre la cuestión de los bienes privados.

Yoshida había escuchado el intercambio midiendo cada palabra. Tomó la palabra con la extrema circunspección de un dirigente de país ocupado. Su voz llevaba el peso de todas sus desilusiones. Había pasado su carrera creyendo en la civilización occidental, en sus valores de justicia y fair play. La guerra lo había desengañado, revelando que las democracias podían mostrarse tan despiadadas como los regímenes autoritarios cuando sus intereses estaban en juego.

—Señores, el gobierno japonés comprende la legitimidad de sus reivindicaciones concernientes a las reparaciones de guerra. Estamos dispuestos a asumir nuestras responsabilidades por los daños causados por la política agresiva de nuestro país entre 1937 y 1945.

Buscaba expresar una objeción sin parecer contestar la voluntad de los vencedores. Él, que había preconizado la moderación, asistía al descuartizamiento de su país por hombres que se envolvían en la virtud.

—Sin embargo, debe establecerse una distinción entre los bienes de Estado japoneses, que pueden legítimamente ser confiscados a título de reparaciones públicas, y los bienes privados de

nuestros conciudadanos, que dependen de un estatuto diferente según las tradiciones del derecho occidental.

La observación, formulada con deferencia, hizo saltar a Pierre-Étienne Flandin. El representante adjunto francés dominaba el expediente al dedillo, lo habían elegido por eso. Flandin tenía la ambición decepcionada de alguien que había esperado las más altas funciones, pero se había contentado con papeles secundarios. Compensaba con un celo excesivo en la ejecución de sus misiones.

—Señor Primer ministro, esta distinción no es tan evidente como usted pretende. Existen numerosos casos donde bienes oficialmente privados han servido para financiar el esfuerzo de guerra de su país, o han sido constituidos gracias a los beneficios obtenidos de sus conquistas militares. Tomemos un ejemplo concreto: la famosa colección de arte occidental constituida por Kōjirō Matsukata se encuentra actualmente en territorio francés donde ha sido legalmente puesta bajo secuestro desde 1944.

Yoshida hizo una mueca. En su voz asomaba un puntito de irritación que ya no lograba disimular.

—Señor Flandin, ¿está usted sugiriendo que todos los bienes privados japoneses tendrían un carácter sospechoso y podrían ser confiscados con el motivo de que contribuyeron a nuestro esfuerzo de guerra?

—No, no estamos en una lógica de confiscación ciega —respondió Flandin con una falsa bonhomía que no engañaba a nadie—. Pero tratándose de la colección Matsukata, fue constituida por un industrial cuyas empresas siderúrgicas y navales contribuyeron ampliamente al esfuerzo de guerra nipón. Matsukata dirigía los astilleros navales Kawasaki, que construyeron una parte importante de su flota de guerra. Varios acorazados y portaaviones que participaron en Pearl Harbor y en las campañas del Pacífico salieron de sus astilleros. Es por tanto equitativo considerar que su fortuna privada, y por tanto su

colección de arte, fueron constituidas gracias a los beneficios de la industria de guerra.

La argumentación revelaba toda la sofística de la que Flandin era capaz. Sobresalía en la transformación de las aproximaciones en certezas y de las correlaciones en causalidades.

La argumentación causó sensación. Dulles estimó deber intervenir, menos por simpatía hacia los japoneses que por preocupación de preservar el equilibrio regional.

—La colección que usted evoca, señor Flandin, ¿cuál es su estatus actual?

Schumann, que deseaba responder en lugar de Flandin, se volvió hacia uno de sus consejeros que le tendió una nota de cuatro páginas preparada especialmente para la ocasión.

—Señor Dulles, esta colección única ha sido legalmente puesta bajo secuestro por las autoridades francesas en aplicación de la ordenanza del 5 de octubre de 1944 relativa a los bienes enemigos. Comprende varios centenares de obras de arte occidental de un valor inestimable.

—¿Y consideran ustedes que debe ser confiscada a título de reparaciones de guerra? —preguntó Sir Oliver.

—Exactamente —confirmó Schumann—. Representa una reparación justificada en relación con los daños considerables sufridos por Francia. Por lo demás, es lógico que estas obras de artistas franceses o europeos permanezcan en su continente de origen.

El ministro francés desplegaba todo su talento retórico. Detrás de sus argumentos se disimulaba una firme opinión. Francia tenía el derecho, el deber incluso, de recuperar lo que la guerra y la ocupación le habían hecho perder. Para Schumann, los imperativos éticos eran un lujo que solo podían permitirse los vencedores definitivos.

Yoshida protestó con una vehemencia inhabitual en este diplomático tan mesurado. Sus últimas ilusiones sobre la probidad occidental acababan de derrumbarse.

—Señores, debo recordarles algunos hechos esenciales. Matsukata era un gran amante del arte occidental, un mecenas ilustrado que había constituido su colección con un fin puramente cultural.

El Primer ministro japonés comprendía que asistía al triunfo de la fuerza sobre el derecho, a pesar de todos los artificios legales con que se lo revestía. Él, que había creído toda su vida en las virtudes de la diplomacia, descubría su verdadera naturaleza: una relación de fuerzas disfrazada de debate de ideas.

Flandin tuvo una mueca irónica que decía mucho sobre lo que pensaba.

—Señor Primer ministro, las buenas intenciones del señor Matsukata, por respetables que sean, no borran desgraciadamente el hecho objetivo de que su colección fue constituida gracias a los beneficios de industrias pesadas que luego sirvieron masivamente a su aparato militar contra las democracias occidentales.

Se inclinó hacia Yoshida con una expresión falsamente compasiva. Flandin saboreaba ese momento de dominación. Toda su carrera había tenido que inclinarse ante más poderoso que él. Ahora tenía por fin la ocasión de ejercer esa autoridad.

—Francia no hace más que recuperar lo que le corresponde a título de reparaciones. No hay en ello ninguna animosidad personal contra el señor Matsukata.

Los verdaderos objetivos de la negociación aparecían a plena luz. Dulles, preocupado por preservar el equilibrio de la conferencia, intentó recentrar la discusión. El estadounidense comenzaba a impacientarse. Esas querellas europeas sobre cuestiones de prestigio cultural le parecían irrisorias frente a los desafíos de la guerra fría naciente.

—Señores, propongo que abordemos el problema bajo un ángulo más concreto. La verdadera cuestión es saber si el artículo 14 del tratado debe dar a los países aliados un derecho de confiscación sobre todos los bienes japoneses presentes en su territorio, o si conviene establecer distinciones según la naturaleza de esos bienes.

Schumann captó inmediatamente la oportunidad de generalizar el debate para hacer pasar mejor su posición particular. El ministro francés sabía modelar los casos particulares en principios generales.

—Señor Dulles, es lo que proponemos desde el principio. El artículo 14 debe prever claramente que cada potencia aliada tiene el derecho soberano de conservar todos los bienes japoneses que se encuentran bajo su competencia territorial, sin excepción y sin restricción.

—Pero esta formulación me parece excesivamente amplia —objetó Sir Oliver—. Permitiría teóricamente confiscaciones arbitrarias, sin control ni recurso.

Franks expresaba allí una preocupación sincera. El antiguo banquero sabía que la confianza constituía el fundamento de todo sistema económico internacional. Confiscaciones demasiado sistemáticas arriesgaban desestabilizar.

—No —replicó Flandin—, porque esas confiscaciones estarían enmarcadas por la legislación nacional de cada país aliado. Habría por tanto garantías de recurso ante los tribunales nacionales competentes.

Yoshida sacudió la cabeza con una acritud que ya no buscaba disimular.

—Señor Flandin, las garantías de las que habla serían puramente teóricas y por tanto ilusorias. En la práctica, ningún tribunal nacional dará jamás la razón a un ciudadano japonés contra su propio gobierno.

La observación embarazó momentáneamente a la delegación francesa. Yoshida acababa de poner el dedo en la hipocresía fundamental del sistema propuesto.

Schumann retomó rápidamente la iniciativa.

—Señor Primer ministro, dramatiza usted la situación. Los tribunales franceses son independientes y respetan estrictamente el derecho de propiedad. Pero respetan también la legalidad de los actos gubernamentales tomados en el interés superior de la Nación.

—Dicho de otro modo —murmuró Yoshida con una lucidez desengañada—, nuestros conciudadanos no tendrían en definitiva ningún recurso efectivo contra sus decisiones de confiscación.

—Presenta usted las cosas de forma demasiado negativa —se defendió Schumann—. Se trata simplemente de aplicar el derecho internacional clásico de las reparaciones de guerra, tal como existe desde hace siglos en las relaciones entre Estados civilizados.

El ministro francés utilizaba el gran argumento de la época: invocar la "civilización" para justificar lo injustificable. Schumann no era ingenuo respecto a sus propios sofismas, pero la razón de Estado primaba sobre las consideraciones morales. Francia debía retomar su lugar, cualesquiera que fueran los medios.

Dulles, que había escuchado atentamente el revelador intercambio, pesó sus palabras. El hombre de Estado estadounidense comprendía que asistía a la elaboración de un mecanismo de expoliación legalizada, pero las necesidades prevalecían sobre los escrúpulos morales.

—Señores, después de haber reflexionado maduramente sobre los argumentos presentados por una y otra parte, pienso que podemos encontrar un acuerdo razonable que concilie los intereses de las diferentes partes.

Se concertó con sus consejeros antes de proseguir.

—El artículo 14 podría dar a los países aliados el derecho de conservar los bienes japoneses presentes en su territorio a título de reparaciones de guerra, pero precisando que ese derecho debe ejercerse conforme a su legislación nacional respectiva y en el respeto de sus tradiciones.

—Esta precisión no cambia nada en el fondo del problema —protestó Yoshida—. Constituye incluso un agravamiento puesto que da una apariencia de legalidad a confiscaciones que seguirán siendo arbitrarias.

El Primer ministro japonés sentía el suelo desmoronarse bajo sus pies. Toda su visión del mundo se derrumbaba. Él, que había creído en los ideales occidentales, descubría que no eran más que un barniz que recubría apetitos muy terrenales.

—Quizá —admitió Dulles con una franqueza que sorprendió a la asamblea—, pero tiene la ventaja de preservar las apariencias y de mantener un marco mínimo. Cada país aliado seguirá siendo soberano para aplicar su propia concepción de la justicia.

El estadounidense ilustraba allí toda su filosofía. Poco importaban las convicciones con tal de que se respetaran las formas.

Sir Oliver aprobó con un visible alivio.

—Este compromiso me parece razonable y equilibrado. Preserva los intereses de los países aliados conservando al mismo tiempo un marco que evita la arbitrariedad pura.

Schumann jubilaba interiormente. Obtenía exactamente lo que había venido a buscar a San Francisco. Una base internacional incontestable para legitimar la confiscación de la colección Matsukata y de todos los demás bienes japoneses presentes en Francia.

—Señor Dulles, todo esto nos conviene absolutamente.

Yoshida comprendió que estaba perdiendo la batalla. Sus últimos argumentos habían fracasado en debilitar la determinación de los occidentales. El Japón vencido y ocupado ya no tenía los medios de proteger los bienes privados de sus conciudadanos en el extranjero. La decepción que lo invadía era proporcional a las esperanzas que había alimentado para esta conferencia. Había creído ingenuamente poder apelar a la conciencia occidental. Descubría que la conciencia tenía límites geográficos.

Los días siguientes se consagraron a pulir los últimos detalles. Había que obtener el acuerdo formal de todas las delegaciones sobre el texto definitivo. Cada coma contaba. Cada matiz podía costar millones.

El 8 de septiembre de 1951, la ópera municipal de San Francisco se transformó en teatro de la hipocresía. Cuarenta y ocho naciones firmaron solemnemente el tratado de paz ante centenares de periodistas. El artículo 14.2.1, fruto de ásperos regáteos, disponía en su versión definitiva que cada potencia aliada tenía el derecho de "embargar, conservar, liquidar o utilizar de cualquier otra manera todos los bienes, derechos e intereses de Japón y de los ciudadanos japoneses presentes en su territorio".

Una frase aparentemente anodina, ahogada en la masa de disposiciones sobre las reparaciones. En realidad, sellaba la suerte de la colección Matsukata y de miles de otros bienes japoneses dispersos por el mundo. Esos bienes no volverían nunca a sus propietarios, desde entonces privados de todo recurso.

Poco después de la firma, la prensa francesa orquestó un verdadero festival de la mala fe. Los servicios oficiales habían dado bien las instrucciones a sus contactos. *Le Figaro* titulaba con aplomo: "Francia recupera obras maestras japonesas". *Le Monde* explicaba doctamente que "estas obras de artistas franceses reencuentran su tierra natal". *L'Humanité* misma aplaudía una "democratización del acceso al arte transfiriendo colecciones privadas hacia los museos nacionales".

La opinión pública francesa, ampliamente ignorante de los verdaderos objetivos, aprobó masivamente. ¿Quién habría podido contestar el derecho de Francia a resarcirse de sus antiguos enemigos? Algunas voces aisladas, en los medios artísticos mejor informados, osaron tímidamente interrogarse sobre la legitimidad moral de ese acaparamiento masivo.

El engranaje puesto en marcha con tanta habilidad acababa de alcanzar su perfección. La colección Matsukata estaba perdida para sus herederos, atrapada en las mallas de una red tan bien tejida que haría falta décadas para desenredar todos los mecanismos retorcidos.

Más grave aún, el asunto creaba un precedente mayor que iba a inspirar numerosas otras expoliaciones "legales". Cada vez que un Estado desease apropiarse de bienes extranjeros, podría referirse al tratado de San Francisco y a la interpretación francesa del artículo 14.

En los meses siguientes, la jurisprudencia fue invocada en todas partes. Los británicos la utilizaron para confiscar plantaciones alemanas en Malasia. Los australianos se sirvieron de ella para apropiarse de bienes japoneses en el Pacífico Sur. Incluso ciertos países sudamericanos hicieron referencia a ella para nacionalizar empresas extranjeras.

El asunto Matsukata había creado, casi por accidente, un nuevo concepto, la "reparación cultural". Según la teoría construida a posteriori por los juristas franceses, un Estado víctima de agresión podía apropiarse de los bienes culturales del agresor, no solo como compensación financiera, sino también para "enriquecer el patrimonio cultural nacional".

Doctrina sistematizada en varias tesis doctorales. Artículos sabios en las revistas especializadas. Enseñanza en los cursos de derecho internacional público. En pocos años, lo que al principio no era más que una apropiación oportunista se había convertido en una teoría respetable. El genio de la operación francesa residía

en la transformación de un acto de fuerza en principio de derecho.

En Japón, las consecuencias humanas de ese robo se hacían sentir cruelmente. La familia Matsukata, enlutada por la muerte del patriarca en junio de 1950, asistía impotente a la liquidación de su herencia artística.

Hana Matsukata, hija mayor del difunto coleccionista, reunía a menudo a los miembros supervivientes en la residencia ancestral de Kamakura. Esas reuniones, impregnadas de una melancolía infinita, testimoniaban el desconcierto de una familia frente a la fuerza de la maquinaria que se había puesto en marcha contra ella.

—Mis queridos hermanos —declaraba ella durante una de esas reuniones en el otoño de 1951, recorriendo los periódicos que daban cuenta de la firma del tratado—, la prensa explica que el gobierno ha aceptado las condiciones de los Aliados. Dicen que es para la reconstrucción del país, para nuestro futuro. Pero sabemos bien lo que eso significa: la colección de nuestro padre está perdida. Definitivamente perdida.

En su voz asomaba una resignación amarga. Hana había heredado de su padre su pasión por el arte, pero también su lucidez frente a las relaciones de fuerza internacionales. Sabía que su familia pagaba por los errores de un régimen militarista que siempre había desaprobado.

Hiroshi Matsukata, hijo menor y heredero de las empresas familiares desmanteladas por el ocupante, miraba las pocas obras occidentales rescatadas de la guerra que adornaban todavía el salón. Tenía entre las manos una carta arrugada, una de las últimas que su padre había escrito antes de su muerte.

—Nuestro padre tenía razón en inquietarse estos últimos meses. ¿Te acuerdas, Hana? Ya no dormía, daba vueltas por la casa. Presentía que los franceses no devolverían jamás sus obras. Me decía a menudo, hacia el final: "Han encontrado la manera de transformar un robo en acto legal, Hiroshi. Es de una elegancia

diabólica". Yo creía que exageraba, que la enfermedad lo volvía pesimista...

Su voz llevaba el peso de una culpabilidad sorda. Hiroshi se reprochaba no haber tomado en serio las angustias paternas. Había creído que las cuestiones artísticas eran secundarias frente a los desafíos económicos de la reconstrucción.

Kōsuke, el más joven de los hermanos, intervino con la ingenuidad conmovedora de los benjamines.

—Pero ¿no podríamos apelar a los tribunales franceses? ¿Contratar abogados? ¿Pleitear nuestra causa? Debe haber una manera... Papá era respetado en Francia, tenía relaciones, amigos en los medios artísticos...

Hana sacudió tristemente la cabeza. Ya había explorado todas esas pistas, contactado discretamente algunas amistades en París. Su decepción era proporcional a las esperanzas que había alimentado.

—¿Con qué dinero, mi pobre Kōsuke? Nuestros bienes han sido confiscados, nuestras empresas desmanteladas, nuestra familia arruinada. Y aunque tuviéramos los medios, que no es el caso, créeme, ¿te imaginas que un tribunal francés daría la razón a unos japoneses? Nos hemos convertido en parias, antiguos enemigos que apenas se toleran.

Se levantó y se dirigió hacia la terraza que daba al jardín familiar donde algunas esculturas occidentales testimoniaban todavía la pasión de su padre. Verlas allí, abandonadas a la intemperie por falta de medios para mantenerlas, le oprimía el corazón.

—Hermanos míos, ya no es realmente la colección lo que me importa. Bueno, sí, por supuesto que me duele. Pero lo que sobre todo me subleva es la idea de que un país civilizado como Francia pueda apropiarse de los bienes de un coleccionista privado... Papá admiraba tanto ese país. Tenía allí sus amigos, sus costumbres. Y así es como le agradecen. Es la muerte del arte trascendiendo las fronteras y los odios nacionales.

La conversación ilustraba el drama humano que se ocultaba detrás del expediente Matsukata. Pero ¿a quién le importaba?

Las autoridades francesas, ocupadas en gestionar los aspectos prácticos de su apropiación, apenas tenían tiempo para esos lloriqueos. Era hora de organizar la integración de la colección en el patrimonio nacional. Había que hacer algo concreto, visible.

Desde el otoño de 1951, Jacques Jaujard lanzó un vasto programa de restauración y catalogación de las obras confiscadas. Se constituyeron equipos para evaluar el estado de cada pieza, establecer fichas detalladas. El gran desbarajuste administrativo se ponía en marcha.

—Señores —declaró Jaujard—, tenemos la responsabilidad, insisto mucho en esta palabra, de preservar y valorizar este patrimonio. Hay que mostrar al mundo entero que Francia era el país mejor cualificado para acoger estas obras maestras. Ni hablar de dejar que se diga que hemos echado mano a un botín de guerra.

Detrás de su seguridad pública, Jaujard alimentaba escrúpulos que lo atormentaban por la noche. Resistente durante la Ocupación, había arriesgado su vida para salvar las colecciones nacionales de los apetitos nazis. Ahora se encontraba en la posición del expoliador que había combatido. Lo cómico de la situación no se le escapaba, pero lo reprimía en nombre del interés superior de Francia.

Bernard Dorival, encargado de supervisar la operación, estaba muy implicado. Pulía una pasión devoradora por el arte moderno que confinaba con la manía.

—¡Tenemos aquí una ocasión única de revolucionar nuestros fondos nacionales! Con estas obras, nuestros museos van a poder por fin competir con el MET, el MOMA, la National Gallery...

Dorival ocultaba una frustración personal tenaz. Conservador de segundo rango toda su carrera, veía en el asunto Matsukata la oportunidad de marcar el arte francés con su impronta. Su

ambición decepcionada encontraba por fin una salida en ese proyecto de envergadura.

En junio de 1952, el Louvre abrió sus puertas a una exposición titulada "Obras maestras reencontradas: el arte occidental al servicio de la cultura francesa".

El ministro de Educación Nacional se desplazó en persona. Todo el gratin parisino desfilaba por los pasillos del museo. Los críticos de arte, los mundanos en busca de cultura, la fauna habitual de las inauguraciones prestigiosas.

"¡Enriquecimiento magnífico!" tituló France Dimanche. Los otros periódicos secundaron a coro. El mismo entusiasmo del lado de los visitantes que se agolpaban ante los cuadros. Muchos descubrían obras que nunca habrían esperado ver de este lado del Atlántico.

En las revistas especializadas, los expertos rivalizaron en erudición. Análisis detallados sobre la importancia de la colección, observaciones sabias sobre su aporte al patrimonio francés. Reinaba la unanimidad.

Bueno, casi.

Algunos aguafiestas, principalmente del lado de la extrema izquierda, recordaron discretamente las condiciones dudosas de ese "enriquecimiento". Pero sus protestas se perdieron en el alboroto de las felicitaciones oficiales. Por lo demás, ¿quién tenía ganas de escuchar a los cenizos cuando se podían admirar Monet y Renoir?

La opinión pública francesa adoptó rápidamente la colección Matsukata. Como si siempre hubiera formado parte del paisaje cultural nacional. Misión cumplida, pues.

El hecho consumado creaba su propia legitimidad.

Pero toda bella mecánica tiene sus fallos. Y esta reposaba sobre una mentira de talla.

Contrariamente a las afirmaciones de la propaganda oficial, Kōjirō Matsukata no tenía nada de "aprovechado de guerra". Sus empresas habían ciertamente participado en el esfuerzo industrial japonés. Pero como todas las empresas de su país, sin que tuviera la menor elección frente a un régimen militarista dictatorial.

Más embarazoso todavía, su colección databa de antes de la guerra. Lejos de encarnar la agresividad nipona, la colección simbolizaba un Japón abierto al mundo, respetuoso de las otras culturas.

La verdad, sofocada por la versión oficial francesa, permanecería largo tiempo en la sombra.

Mientras tanto, en las reservas climatizadas del Louvre y de los otros museos franceses, las obras confiscadas testimoniaban silenciosamente un drama humano que nadie quería ver. Ni escuchar.

Por el momento, a finales de 1952, el expediente parecía cerrado. La familia Matsukata, enlutada y arruinada, no tenía más que llorar la memoria de su patriarca.

La muerte de Kōjirō Matsukata había privado a la familia de su jefe más respetado. Solo sus hijos guardarían el recuerdo amargo de todo el asunto.

Hana Matsukata le consagró el resto de su vida. Reuniendo pacientemente todos los documentos relativos a la colección de su padre. Con la esperanza de que un día la verdad triunfaría. Esperanza que parecía bien irrisoria en 1952. Habría que esperar al final del año 1958 para que las cosas empezaran a moverse.

CAPÍTULO 5: LA COMEDIA DE LA RESTITUCIÓN

La Boisserie, Colombey-les-Deux-Églises, diciembre de 1958

La apropiación de toda la colección Matsukata después del tratado de San Francisco no satisfacía a nadie. El Estado francés podía guardarlo todo, ciertamente. Pero desde hacía algunos meses un gesto para mantener buenas relaciones con Japón parecía oportuno. Se contemplaba una restitución parcial. Se trataba de un acto voluntario, presentado como generoso...

El General de Gaulle, vuelto a los asuntos pocos meses antes a raíz del golpe de Argel del 13 de mayo de 1958, era desde entonces Presidente del Consejo de ministros. Había pasado el fin de semana en su residencia privada de "La Boisserie" en Colombey-les-Deux-Églises. La estancia había sido estudiosa. Todo el sábado se había consagrado a la lectura de numerosos expedientes, en particular un proyecto de ordenanza concerniente a la colección Matsukata que había preparado Michel Debré, ministro de Justicia.

Ese lunes por la mañana, el General se disponía a regresar al Hôtel Matignon, donde residía el jefe del Gobierno.

Hacia las 8 h, el DS 19, conducido por su chófer Francis Marroux, estaba listo. El General subió a bordo y se sentó en la parte trasera derecha del vehículo. Era habitualmente el asiento reservado a su esposa Yvonne. Pero esta última estando indispuesta, no formaba parte del viaje ese día. Delante, el ayudante de campo, el coronel Gaston de Bonneval, dio la señal de partida. Saint-Cyrien, había servido primero en Levante antes de unirse a la Resistencia. Arrestado por la Gestapo en 1943, había sido deportado al campo de Mauthausen y liberado en 1945. Confidente del General, había sido su acompañante fiel durante la "travesía del desierto", ese período difícil durante el cual de

Gaulle no había ejercido ninguna responsabilidad gubernamental y se había retirado de la vida política activa.

El General tenía dificultades para acostumbrarse a las suspensiones hidroneumáticas de su nuevo vehículo que le daban náuseas. Prefería ampliamente el tracción delantera 15 caballos 6 cilindros que utilizaba anteriormente. Sin embargo, era ese DS 19 el que le salvaría la vida algunos años más tarde durante el atentado de Petit-Clamart. A pesar de dos neumáticos acribillados de balas, el Citroën había proseguido su camino hasta el aeropuerto de Villacoublay, gracias a la nivelación automática de las suspensiones y al sistema de ruedas independientes.

El convoy, compuesto de un coche seguidor y de dos motoristas de la gendarmería, rodaba desde hacía ya una hora.

El General hizo señal a Bonneval, pidiendo una parada para estirar las piernas. Al momento de partir, lo invitó a venir a sentarse a su lado. Bonneval estaba halagado cuando el gran hombre le testimoniaba así su proximidad.

—Bonneval, tengo algunas preguntas que hacerle sobre un asunto que me preocupa.

De Gaulle, mayor en una veintena de años que su ayudante de campo, solicitaba a menudo sus opiniones. La diferencia de generación le era preciosa para tener otra mirada.

—Mi General, estoy a su entera disposición.

De Gaulle explicó rápidamente a Bonneval de qué se trataba. Le resumió el proyecto de ordenanza propuesto por Debré.

—Bonneval, si debíamos restituir a los japoneses una parte de las obras que poseemos, ¿piensa usted que la opinión pública estaría escandalizada? ¿Que la prensa reaccionaría desfavorablemente?

—Mi General, no soy en absoluto especialista del tema. Me temo que mi punto de vista no le será de gran ayuda. Pero pienso que en este momento la población está más bien preocupada por los acontecimientos de Argelia. Las madres de familia están inquietas porque el ejército ha movilizado a los llamados al servicio militar.

Cada día decenas de soldados mueren o son heridos en escaramuzas. En cuanto a la prensa, le es globalmente hostil por principio. Este asunto japonés no apasionará a mucha gente. La opinión pública tiene muchas otras prioridades...

—Sí, pero a nivel internacional, ¿no arriesga eso perjudicarnos?

—Mi General, desde el pasado noviembre todas las cancillerías están atormentadas por el ultimátum soviético de Nikita Jrushchov a las potencias occidentales para que retiren sus fuerzas de Berlín Occidental en seis meses. Es poco probable que, en este contexto, la cuestión secundaria de la colección Matsukata haga olas.

—Gracias Bonneval. Como de costumbre, su visión de las cosas está marcada por el sentido común...

Eran las 11 h 30. Los doscientos sesenta y tres kilómetros que separaban "La Boisserie" del Hôtel Matignon habían sido recorridos sin contratiempos.

De Gaulle se reunió inmediatamente en su despacho donde una reunión había sido programada. En la antecámara, varios colaboradores esperaban desde hacía media hora. Después de los saludos de rigor, la discusión podía comenzar.

—Mi General —declaró Debré señalando el documento encuadernado que se extendía sobre el escritorio—, con este texto, que le comuniqué la semana pasada, vamos a poder resolver la espinosa cuestión de la colección Matsukata. Preservando, desde luego, nuestros intereses culturales esenciales.

Debré era jurista de formación, pero político por vocación. De Gaulle, que ya había tenido que tratar personalmente ese expediente espinoso en 1944 durante su puesta bajo secuestro, recorría de nuevo los artículos del proyecto de ordenanza con la atención que prestaba a las cuestiones de soberanía nacional.

—Señor ministro de Justicia, recuérdeme los términos del acuerdo que nuestra gente ha negociado con los japoneses.

Quiero estar seguro de que no damos nada que pueda comprometer nuestra posición.

—Mi General, el acuerdo que hemos obtenido es favorable a nuestros intereses. El aspecto más crucial es la renuncia definitiva e irrevocable que hemos obtenido de los herederos Matsukata sobre la integralidad de la colección, incluidas las obras que guardamos. El acuerdo cubre igualmente todos los aspectos de forma. Será ratificado por las autoridades japonesas competentes y registrado según los procedimientos internacionales apropiados. André Malraux, ministro delegado encargado de la Información, había escuchado con atención. Se expresó entonces con el énfasis que caracterizaba todos sus discursos sobre el arte. En él, la pasión estética cohabitaba con un gusto desmesurado por la grandilocuencia que rozaba lo ridículo.

—Mi General, este acuerdo preserva inteligentemente lo esencial de nuestras adquisiciones dándonos al mismo tiempo la apariencia de generosidad internacional. Francia conserva las dieciocho obras más importantes. A cambio, "ofrecemos" al Japón el resto de la colección. Es decir, unas trescientas obras de menor importancia, para que sean expuestas en un museo especialmente construido en Tokio. Transformamos así una restitución forzada en magnífico gesto de reconciliación.

—Dígame más sobre la aceptación de ese arreglo por los herederos —pidió de Gaulle con la suspicacia del jefe de gobierno que ha aprendido a desconfiar de los cambios de tornas. Maurice Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores y diplomático cauteloso, sacó ceremoniosamente de su cartera de cuero varias cartas oficiales adornadas con sellos en tres dimensiones.

—Mi General, hemos obtenido una renuncia clara e inatacable por parte de los herederos. He aquí la carta solemne firmada por su representante Saburō Matsukata. En este documento, renuncia expresa y definitivamente a todos los derechos

presentes y futuros sobre la integralidad de la colección de su difunto padre.

Desplegó el documento con precaución.

—Hemos negociado durante meses para obtener este papel. Cubre no solo las obras que restituimos, sino también y sobre todo las que guardamos. Los herederos se prohíben formalmente toda contestación ulterior, ante cualquier jurisdicción.

De Gaulle examinó atentamente el documento, escrutando cada palabra. Detestaba esos regáteos donde su grandeza fantasmada se enfrentaba a las mezquindades de lo cotidiano.

—¿Le parece sólida y definitiva esta renuncia? ¿Nuestros servicios de contencioso han verificado todos los aspectos?

—Absolutamente —afirmó Georges Pompidou, entonces director de gabinete del General—. Hemos desgranado todos los aspectos formales. Ningún fallo puede ser invocado.

Pompidou, normalien y agrégé de letras clásicas, había comenzado como profesor en un liceo de Marsella antes de entrar en el Consejo de Estado y luego en Rothschild. Su paso por la banca le había enseñado la habilidad de la transacción rentable, pero también había alimentado en él una fascinación turbia por el dinero que contrastaba con sus gustos literarios refinados. Había supervisado personalmente los aspectos financieros de la negociación. Conocía el precio de mercado y sabía que Francia realizaba allí una operación ventajosa.

—Por lo demás —añadió—, las dieciocho obras que conservamos representan por sí solas más del 80 % del valor total. Guardamos la crema y devolvemos el suero, si puedo permitirme.

Malraux expuso con lirismo su concepción de la operación.

—Mi General, este expediente ilustra la grandeza y la generosidad cultural de la Francia eterna. No nos contentamos con conservar egoístamente estas obras maestras en nuestras reservas como vulgares coleccionistas privados. Hacemos don de ellas al pueblo japonés para que descubra el arte occidental,

guardando al mismo tiempo las piezas más representativas para enriquecer nuestro patrimonio nacional.

Gesticulaba con pasión, parpadeando frenéticamente, un tic que se acentuaba cuando se exaltaba.

—¡Es diplomacia cultural al más alto nivel, mi General! Francia asume plenamente su papel de nación civilizadora y transforma un contencioso en instrumento de irradiación.

—Malraux —intervino de Gaulle—, usted sabe como yo que no "hacemos don" de nada en absoluto. Nos contentamos con restituir lo que ya no podemos moralmente conservar guardando al mismo tiempo lo que más nos interesa.

La observación ácida del General hizo callar momentáneamente a Malraux, que se contentó con aprobar con un movimiento de cabeza embarazado. Un rubor imperceptible traicionó su turbación. Incluso en sus arrebatos más sinceros, conservaba bastante lucidez para dosificar los límites de su retórica. Debré, preocupado por recentrar la discusión sobre los aspectos prácticos, aprobó la lucidez de de Gaulle admirando al mismo tiempo esa capacidad del General para cortar por lo sano.

—Mi General, ha comprendido usted los objetivos reales de la operación. Pero lo importante, para la comunicación nacional e internacional, es que la restitución parcial aparezca como un gesto auténticamente generoso de Francia hacia Japón. Eso contribuirá significativamente al acercamiento entre nuestros dos países en un momento en que necesitamos aliados en Asia.

Couve de Murville, preocupado por las implicaciones a largo plazo, precisó los objetivos que sustentaban toda la negociación.

—El asunto se inscribe en el marco más amplio de nuestra nueva política asiática, mi General. Japón se convierte en un socio económico de primera importancia para Europa. Tenemos un interés mayor en mantener excelentes relaciones con Tokio frente al auge de la potencia china. Nuestros exportadores franceses se implantan seriamente en el mercado japonés,

nuestros industriales firman contratos importantes con sus homólogos nipones, nuestros bancos abren filiales en Tokio. En este contexto, sería estúpido dejar arrastrar un diferendo cultural que envenena nuestras relaciones bilaterales. Por unos cuadros que nunca sacamos de nuestras reservas... He tomado discretamente contacto con Maurice Schumann, presidente de la comisión de asuntos exteriores de la Asamblea nacional. Conoce bien el expediente puesto que representó a Francia durante las negociaciones del tratado de paz de San Francisco en 1951. Su opinión es clara: nuestros intereses actuales ordenan restituir al Japón la mayor parte de la colección.

—Sea —declaró de Gaulle—. Pero volvamos a los aspectos constitucionales de la operación. ¿Por qué procedemos por ordenanza en lugar de por la vía legislativa normal?

La pregunta directa y embarazosa provocó un malestar visible alrededor de la mesa. Debré intercambié una mirada turbada con Pompidou. Su ambición personal lo empujaba a satisfacer a de Gaulle, pero su formación de jurista le susurraba los peligros de la deriva autoritaria.

—Mi General, la vía legislativa normal habría necesitado meses, incluso años de discusiones parlamentarias. Con todos los azares que eso comporta. La ordenanza, que depende del poder reglamentario, nos permite ir mucho más rápido y evitar un debate público que podría volverse embarazoso para el gobierno. ¿Se imagina a los diputados comunistas apoderándose del expediente? ¿O peor, los gaullistas de la primera hora que nos reprocharían "malbaratar el patrimonio nacional"?

—¿Embarazoso? ¿En qué sentido preciso, señor ministro de Justicia? —insistió de Gaulle con su curiosidad despiadada. Tenía ese don especial para sentir cuando le ocultaban algo.

Debré titubeó. El abogado en él luchaba contra el cortesano.

—Bueno, mi General... diputados de la oposición podrían tener ganas de husmear. Y quizá incluso algunos de nuestra propia

mayoría. Arriesgan interrogarse sobre las condiciones exactas en las que nos apropiamos de la colección en 1944. Mejor evitar despertar esas viejas polémicas que no conducen a nada.

Couve de Murville intervino discretamente, su reserva tomando momentáneamente la delantera sobre su lealtad.

—Y luego, un debate parlamentario daría forzosamente una tribuna a los herederos Matsukata. Y a todos los que quisieran contestar nuestra versión de los hechos.

De Gaulle se puso hosco. Peligrosamente. Quienes lo conocían sabían lo que eso significaba. Su ego no soportaba que se pusieran en tela de juicio sus decisiones pasadas, sobre todo las tomadas en el caos de la Liberación.

—Señores, espero sinceramente que no me estén sugiriendo que la apropiación de 1944, que yo mismo decidí y asumí, era endeble. ¿O moralmente criticable?

—¡No, por supuesto, mi General! —respondió Debré—. ¡Absolutamente no! Pero sabe bien cómo son los debates parlamentarios... Eso deriva a menudo hacia consideraciones secundarias. Y nuestros adversarios adoran eso.

Malraux sintió que había que distender la atmósfera. El ministro de Cultura tenía el dominio de reconducir las discusiones a un terreno más favorable, su vanidad intelectual sirviendo paradójicamente los intereses colectivos.

—Mi General, la ordenanza presenta también una ventaja considerable. No se trata de una medida administrativa de rutina, sino de un acto político mayor. Que se inscribe en su visión de la grandeza francesa y de la irradiación cultural de nuestro país en el mundo.

De Gaulle pareció apaciguado. Los cumplidos bien torneados siempre habían tenido ese efecto en él, alimentando esa necesidad de reconocimiento que coexistía extrañamente con su desprecio manifestado por la opinión.

—Sea, señores. Pero ¿la ordenanza respeta las disposiciones de nuestra Constitución?

Todos comprendían que caminaban sobre un terreno resbaladizo en el plano constitucional. Pero ninguno osaba confesarlo abiertamente ante el General.

Pompidou, con habilidad, se lanzó al agua. Su formación de banquero le había enseñado a sortear los obstáculos legales sin comprometerse.

—Mi General, la Constitución es un texto vivo. Debe adaptarse a las exigencias concretas de la acción gubernamental. La ordenanza se inscribe en el espíritu de nuestras instituciones.

—Pompidou —replicó de Gaulle—, la Constitución no es un acordeón que se estira según las circunstancias. Ha sido redactada con precisión para enmarcar la acción de los poderes públicos.

Debré comprendió que la situación se volvía crítica. Decidió jugar cartas sobre la mesa.

—Mi General, todos deseamos que usted firme, porque eso resuelve un problema que nos estorba. Y que comienza a pesar sobre nuestras relaciones con Japón. En el plano estrictamente constitucional... la ordenanza no es quizá totalmente ortodoxa, pero sirve incontestablemente los intereses superiores de Francia. Esa franqueza brutal tranquilizó paradójicamente a de Gaulle. Apreciaba que le hablaran sin rodeos, prefiriendo la verdad cruda a las circunlocuciones diplomáticas que le desagradaban.

—Señor ministro de Justicia, le agradezco su sinceridad. Sea. Pero no me pidan sobre todo creer que el procedimiento está exento de reproches en el plano constitucional. Todos sabemos que no es el caso.

Debré captó enseguida la ocasión.

—Mi General, ¿eso significa que acepta firmar?

De Gaulle pesaba el pro y el contra de su decisión. Su realismo forjado en las pruebas acababa por imponerse sobre sus ideales.

—Sí, señor ministro de Justicia, acepto firmar. Pero con una condición absoluta e innegociable: la ordenanza debe ser redactada de manera que preserve integralmente el honor y la dignidad de Francia. No debemos jamás aparecer como vulgares expoliadores o confiscadores arbitrarios.

Malraux se apresuró a tranquilizar a de Gaulle sobre ese punto crucial, su fibra patriótica vibrando al unísono con la del General.

—Mi General, el preámbulo de la ordenanza insiste en la grandeza tradicional de Francia y su papel civilizador. Subrayamos expresamente que la restitución parcial se efectúa "en un espíritu de reconciliación y de cooperación cultural entre Francia y Japón". Testimonia la generosidad francesa hacia un antiguo adversario.

—¿Y concerniendo específicamente las dieciocho obras mayores que conservamos?

—Precisamos solemnemente que están destinadas a "enriquecer el patrimonio cultural francés para el mayor beneficio de todos". Y que serán "expuestas en nuestros más eminentes museos nacionales para la educación artística de nuestros conciudadanos y de los visitantes del mundo entero". Nadie podrá jamás reprocharnos actuar con un espíritu mezquino o egoísta.

De Gaulle asintió con la cabeza, convencido por la formulación que preservaba la imagen de Francia. Había encontrado el medio de conciliar sus intereses políticos con su concepción de la grandeza francesa.

—Eso me conviene, señores. El asunto Matsukata está resuelto. Tomó su pluma dorada con las armas de la República y firmó la ordenanza con un gesto firme y definitivo.

Pero a unos cientos de metros de Matignon, en un pequeño anexo del Palais-Royal, el ambiente era netamente menos triunfal. André Bougival, consejero del ministerio de Cultura, releía por décima vez el texto de la ordenanza. Una conciencia profesional minuciosa, heredada de su formación de magistrado, le impedía

cerrar los ojos ante las irregularidades más flagrantes. Frente a él, en la habitación con muros tapizados de estanterías sobrecargadas de expedientes, Pierre Moinot, inspector general de Museos, compartía abiertamente sus preocupaciones. Había construido su reputación sobre una integridad que rozaba la rigidez, pero que le había valido el respeto de todos sus pares.

—André —declaró Moinot—, esta ordenanza me pone muy incómodo en el plano deontológico. Estamos objetivamente validando un procedimiento constitucionalmente dudoso para cubrir una apropiación que lo era igualmente.

Bougival aprobó con amargura, sus rasgos cavados por semanas de insomnio.

—Es lo que pienso desde hace semanas, Pierre. El artículo 92 de la Constitución no puede decentemente servir de base legal a esta operación de donación artística. Haría falta una ley votada en debida forma por el Parlamento, con debate público y posibilidad de enmiendas.

—¿Y qué arriesgamos concretamente si la ordenanza es un día contestada ante el Consejo de Estado? ¿Por los herederos o por juristas independientes?

Bougival reflexionó largamente.

—Francamente, Pierre, no sé lo que pasaría. Y es eso lo que me inquieta. El Consejo de Estado tiene por tradición respetar las prerrogativas gubernamentales en materia de política exterior. Evita inmiscuirse en los detalles de nuestra diplomacia. Pero es también generalmente muy apegado al respeto de los procedimientos constitucionales. Y no duda en censurar los excesos de poder. El problema es que nos encontramos en una zona gris. Este expediente amalgama aspectos de derecho de bienes, de derecho constitucional, de derecho internacional... No hay jurisprudencia clara sobre este tipo de situación híbrida.

—¿Y desde un punto de vista legal, cuál es según tú nuestra posición más débil? ¿La que arriesga más plantearnos problemas a largo plazo?

Bougival no titubeó ni un segundo.

—Sin ninguna duda, la cuestión fundamental de la declaración de guerra a Japón. Cuanto más estudio los hechos con atención, más me doy cuenta de que nuestra beligerancia oficial con Japón reposa sobre bases extremadamente frágiles. Incluso inexistentes. Moinot abrió ante sí un grueso clasificador repleto de documentos de archivos y telegramas amarillentos. Su sentido del detalle lo había conducido a descubrimientos turbadores.

—He hecho hacer investigaciones. Confirman los fallos identificados concernientes a la ausencia de publicación oficial de la declaración de guerra.

Sacó varios folios.

—Más grave, la declaración ni siquiera ha sido jamás oficialmente notificada a las autoridades japonesas competentes. Ni por vía directa ni por intermedio de una nación tercera. En derecho internacional estricto, una declaración de guerra que no es ni publicada ni notificada no tiene ningún valor.

—¿Lo que significa que nunca hemos estado legalmente en guerra con Japón? —preguntó Bougival con un estupor creciente.

—Exactamente, André. Y si nunca hemos estado oficialmente en guerra con Japón, entonces la ordenanza de 1944 que califica a los japoneses de "nacionales de un Estado enemigo" carece totalmente de base legal. Es todo el edificio de la confiscación el que se derrumba.

Bougival se levantó y se dirigió hacia la terraza que daba a los jardines del Palais-Royal.

—Pierre, asistimos a la edificación de un andamiaje aparentemente sólido, pero que reposa sobre cimientos tambaleantes.

—¿Qué quieres decir?

Bougival volvió a sentarse y desplegó sus expedientes sobre la mesa.

—Reflexiona bien sobre el encadenamiento lógico. La ordenanza de 1944 se apoya en un estado de guerra con Japón que nunca ha existido legalmente. El tratado de San Francisco de 1951 se aplica a los "bienes enemigos", pero si nunca hemos estado en guerra con Japón, entonces los bienes japoneses presentes en Francia no son "bienes enemigos" en el sentido del derecho internacional. La ordenanza valida una donación de obras de arte que debería depender de la competencia exclusiva del legislador...

—¿Piensas seriamente que todo este edificio podría un día derrumbarse como un castillo de naipes?

—Pienso que hemos construido una estructura inestable. Bastará que un día, dentro de diez, veinte o treinta años, alguien tenga el coraje, los medios financieros y los apoyos necesarios para contestar seriamente ese montaje ante los tribunales competentes. Y todo se derrumbará.

Su conversación fue bruscamente interrumpida por la llegada de Bernard Anthonioz. El sobrino por alianza del General —encargado de misión en el gabinete de André Malraux para los asuntos culturales— desembarcaba con las últimas consignas del jefe del Gobierno. Tenía aire de prisa y no realmente de humor para discutir.

—Señores, el asunto Matsukata debe cerrarse. El General no quiere oír hablar más de contestaciones, bajo ninguna forma.

Anthonioz hablaba como alguien que no tolera que se le lleve la contraria. Bougival sintió que había que ir con cuidado.

—Señor Anthonioz, tenemos algunas... prevenciones sobre la solidez de todo ese montaje a largo plazo.

—¿Qué prevenciones?

La impaciencia asomaba en su voz. Moinot se lanzó a sus explicaciones, detallando cada fallo, cada incoherencia que había detectado. Anthonioz escuchaba. Pero su rostro no presagiaba nada bueno.

—Señores, esas minucias son ciertamente interesantes en el plano intelectual. Pero no perdamos de vista los objetivos mayores y los intereses superiores de Francia.

Ah, los "intereses superiores"... Bougival no era ingenuo.

—¿Qué objetivos?

—Primero —explicó Anthonioz con la condescendencia de los privilegiados del serrallo—, la colección Matsukata representa un enriquecimiento considerable de nuestro patrimonio. Las dieciocho obras mayores que guardamos valen varias decenas de millones de francos. Quizá más si consideramos su carácter único. Luego, nuestros museos van a atraer un número considerable de visitantes extranjeros gracias a estas obras maestras. Irradiación cultural, prestigio internacional...

—¿Y del lado de relaciones exteriores? —preguntó Moinot.

—La restitución parcial muestra nuestra magnanimidad hacia un antiguo enemigo. Eso facilita nuestro acercamiento con Japón, socio económico cada vez más importante para Europa.

Anthonioz desgranó su argumentario como una lección aprendida de memoria. Magnanimidad... la palabra era sabrosa cuando se guardaban las piezas más bellas.

—Ciertamente, señor Anthonioz, pero si las bases de toda la operación son frágiles... —insistió Bougival con un coraje que no se conocía.

—Señor Bougival, debo recordar una realidad. El General de Gaulle ha firmado la ordenanza esta mañana. Tiene por tanto fuerza de ley sobre todo el territorio francés. Nadie puede ponerla en tela de juicio.

El gesto de Anthonioz era inapelable. Pero Moinot no se dejó intimidar.

—¡No podemos sin embargo ignorar las reglas constitucionales de nuestra República!

—Señor Moinot, la Constitución debe servir a la grandeza de Francia, no trabarla por consideraciones formalistas. La ordenanza sirve los intereses de la nación.

Los dos hombres comprendían que se enfrentaban a una lógica que superaba ampliamente sus preocupaciones. Una concepción bonapartista donde la razón de Estado transcendía toda regla.

El 18 de diciembre de 1958, la ordenanza era solemnemente publicada en el Diario Oficial. Con sus considerandos grandilocuentes sobre la reconciliación franco-japonesa y la generosidad cultural francesa. La propaganda se puso sin demora en marcha.

Contrariamente a lo que el coronel de Bonneval había anticipado, la prensa francesa, ampliamente inspirada por los servicios gubernamentales, saludó la "generosa iniciativa presidencial". L'Aurore titulaba en toda su primera página: "De Gaulle ofrece generosamente obras maestras a Japón". La Croix explicaba en un editorial de media página que "la noble iniciativa testimonia la vocación universal de Francia y su papel civilizador". France-Soir aprobaba, hablando de "democratización del acceso al arte". L'Écho d'Alger llegó hasta publicar un reportaje ilustrado con fotos en color y entrevistas que subrayaban en primera página "la grandeza francesa". Algunas voces de oposición osaron tímidamente interrogarse sobre las condiciones de adquisición inicial de la colección. Pero esas críticas discretas fueron rápidamente ahogadas en el concierto orquestado por la comunicación gubernamental.

En Tokio, en el ambiente de un salón de té tradicional del barrio de Ginza, Shigeharu Matsumoto, yerno de Kōjirō Matsukata y principal negociador japonés, releía los términos de la renuncia

que había sido obligado a firmar. Una rabia sorda lo consumía. Habitudo a los refinamientos, descubría los límites de la cortesía frente a la brutalidad de las relaciones de fuerza. Maestro Takeshi Yamamoto, uno de los abogados más respetados del colegio, intentaba tranquilizarlo. Él también tenía sus dudas sobre la validez de esa transacción forzada, pero su sabiduría lo incitaba al realismo.

—Señor Matsumoto, objetivamente no tenía usted ninguna otra elección en esa negociación. Francia tenía todos los triunfos, estábamos en posición de debilidad absoluta.

Yamamoto bebía lentamente su té verde.

—Maestro Yamamoto, temo haber malbaratado la herencia cultural de mi suegro. Esas dieciocho obras que guardan, es el corazón de toda la colección.

Sacó la lista detallada de su cartera.

—Van Gogh, Gauguin, Cézanne, Rodin... Todo lo que confiere a la colección su importancia internacional permanece en Francia. Recuperamos trescientas obras, ciertamente, pero son piezas menores, estudios preparatorios, obras de artistas menos cotizados...

—Comprendo su tristeza —compadeció Yamamoto—. Pero miremos las cosas de frente. Sin ese acuerdo, aunque imperfecto, no habría recuperado usted estrictamente nada. Al menos, el resto volverá a Japón y podrá ser expuesto en el futuro museo de arte occidental de Tokio.

—¿En qué condiciones humillantes! Debemos construir nosotros mismos un museo especialmente para esas obras, renunciar a nuestros derechos sobre las piezas guardadas por Francia, aceptar que esa restitución parcial sea presentada como un gesto generoso de las autoridades francesas...

Volvió a poner brutalmente su taza, su cólera tomando la delantera sobre su educación refinada.

—¡Es una bofetada, maestro Yamamoto! ¡Estamos obligados a agradecer a nuestros expoliadores por habernos devuelto una parte de lo que nos habían robado!

Yamamoto asintió con la cabeza, consciente de la injusticia. Su larga experiencia del derecho le había instruido sobre los límites del sistema internacional frente a la fuerza bruta.

—Señor Matsumoto, nos encontramos en la imposibilidad de contestar eficazmente las decisiones francesas. El tratado de San Francisco les da aparentemente todos los derechos sobre los bienes japoneses presentes en su territorio.

—Pero ¿ese tratado es realmente aplicable a nuestra situación? —preguntó súbitamente Matsumoto con un renacer de esperanza.

La pregunta sorprendió al abogado, que levantó la cabeza con interés.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, he hecho hacer algunas investigaciones discretas por mis colaboradores más competentes. Parecería que Francia nunca ha estado oficialmente en guerra con Japón. En esas condiciones, el artículo 14 del tratado de San Francisco no debería aplicarse a los bienes privados de mi suegro.

Yamamoto se inclinó vivamente hacia delante. Una pista que nunca había explorado.

—¿Puede explicitar su análisis? ¿En qué documentos se apoya?

Matsumoto sacó una carpeta de su cartera. Sus manos temblaban ligeramente — no de nerviosismo, sino de excitación.

—Mire esto, maestro. Hemos pasado meses desgranando los archivos japoneses y los documentos estadounidenses desclasificados.

Matsumoto se lanzó a una explicación detallada de los fallos que las autoridades francesas pensaban haber camuflado tan bien. Yamamoto lo escuchó. Calculó mentalmente las posibilidades —

escasas — de una eventual contestación contra la maquinaria francesa.

—Señor Matsumoto, un enfrentamiento semejante, duraría años. Y sobre todo, todo el aparato de Estado francés se ligaría contra nosotros. ¿Está seguro de querer lanzarse a tal aventura?

Matsumoto lo miró directamente a los ojos. Su voz se endureció, revelando una determinación que sus maneras corteses disimulaban ordinariamente.

—Por el honor de mi suegro, sí. Por la memoria de su colección también. Y luego... por la verdad, maestro Yamamoto. Estoy dispuesto a llevar el combate hasta el final. Aunque eso me arruine.

Esa idea germinaba lentamente en el espíritu de los herederos Matsukata. Comenzaban por fin a comprender que la expoliación — tan hábilmente maquillada — reposaba sobre cimientos mucho más inestables de lo que se quería hacer creer.

Solo que, en 1958, no tenían ni el dinero, ni los apoyos, ni la agenda de contactos necesarios. De Gaulle en el poder, el Hexágono triunfante, la grandeza Francesa en su apogeo...

En las bodegas del Louvre y de los otros templos del arte francés, las dieciocho obras maestras guardadas por Francia continuaban su vida silenciosa.

La ordenanza del 17 de diciembre de 1958 sellaba oficialmente la suerte de la colección Matsukata.

Sin embargo, la ordenanza contenía en sí misma los gérmenes de su propia impugnación. Al oficializar la "restitución" de algunas obras menores guardando al mismo tiempo las más bellas, reconocía que Francia quizá no tenía un derecho absoluto sobre el conjunto. Una pequeña brecha en el bello edificio francés. Una fisura que sería explotada muchos años más tarde por otros, más tenaces y mejor armados.

Al proclamar la "generosidad" francesa, la ordenanza atraía la atención sobre un asunto que París habría preferido ver

desaparecer en los sótanos de la Historia. Publicidad involuntaria para un contencioso que las autoridades esperaban haber enterrado.

Finalmente, al apoyarse en un procedimiento constitucionalmente más que dudoso, creaba un precedente frágil. Un juego de mikado que podría derrumbarse al menor cambio de jurisprudencia.

Todos esos elementos de debilidad escapaban completamente a los responsables franceses.

El asunto Matsukata estaba lejos de haber terminado. Entraba solamente en una nueva fase. La de la digestión y de la maduración. Larga, muy larga. Los protagonistas de 1958 desaparecerían uno a uno — la muerte haciendo su obra — pero sus decisiones continuarían envenenando la existencia de sus sucesores.

El expediente planteaba cuestiones que superan ampliamente las épocas y los regímenes. ¿Se pueden apropiar los bienes culturales de otro en nombre de la razón de Estado? ¿El fin justifica todos los medios cuando se trata de política cultural? ¿Un Estado que se pretende democrático tiene el derecho de violar sus propios principios en cuanto sus intereses están en juego?

Preguntas embarazosas, por supuesto. Pero ¿a quién le importaba en 1958?

La "comedia de la restitución" había funcionado a las mil maravillas.

Habría que esperar las conmociones de finales del siglo XX — la caída del muro de Berlín, la mundialización, la emergencia de nuevas normas internacionales en materia de bienes culturales — para que el asunto Matsukata rebotara.

Pero es otra epopeya. Una epopeya que se desarrollaría en un mundo muy diferente del de 1958. Un mundo donde los Estados no podrían ya tan fácilmente apropiarse de los tesoros de sus vecinos invocando sus intereses sagrados.

CAPÍTULO 6: LOS AÑOS DEL OLVIDO

París, 1975

El estruendo de los martillos neumáticos resonaba en el inmenso vestíbulo de la antigua estación de Orsay. Nubes de polvo de yeso flotaban en el aire. El lugar parecía un campo de batalla arquitectónico: vigas metálicas retorcidas, muros destripados, suelos destrozados. Era allí, en aquel caos, donde debía nacer el futuro templo del arte francés.

Françoise Cachin, conservadora jefa y futura directora del Museo de Orsay, sorteaba con prudencia los escombros, sus tacones repiqueteando sobre el hormigón agrietado. Llevaba su eterno traje sastre negro, el que reservaba para las reuniones importantes, y apretaba contra sí una carpeta amarilla marcada «Colección Matsukata». A su lado, Michel Laclotte, director de los Museos de Francia, avanzaba lentamente. Su traje impecable contrastaba con el decorado apocalíptico que los rodeaba.

Cachin observaba las obras con una fascinación teñida de aprensión. Hija de un reputado cirujano y nieta del célebre militante comunista Marcel Cachin, había estudiado en el Instituto de Arte y Arqueología, desarrollando muy pronto una pasión devoradora por el arte.

—Michel, mire esto —lanzó Françoise Cachin señalando con un amplio gesto la inmensa nave central—. Podríamos instalar toda la colección impresionista aquí. Los Monet frente a los Renoir, los Degas en la hornacina del fondo... ¡Y esta luz! Esta luz natural que cae, es exactamente lo que necesitamos para los pasteles.

Laclotte asintió distraídamente, su mirada recorriendo los planos que sostenía en la mano. Estaba preocupado. Hombre de aparato por excelencia, había escalado todos los peldaños de la administración cultural gracias a una combinación sabia de competencia real y oportunismo asumido. Destacaba en el arte

del compromiso, esa gimnasia intelectual que permite conciliar lo inconciliable.

—Françoise, tenemos que hablar seriamente sobre la presentación de las obras Matsukata. Ayer por la noche recibí una llamada del gabinete del ministro. Están... cómo decirlo... preocupados por la visibilidad que podríamos dar a esa procedencia.

—¿Preocupados? —repitió Cachin con un deje de ironía—. ¿Qué les preocupa? ¿Que tengamos en nuestras colecciones los Van Gogh y Gauguin más hermosos del mundo?

Un obrero pasó cerca de ellos, empujando una carretilla llena de escombros. Laclotte esperó a que se alejara antes de continuar, bajando instintivamente la voz.

—Sabe muy bien de qué hablo, Françoise. Esta colección es una bomba de relojería. Si los periodistas empiezan a hurgar en las condiciones de su adquisición...

—¿Su adquisición? Quiere decir su confiscación, Michel. Llamemos a las cosas por su nombre.

Laclotte hizo una mueca. Detestaba cuando Cachin se volvía tan directa. En su medio, se preferían los eufemismos, las perífrasis, todo lo que permitiera no nombrar las cosas demasiado crudamente. Esta propensión de su colega a la insubordinación verbal lo incomodaba.

—Precisamente —retomó él lanzando una mirada nerviosa a su alrededor—. Es el tipo de palabra que hay que evitar. Escuche, he preparado una nota de servicio. Se la voy a leer.

Sacó de su maletín un documento mecanografiado y comenzó a leer con voz monocorde.

—«Directiva relativa a la presentación de obras procedentes de la antigua colección Matsukata. Conforme a las instrucciones del Ministerio de Cultura, se recomienda adoptar una nomenclatura neutra concerniente a la procedencia de estas obras. Deben privilegiarse las siguientes menciones: "Colección nacional",

"Adquisición del Estado francés", "Donación anónima". Toda referencia explícita a la colección Matsukata deberá ser objeto de una validación previa por la Dirección de los Museos de Francia».

Cachin lo interrumpió con una risa crispada.

—¿Donación anónima? ¿Está bromeando, espero? Hablamos de una colección de varios cientos de obras mayores, ¡no de un cuadro ofrecido por una tía vieja!

—Lo sé —suspiró Laclotte guardando su documento—. Si empezamos a contar todo —el secuestro durante la guerra, las negociaciones chapuceras de la posguerra, la mascarada de 1958— vamos a encontrarnos con una polémica monumental entre manos. Y eso, el nuevo museo realmente no lo necesita.

Caminaron, rodeando un andamio donde unos obreros se afanaban en consolidar una arcada. El ruido era ensordecedor, pero ofrecía paradójicamente una intimidad a su conversación. Cachin sentía crecer en ella esa rabia que la asaltaba ante las componendas de su profesión. Una rabia mezclada con asco hacia sí misma, pues sabía que terminaría cediendo.

—¿Sabe qué es lo que más me molesta en todo esto? —acabó por decir Cachin—. Es que hacemos exactamente lo que reprochamos a los alemanes con los expolios nazis. Disimulamos, minimizamos, hacemos como si nada.

—La comparación es excesiva, Françoise. Las circunstancias no tienen nada que ver.

—¿Ah, no? Un coleccionista extranjero constituye una colección en Francia. Estalla la guerra. El Estado se apodera de sus bienes. La guerra termina. El Estado se queda con los bienes. Explíqueme la diferencia fundamental, la escucho.

Laclotte se detuvo en seco y se volvió hacia ella. Esta conversación despertaba en él dudas que prefería mantener sepultadas. Toda su trayectoria reposaba en su capacidad de servir fielmente al Estado, cualesquiera que fueran sus

contradicciones. Cuestionar esta lealtad lo asustaba más de lo que quería admitir.

—La diferencia es que Matsukata era japonés, que Japón era el enemigo, y que hubo un tratado internacional en toda regla. El tratado de San Francisco, ¿le dice algo? Todo es legal.

—Legal, quizás. Moral, seguro que no.

—¿Desde cuándo la moral guía la política? —replicó Laclotte.

Llegaron a lo que se convertiría en la gran galería de los impresionistas. El espacio era inmenso, bañado por una luz dorada que se filtraba. Cachin se detuvo en el centro de la sala, girando lentamente sobre sí misma para abarcar con la mirada el conjunto del volumen. En esos momentos, su pasión por el arte resurgía.

—Es aquí donde quiero poner *La habitación de Arlés* —declaró—. En pleno centro, con una iluminación cenital. Será el clavo de la colección.

—Excelente idea —aprobó Laclotte—. Ese Van Gogh es excepcional. La vibración de los amarillos, la perspectiva torcida de la habitación... Es una obra maestra absoluta. Los visitantes van a agolparse para verlo.

—¿Y no mencionaremos en ninguna parte que viene de la colección Matsukata?

—Mencionaremos lo que haya que mencionar: «Óleo sobre lienzo, 1888, colección del museo de Orsay». Eso es todo.

Un ruido sordo los interrumpió. Un obrero perforaba la pared a unos metros de ellos, levantando una nube de polvo blanco. Se alejaron tosiendo. Laclotte sentía el peso de esas mentiras de Estado que contribuía a perpetuar. Un cansancio moral que transparentaba en sus gestos, sus silencios, esos momentos en que su máscara de funcionario celoso se agrietaba imperceptiblemente.

—La semana pasada me encontré con Coullonges, el conservador de la división de pinturas —retomó Cachin una vez que estuvieron a resguardo—. Me contó una anécdota interesante. Al parecer, en los años sesenta, uno de los herederos Matsukata vino al Louvre para ver las obras de la colección.

—¿Y?

—Lloró. Literalmente lloró delante de un Cézanne que había pertenecido a su abuelo. Coullonges, entonces conservador adjunto, no sabía dónde meterse. Le ofreció un pañuelo y lo acompañó a la salida prometiéndole que las obras estarían bien cuidadas.

—Es conmovedor —comentó Laclotte—. Pero eso no cambia nada la situación. Estas obras son francesas ahora.

A miles de kilómetros de allí, en el barrio residencial de Daikanyama en Tokio, Saburō Matsukata contemplaba el jardín zen desde la veranda de su casa tradicional. Sostenía entre sus manos una fotografía amarillenta. Su padre, Kōjirō Matsukata, posando ante su colección parisina en los años 1920. Se veían, colgados en la pared detrás de él, varios de los cuadros que adornaban los museos franceses. Saburō era de esos japoneses marcados por la derrota, desgarrados entre orgullo ancestral y humillación nacional. Hombre de honor según los códigos tradicionales, había tenido que aprender, sin embargo, el arte de la componenda ante las realidades. Esta dualidad lo devoraba. Mantener la dignidad familiar aceptando al mismo tiempo la impotencia. La pérdida de la colección paterna simbolizaba para él todas las capitulaciones de su época. Su esposa, Michiko, se acercó silenciosamente y colocó una taza de sake caliente junto a él. Su resignación dolorosa era la de las esposas japonesas, acostumbradas a curar las heridas de orgullo de sus maridos sin juzgarlas nunca. Sin embargo, a veces, el abatimiento afloraba en su mirada ante las obsesiones memoriales de Saburō.

—Otra vez miras esas fotos —murmuró ella con ternura—. Solo sirve para reavivar el dolor.

—¿Cómo olvidar, Michiko? —respondió él sin apartar los ojos de la foto—. Padre había consagrado su vida a esa colección. Quería crear un museo en Japón, educar a nuestro pueblo en el arte occidental.

—Saburō, hay que pasar página.

Él sacudió lentamente la cabeza. Esta obstinación en la rumiación señalaba en él una incapacidad para hacer el duelo.

—¿Pasar página? ¿Cuando cada año millones de turistas admiran nuestros cuadros en París sin siquiera saber que nos fueron robados? No, Michiko. No puedo pasar página. No mientras no se haya hecho justicia.

Dejó la foto y tomó la taza de sake entre sus manos arrugadas, saboreando el calor que se difundía en sus palmas.

—Ayer recibí una carta del conservador del museo Rodin —retomó—. Organizan una exposición sobre la escultura francesa del siglo XIX. Quieren tomar prestadas varias de las obras que nos «devolvieron generosamente» en 1958. Se quedan con las obras maestras y nos piden que les prestemos las migajas que tuvieron a bien devolvernos.

—¿Qué vas a responder?

—Nada. No responderé nada. Que se las arreglen con su conciencia, si es que tienen una.

El silencio se instaló entre ellos, perturbado solamente por el chapoteo de la pequeña fuente de bambú en el jardín. Michiko acabó por sentarse al lado de su marido, posando suavemente su mano sobre la de él. Este gesto, repetido mil veces a lo largo de los años, traicionaba a la vez su amor inquebrantable y su agotamiento ante las rumiaciones de Saburō.

—Kenji está creciendo —observó ella—. Hace cada vez más preguntas sobre su bisabuelo. El otro día me preguntó por qué

no tenemos ningún cuadro occidental en casa cuando Kōjirō era un gran coleccionista.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que están en Francia. Pero no tuve el valor de explicarle cómo llegaron allí. Eres tú quien debe hacerlo, es tu patrimonio familiar.

Esta responsabilidad de transmisión lo aplastaba. ¿Cómo preservar la memoria sin contaminar la inocencia? ¿Cómo transmitir la verdad sin inocular el odio?

—¿Cómo explicar a un niño de diez años que el mundo está regido por la ley del más fuerte? ¿Que las bellas nociones que le enseñan en la escuela —justicia, equidad, respeto— no son más que palabras vacías cuando se trata de relaciones entre naciones?

—Lo comprenderá. Los niños comprenden más cosas de lo que creemos.

—Quizás. Pero quisiera ahorrarle ese dolor el mayor tiempo posible. Dejémoslo creer todavía un poco que el mundo es justo.

París, Dirección de los Museos de Francia, 1976

La sala de reunión de la Dirección de los Museos de Francia, rue de Valois, tenía aires de consejo de guerra. Una decena de altos funcionarios y conservadores de museo escuchaban atentamente a Léon Thuillier, el director, exponer el plan que había elaborado con el secretario general del ministerio.

Thuillier pertenecía a esa raza de altos funcionarios que habían hecho del Estado su religión. Normalista, agregado, veneraba la institución con el fervor de un creyente. Esta devoción absoluta lo había llevado a la cumbre. En el asunto Matsukata, solo veía un problema de comunicación por resolver, ocultando deliberadamente los aspectos éticos.

—Señoras, señores —comenzó con su voz grave y pausada—, nos enfrentamos a un desafío espinoso. Tenemos en nuestras colecciones nacionales obras que son el orgullo de nuestros

museos. Pero debemos gestionar la herencia compleja de su adquisición. El gabinete del ministro nos ha pedido que definamos una línea de conducta clara y coherente.

Se levantó y comenzó a dar cien pasos. Este ritual de deambulación testimoniaba en él un nerviosismo que se esforzaba en disimular.

—La colección Matsukata representa obras mayores —prosiguió—. Hablamos de un conjunto de un valor mercantil importante. Pero más allá del aspecto financiero, es nuestra reputación internacional la que está en juego.

Jacques Quoniam, inspector general de Museos, consideró deber intervenir. Había atravesado varias crisis y adoptado una filosofía que le permitía relativizar los desafíos morales.

—Si me lo permite, pienso que dramatizamos inútilmente la situación. ¿Cuál es la recomendación del gabinete?

Thuillier volvió a sentarse, adoptando esa postura solemne que reservaba para los anuncios importantes.

—El secretario general propone un enfoque claro: el borrado progresivo. Vamos, durante un período de diez años, a hacer desaparecer toda referencia a la colección Matsukata de nuestros documentos públicos. Las obras permanecerán expuestas, por supuesto, pero su procedencia será progresivamente... digamos... neutralizada.

—¿Es decir? —preguntó un conservador del Louvre.

—Es decir que vamos a integrarlas completamente. No más mención especial, no más distinción. Se convertirán en «obras del Museo del Louvre» o «del museo de Orsay». Como si siempre hubieran estado allí.

—¿Pero los archivos? ¿Los catálogos existentes? —objetó Quoniam.

—Los archivos permanecerán accesibles a los investigadores especializados, por supuesto. No estamos en la Unión Soviética.

En cuanto a los catálogos, serán reemplazados por nuevas ediciones... depuradas.

Louis Bazin, antiguo jefe de servicio en el Louvre, que había sido invitado como consejero, tomó la palabra. Octogenario, su gran edad le confería una libertad de palabra que sus cadetes no se autorizaban.

—Yo estuve allí en 1951 durante las negociaciones del tratado. Era más joven en esa época, pero asistí a ciertas reuniones. Lo que hicimos fue... cómo decirlo... creativo desde un punto de vista legal. Nos aprovechamos de la debilidad del Japón vencido para legalizar lo que era, seamos honestos, una confiscación pura y directa.

—Señor Bazin —lo interrumpió Thuillier—, no estamos aquí para rehacer la Historia, sino para gestionar el presente.

—Precisamente —replicó Bazin con esa impertinencia que confiere la edad—. Gestionar el presente implica comprender el pasado. Y el pasado nos dice que navegamos en aguas turbias. Los japoneses se están recuperando económicamente. No permanecerán eternamente silenciosos.

—Razón de más para actuar mientras todavía lo estén —concluyó el director.

La reunión prosiguió. Se discutieron las modalidades prácticas. Cómo modificar las cédulas de las obras, cómo instruir al personal de los museos, cómo responder a las eventuales preguntas de los periodistas o investigadores. Thuillier dirigía los debates con una autoridad que mal disimulaba sus propias interrogaciones. Guardaba, en sus momentos de soledad, una conciencia clara de la impostura que contribuía a organizar.

Museo de Orsay, 1978

El museo estaba todavía en obras, pero varias salas comenzaban a tomar forma. En la futura galería de los postimpresionistas, un equipo de técnicos se afanaba alrededor de un cajón de madera

monumental. En el interior, La habitación de Arlés de Van Gogh, que llegaba de las reservas del Louvre.

Jean-Pierre Moisin, conservador recientemente nombrado, supervisaba la operación con un nerviosismo palpable. Era la primera vez que manipulaba una obra de tal importancia. Hijo de pequeños comerciantes, había escalado todos los peldaños gracias a su talento y su determinación, expresando de paso esa susceptibilidad particular de los advenedizos.

—¡Con cuidado! —gritaba a los cargadores—. ¡Es un Van Gogh, no un aparador de Ikea!

Los hombres, acostumbrados a los caprichos de los conservadores, continuaban su trabajo con una flema de expertos. Lentamente, precavidamente, el cuadro fue extraído de su cajón y colocado en un caballete especialmente diseñado.

Moisin se acercó, fascinado. La violencia de los amarillos, la extrañeza de la perspectiva, el repliegue palpable que emanaba de esa habitación vacía... Todo estaba allí, intacto, conmovedor.

—¿Señor Moisin?

Se dio la vuelta. Una joven con bata blanca estaba detrás de él.

—¿Sí?

—Charlotte Chenier, servicio de documentación. Necesito verificar las informaciones para la cédula de esta obra.

Abrió su carpeta y comenzó a leer con esa aplicación de los archiveros novatos.

—Entonces... Vincent Van Gogh, La habitación de Arlés, octubre de 1888, óleo sobre lienzo, 72 x 90 cm. Para la procedencia, tengo «Colección Matsukata, París, adquirido hacia 1921; confiscado por el Estado francés, 1944; museo del Louvre, 1951; depositado en el museo de Orsay, 1978». ¿Es correcto?

Moisin, visiblemente incómodo, enrojeció ligeramente. Joven idealista, Charlotte Chenier representaba todo lo que él había sido antes de aprender las reglas del juego museístico.

—De hecho, hemos recibido nuevas directivas concernientes a las procedencias. Para esta obra, hay que indicar «Colección del museo de Orsay».

La documentalista lo miró con asombro.

—Pero... es falso. Esta obra tiene una procedencia, una cronología documentada. ¡No podemos borrarla!

—No son mis órdenes, señorita Chenier. Vienen de arriba. Muy arriba.

—¡Pero es absurdo! —protestó ella—. Cualquier estudiante de arte sabe que este cuadro viene de la colección Matsukata. ¡Hay decenas de publicaciones que lo mencionan!

Moisin se acercó a ella y bajó la voz.

—Escuche, entiendo su frustración. A mí también me molesta. Pero tenemos instrucciones muy claras. La colección Matsukata, oficialmente, ya no existe. Estas obras siempre han pertenecido a los museos franceses. Es la nueva verdad.

—¿La nueva verdad? —repitió ella, incrédula—. ¿Estamos en 1984 de Orwell o qué?

—Señorita Chenier, si quiere conservar su puesto, le aconsejo que siga las directivas sin hacer preguntas. Es un consejo de amigo.

La joven cerró su carpeta, su idealismo agrietándose bajo el choque de esta primera confrontación con la hipocresía institucional.

—Muy bien. «Colección del museo de Orsay». Pero no me pida que esté orgullosa de esta mentira.

Dio media vuelta y se alejó con paso rabioso. Moisin la vio partir. Recordaba su propia indignación cuando había aprendido la verdad sobre esas obras. Pero con el tiempo, uno se acostumbra. Esta capacidad de adaptación moral era quizás lo que más lo asustaba en sí mismo.

Eso es, la verdadera lección del mundo museístico.

Tokio, 1981

Kenji tenía ahora dieciséis años. Alto para un japonés, con gafas redondas que le daban un aire estudioso, pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la biblioteca municipal de Shibuya. Ese día, hojeaba un libro sobre el impresionismo cuando se topó con una reproducción de *La habitación de Arlés*. La leyenda indicaba «Museo de Orsay, París».

Intrigado por algo que no lograba definir, continuó recorriendo la obra. Más adelante, en un capítulo sobre los coleccionistas de principios del siglo XX, encontró una fotografía en blanco y negro. Su corazón dejó de latir. Era su bisabuelo, Kōjirō Matsukata, posando ante una colección de cuadros. Y entre esos cuadros, claramente visible, *La habitación de Arlés*.

Miró de nuevo la leyenda de la reproducción. «Museo de Orsay, París». Ninguna mención de Matsukata. Nada. Como si su bisabuelo nunca hubiera existido.

Esa misma tarde, confrontó a su abuelo. Kenji tenía esa impaciencia de la juventud ante los no dichos familiares, pero también esa intuición particular que permite detectar las mentiras de los adultos. Había heredado la obstinación de su bisabuelo, pero sin conocer todavía las motivaciones íntimas.

—Ojii-san, encontré algo extraño en la biblioteca.

Saburō Matsukata levantó los ojos de su periódico. Temía este momento desde hacía años, oscilando entre el deseo de preservar la inocencia de su nieto y el deber de transmitir la memoria familiar.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

Kenji colocó el libro abierto ante él.

—Es realmente el bisabuelo en esta foto, ¿verdad? ¿Con todos esos cuadros?

Palideció ligeramente, pero mantuvo la calma.

—Sí, es él.

—¿Y este cuadro, ahí, es realmente el Van Gogh que está en el museo de Orsay?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué el museo no menciona que era nuestro?

Saburō dobló lentamente su periódico. El momento que temía había llegado. Había que decirle la verdad a su nieto. Esta transmisión dolorosa representaba a la vez su carga y su responsabilidad.

—Siéntate, Kenji. Es una larga historia. Un asunto doloroso.

Durante dos horas, contó todo. Su voz temblaba, revelando el peso emocional de este relato que había rumiado mil veces en su cabeza.

Kenji escuchaba, los puños apretados. Este adolescente descubría brutalmente que el mundo no estaba regido por la justicia, sino por la fuerza. Esta revelación marcaba el fin de su inocencia, pero también el nacimiento de una voluntad que lo llevaría toda su vida.

—¡Pero... pero es robo! —exclamó cuando su abuelo hubo terminado.

—Sí. Pero un robo legalizado por un tratado internacional. Lo que lo hace inatacable.

—¿Inatacable? ¡Nada es inatacable! ¡Podríamos contratar abogados, alertar a la prensa internacional, hacer un escándalo!

Saburō sacudió tristemente la cabeza. Tantos años de fracasos lo habían vuelto fatalista, quizás demasiado fatalista ante la energía de la juventud.

—Lo intenté, Kenji. Durante años. Pero los franceses han borrado las huellas, reescrito el acontecimiento. Para ellos, esas obras siempre han sido francesas.

—¿Entonces abandonamos? ¿Los dejamos ganar?

Saburō miró a su nieto a los ojos. Vio en ellos una fogosidad que le recordaba a su propio padre. Esta llama era a la vez su

esperanza y su temor: esperanza de ver la justicia finalmente hecha, temor de ver a Kenji consumirse en una búsqueda que ya había envenenado su propia existencia.

—No, no abandonamos. Esperamos. Preparamos. Un día, la ocasión se presentará. Y ese día, habrá que estar preparado. Por eso debes estudiar, Kenji. Aprender derecho, lenguas extranjeras, descubrir cómo funciona el mundo. La fuerza no basta para recuperar lo que nos han robado. Hace falta inteligencia, paciencia, y sobre todo, hay que conocer al enemigo mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

París, Grand Palais, 1985

La exposición «Un siglo de arte francés: 1885-1985» en el Grand Palais era el acontecimiento cultural del año. El propio presidente François Mitterrand debía inaugurarla. Entre bastidores, era la efervescencia. Françoise Cachin, ahora directora del museo de Orsay, supervisaba los últimos preparativos con su equipo.

Cachin había alcanzado la cumbre de su carrera. Cada éxito profesional le recordaba las renunciaciones que había aceptado para llegar allí.

El asunto Matsukata cristalizaba sus contradicciones internas. La amante del arte frente a la arribista, la intelectual frente a la funcionaria.

—¿Cómo que la cédula del Gauguin no está lista? —exclamó fustigando con la mirada a su asistente.

—Es que... Tenemos un pequeño problema, señora directora. En el catálogo de 1979, este Gauguin está referenciado como procedente de la colección Matsukata. Pero en nuestros nuevos documentos, ya no hay ninguna mención de esta procedencia. Los periodistas podrían hacer preguntas...

Este expediente Matsukata se volvía pesado. En cada exposición, en cada préstamo, resurgía como un fantasma acusador. Ella sentía la mirada de las obras mismas, como si reclamaran justicia.

—Escuche, está claro. El catálogo de 1979 contenía un error. Eso es todo. Si le preguntan, dice que investigaciones más profundas han permitido establecer la verdadera procedencia de la obra.

—Pero señora, periodistas especializados conocen este asunto. Paul Jourdan de *Le Figaro*, por ejemplo, ha escrito varios artículos sobre la colección Matsukata en los años setenta...

—Entonces comprenderá que es de su interés no reavivar antiguas polémicas —respondió ella—. El museo de Orsay tiene excelentes relaciones con *Le Figaro*. Les prestamos regularmente obras para sus eventos. Sería una pena que eso cambiara, ¿no cree?

El mensaje era claro: la zanahoria y el palo. Quienes jugaran el juego serían recompensados. Los demás... Esta forma de ejercer el poder mostraba en Cachin una dureza que no siempre había tenido. El sistema la había transformado sin que se diera cuenta.

La tarde de la inauguración, todo el París cultural estaba presente. Ministros, embajadores, coleccionistas, críticos de arte... En su discurso, François Mitterrand celebró «el genio francés» y «París, capital mundial del arte». Ni una palabra sobre las obras extranjeras confiscadas que constituían una parte significativa de la exposición.

Entre la multitud, un hombre observaba la escena con una sonrisa amarga. Yukio Tanaka, corresponsal del periódico *Asahi Shimbun* en París, tomaba notas. Dominaba el francés, conocía el asunto de la colección Matsukata en sus mínimos detalles. Su tío materno había trabajado para Kōjirō Matsukata en los años 1930. Tanaka era de esos periodistas japoneses nutridos a la vez de respeto por la cultura francesa y de rencor ante las injusticias sufridas. Esta dualidad se reflejaba en su trabajo: admiración por el arte occidental, indignación ante los expolios. Había hecho de la verdad sobre Matsukata su cruzada personal.

Después de los discursos, se acercó a Françoise Cachin durante el cóctel.

—Señora directora, me presento: Yukio Tanaka, Asahi Shimbun. Magnífica exposición. Me seduce particularmente la sección postimpresionista.

—Gracias, señor Tanaka. El museo de Orsay está orgulloso de poseer una de las más bellas colecciones del mundo.

—En efecto. Varias de estas obras tienen un recorrido fascinante. Este Gauguin, por ejemplo, ¿no formaba parte de la colección constituida por mi compatriota Kōjirō Matsukata?

La sonrisa de Cachin se congeló imperceptiblemente. Reconocía esta maniobra periodística. El acercamiento suave antes de la estocada.

—Creo que se equivoca, señor Tanaka. Este Gauguin siempre ha formado parte de las colecciones nacionales francesas.

—¿De verdad? Sin embargo, tengo aquí una reproducción del catálogo de la exposición de 1927 en la galería Georges Petit, donde esta obra está claramente identificada como perteneciente a Matsukata...

Sacó de su bolsillo una fotocopia que tendió a la directora. Esta apenas le echó un vistazo, adoptando esa expresión altiva que reservaba para los importunos.

—Los catálogos de la época contenían a menudo errores, señor Tanaka. Nuestras investigaciones actuales son mucho más fiables.

—Ya veo —respondió el periodista con una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Errores. Qué conveniente. Dígame, señora directora, ¿cuántas obras de la colección Matsukata adornan actualmente las paredes de sus museos?

Cachin se puso rígida. Este periodista empezaba a fastidiarla seriamente. Sentía crecer en ella esa rabia que la asaltaba ante los cuestionamientos de su autoridad.

—Señor Tanaka, no sé qué intenta insinuar, pero...

—No insinúo nada, señora. Hago una pregunta periodística clara. Pregunta a la cual prefiere no responder. Es su derecho. Pero también es mi derecho investigar sobre lo que se parece mucho a un expolio organizado.

—Le aconsejo ser muy mesurado en sus escritos, señor Tanaka. La difamación está castigada por la ley francesa.

—¿Y el robo? El robo, ¿está castigado por la ley francesa, señora directora?

Con estas palabras, se inclinó cortésmente y se alejó, dejando a Françoise Cachin hirviendo de rabia. Hizo una seña a Michel Laclotte, que conversaba con el embajador de Italia.

—Michel, tenemos un problema. Ese periodista japonés, allá. Hurga en el asunto Matsukata.

Laclotte frunció el ceño. El acercamiento de la jubilación lo volvía menos combativo ante las polémicas. Aspiraba a terminar su carrera en la serenidad.

—¿Tanaka? Sí, lo conozco de reputación. Un aguafiestas de primera. ¿Qué quiere?

—Aparentemente, hacer un escándalo. Tiene documentos de época, hace preguntas...

—Me ocupo de ello. Tengo buenos contactos en la embajada de Japón en París. No tienen ningún interés en que este asunto resurja. Las relaciones franco-japonesas son excelentes en este momento, no van a alterarlas por unos cuadros.

Unos días más tarde, Yukio Tanaka recibió una llamada de su redactor jefe en Tokio. El mensaje era claro: ningún artículo sobre la colección Matsukata. Las «relaciones bilaterales» primaban sobre el periodismo de investigación. Tanaka comprendió que había tocado una cuerda sensible. Esta censura solo reforzó su determinación, pero tuvo que posponer sus revelaciones a tiempos más favorables.

Kamakura, 1990

Kenji tenía ahora veinticinco años. Licenciado en derecho por la universidad de Tokio, acababa de ser aceptado en Harvard. Pero antes de partir para Estados Unidos, quería tener una última conversación con su abuelo, cuya salud declinaba.

Este último estaba postrado en su habitación. Su mirada permanecía viva y decidida. Saburō sentía sus fuerzas abandonarlo, pero esta debilidad física se acompañaba de una liberación psicológica. Cerca de la muerte, ya no tenía miedo de transmitir su verdad, por amarga que fuera.

—Kenji, acércate —murmuró con voz débil.

El joven se arrodilló junto al futón. Kenji llevaba en sí esa impaciencia de la edad que quiere todo, inmediatamente. Pero ante su abuelo moribundo, aprendía la paciencia. Esta lección de templanza sería preciosa para los combates venideros.

—¿Sí, Ojii-san?

—En el cofre, allá... Hay una caja de laca negra. Tráemela.

Kenji ejecutó. La caja era pesada, ornada con motivos dorados que representaban grullas en vuelo. Saburō la abrió con dificultad, revelando fajos de documentos.

—Aquí está todo lo que pude salvar concerniente a la colección. Los inventarios originales, las correspondencias con los marchantes parisinos, las fotos... Y sobre todo, esto.

Sacó un documento oficial que llevaba el sello del gobierno francés.

—El acta de embargo de 1944. Firmado por un tal Paul Dumont, administrador provisional. Este documento prueba que Francia confiscó la colección. Pueden contar lo que quieran, esta pieza es irrefutable.

—Ojii-san, con esto, podemos...

—Espera. No es todo.

Sacó otro fajo de papeles.

—Las actas confidenciales de las negociaciones de 1951 y 1958. Un diplomático japonés simpatizante me las transmitió en los años sesenta. Se ve claramente cómo los franceses manipularon las negociaciones, cómo se aprovecharon de nuestra debilidad de posguerra para legalizar su robo.

Kenji recorría los documentos, estupefacto. Esta documentación representaba mucho más que una herencia familiar. Era un arsenal jurídico completo para llevar la batalla de la verdad. Pero también una carga terrible para un joven de veinticinco años.

—¡Pero es enorme! ¡Podemos hacer un escándalo internacional!

—Quizás. Pero hay que ser eficaz. Los franceses son poderosos, tienen la costumbre de este tipo de controversias. Habrá que elegir el momento adecuado. Y sobre todo, harán falta aliados. Solos, no podemos nada.

Tomó la mano de su nieto. Este gesto simple portaba todo el peso de la transmisión generacional: esperanzas, arrepentimientos, responsabilidades.

—Kenji, probablemente no veré el fin de este asunto. Pero tú tienes tiempo. Tienes la inteligencia. Tienes la determinación. Prométeme que nunca abandonarás. Prométeme que harás justicia a la memoria de Kōjirō.

—Se lo prometo, Ojii-san. Recuperaré nuestra colección. O al menos, haré estallar la verdad.

Saburō Matsukata murió tres semanas más tarde. Sus funerales fueron sobrios, conformes a sus deseos. Pero en el corazón de Kenji ardía una llama inextinguible...

París, Museo de Orsay, 1993

Sophie Martinet era una joven doctoranda en arte, especializada en las colecciones museísticas francesas. Para su tesis, se interesaba en las procedencias de las obras postimpresionistas. Un día, consultando los archivos del museo de Orsay, se topó con una anomalía inquietante.

Sophie, procedente de una familia de clase media, abordaba el arte con una pasión sincera, desprovista de los cálculos sociales que motivaban a sus mayores.

—Disculpe —preguntó a la archivera, una sexagenaria de moño severo—. Busco los expedientes de adquisición para este grupo de obras, pero solo encuentro documentos posteriores a 1960. ¿Dónde están los originales?

La archivera echó un vistazo a la lista. Había pasado treinta años en esta institución, navegando entre las exigencias de la investigación y las restricciones administrativas. Esta experiencia la había vuelto prudente.

—Ah, esas obras... Los expedientes originales están en reserva especial.

—¿En reserva especial? ¿Por qué?

—Son documentos sensibles. Hace falta una autorización de la dirección para consultarlos.

—¿Sensibles? ¿En qué unos documentos de adquisición de hace cincuenta años pueden ser sensibles?

La archivera vaciló, luego se inclinó hacia ella bajando la voz. Había guardado, a pesar de años de conformismo, una conciencia profesional que la honraba. Sabía distinguir el interés de la institución del de la verdad.

—Escuche, señorita, un consejo: no insista con esas obras. Concéntrese en otra cosa para su tesis. Le evitará problemas.

—¿Problemas? ¿De qué habla?

La archivera miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solas.

—La última doctoranda que quiso hurgar en esos expedientes se vio rechazar su tesis. Oficialmente por «metodología insuficiente». Extraoficialmente... digamos que había metido la nariz donde no debía.

—¿Me está diciendo que hay una censura activa sobre ciertos temas en este museo?

—No digo nada. Le doy un consejo amistoso, eso es todo. Si quiere consultar esos documentos, haga una solicitud escrita a la dirección. Pero no se sorprenda si es rechazada.

Sophie salió de los archivos, turbada. Ella que creía trabajar en el templo del conocimiento y la cultura descubría una realidad mucho más oscura. Esa misma tarde, habló de ello con su director de tesis, el profesor Bernard Druetne.

Druetne era de esos universitarios que habían atravesado Mayo del 68 conservando sus ideales intactos. Íntegro, oscilaba entre escepticismo amargo y esperanza residual de ver triunfar la verdad algún día.

—Ah, Sophie, ha puesto el dedo en uno de los misterios mejor guardados del mundo museístico francés: la colección Matsukata.

—¿Está al corriente?

—Por supuesto que estoy al corriente. Todos los especialistas lo están. Pero es un tema tabú. No se habla de ello.

—¡Pero es escandaloso! ¡Es contrario a toda ética!

El profesor la miró con lasitud. Tantos años viendo a estudiantes brillantes romperse contra las realidades del sistema universitario...

—Sophie, es usted joven, idealista. Está bien. Pero déjeme explicarle cómo funciona nuestro pequeño mundo. Los museos franceses son estructuras poderosas. Tienen vínculos estrechos con el poder político, económico, mediático. Quien osa cuestionar sus prácticas se encuentra muy pronto marginado. Ni becas, ni puestos, ni publicaciones. La muerte académica, en suma.

—¿Entonces nos callamos? ¿Aceptamos la mentira?

—Componemos. Rodeamos. Estudiamos otra cosa. O bien, si somos valientes, esperamos. Acumulamos las pruebas, y un día,

cuando el contexto se vuelve favorable, golpeamos. Pero ese día todavía no ha llegado, créame.

—¿Y cuándo llegará?

Druesne sonrió tristemente. Esta pregunta, se la hacía él mismo desde hacía mucho tiempo.

—Cuando los japoneses sean lo bastante poderosos económicamente para hacer presión. Cuando la opinión pública internacional esté sensibilizada con estas cuestiones. Cuando los viejos conservadores que han construido su carrera sobre esta mentira hayan muerto. Paciencia, Sophie. La verdad siempre termina por triunfar. Pero a veces, se toma su tiempo.

Boston, Harvard Law School, 1995

Kenji estaba ahora en último año de doctorado.

Su tesis trataba sobre «Las restituciones de obras de arte en derecho internacional: estudios de caso». Oficialmente, era un tema neutro. Extraoficialmente, era una máquina de guerra contra Francia.

La universidad de Harvard había transformado a Kenji. El estudiante tímido se había convertido en un estratega consumado, dominando perfectamente los códigos del poder occidental. Pero esta transformación se había acompañado de una pérdida de inocencia dolorosa. Había aprendido a disimular sus emociones, a calcular sus efectos, a instrumentalizar sus relaciones.

Su director de tesis, el profesor Robert Crawford, especialista reconocido del derecho internacional, lo había prevenido. Formaba parte de esa élite universitaria americana, brillante pero timorata, preocupada por preservar su reputación más que por defender la justicia.

—Kenji, su trabajo es pertinente. Pero camina sobre huevos. Francia es muy susceptible sobre estas cuestiones. Si quiere publicar su tesis, habrá que ser muy mesurado en sus formulaciones.

—Profesor, con todo el respeto que le debo, la reserva no ha llevado a ninguna parte a mi familia desde hace cincuenta años.

—¿Qué propone?

—Un enfoque indirecto. En lugar de atacar frontalmente a Francia sobre la colección Matsukata, voy a establecer precedentes. Mostrar cómo otros países han restituido obras confiscadas durante la guerra.

Crawford sonrió, admirando la habilidad de su estudiante.

—Está bien. Pero llevará tiempo.

—Tengo tiempo. Y sobre todo, tengo algo que mi abuelo no tenía. El acceso a las redes internacionales. Harvard es un pasaporte para el mundo entero. Los graduados de aquí están en todas partes: en los bufetes de abogados, los medios...

—¿Quiere crear una red?

—Sí. Una red de simpatizantes, de aliados potenciales. Gente que, llegado el momento, podrá difundir nuestra causa.

Durante los meses siguientes, Kenji puso su estrategia en práctica con determinación. Participó en todos los coloquios sobre el derecho del patrimonio, tejiendo contactos, sembrando discretamente las semillas de su futura campaña. Conoció a periodistas, abogados, universitarios. A cada uno, contaba el asunto de la colección Matsukata, sin insistir, justo lo suficiente para despertar su curiosidad.

Una tarde, durante una conferencia en Nueva York, conoció a Sarah Fieldman, abogada especializada en las restituciones de obras expoliadas durante la Shoah.

Sarah llevaba en sí esa culpabilidad particular de los supervivientes, transformada en energía militante por la justicia reparadora. Reconoció inmediatamente en Kenji esa misma herida transmitida, esa misma sed de reparación que la animaba.

—Me recuerda nuestros propios combates —le dijo después de que él le hubiera expuesto el caso Matsukata—. La diferencia es

que nosotros tenemos la simpatía de la opinión pública. El Holocausto, todo el mundo percibe la injusticia. Pero una colección japonesa confiscada... Sabe, tengo contactos en los medios americanos. Si quiere, puedo empezar a hacer circular esta historia. Discretamente, por ahora. Solo para preparar el terreno.

—Gracias, acepto su ayuda.

Esta alianza marcaba el comienzo de una nueva fase en el combate de los Matsukata.

París, Dirección de los Museos de Francia, 1997

En su despacho revestido de madera de la Dirección de los Museos de Francia, Louis Monnier, el nuevo director, escuchaba con atención el informe de sus consejeros. Había sucedido a Thuillier con la ambición de modernizar, pero se encontraba confrontado con los mismos dilemas que su predecesor. A su lado, Françoise Armand, secretaria general adjunta del ministerio, tomaba notas con aplicación.

Monnier pertenecía a esos altos funcionarios formados en los métodos gerenciales modernos, pero confrontados con las pesadeces heredadas del pasado. Oscilaba entre voluntad de transparencia y reflejos corporativos, entre modernidad exhibida y conservadurismo asumido.

—Tenemos un problema potencial. Nuestros servicios de vigilancia mediática han detectado un aumento del tema «Colección Matsukata» en la prensa anglosajona. Varios artículos han aparecido estos últimos meses en revistas especializadas americanas y británicas.

—¿De qué se trata? —preguntó Françoise Armand, que acababa de ser nombrada en este puesto.

Monnier tomó la palabra.

—Es un expediente antiguo, señora Secretaria general. Una colección japonesa confiscada durante la guerra e integrada a nuestras colecciones nacionales. Legalmente, todo está en regla. El tratado de San Francisco de 1951 nos da todos los derechos. Pero...

—¿Pero?

—Pero desde un punto de vista ético y mediático, es más complicado. Si el asunto toma amplitud, corremos el riesgo de encontrarnos en la misma situación que los museos suizos con el oro nazi. Una catástrofe para nuestra imagen. El gabinete del ministro se inquieta.

Françoise Armand, llegada recientemente de la administración central, descubría esas zonas de sombra que la ENA no le había enseñado. Esta iniciación a las realidades del poder la turbaba más de lo que quería admitir.

—¿Cuáles son nuestras opciones?

—Primera opción. No hacemos nada y esperamos que pase. Arriesgado, pero posible. Segunda opción. Nos anticipamos. Comunicamos sobre el tema, asumimos, explicamos el contexto. Tercera opción. Negociamos discretamente con los japoneses. Les devolvemos algunas obras simbólicas a cambio de su silencio sobre el resto.

—¿Cuál es su recomendación?

Monnier vaciló.

—Personalmente, me inclinaría por la tercera opción. Pero es una decisión que supera nuestro nivel. Haría falta el aval del gabinete.

—¿Quiénes son los herederos actuales? ¿Son litigantes?

—El principal heredero se llama Kenji Matsumoto, bisnieto de Kōjirō Matsukata. Abogado formado en Harvard, actualmente asociado en un gran bufete de Tokio. Según nuestras

informaciones, es él quien intenta orquestar una campaña mediática en voz baja.

—¿Podemos encontrarnos con él?

—Podemos intentar. Pero según lo que sabemos de él, no se contentará con migajas. Quiere recuperarlo todo. O al menos un reconocimiento público del perjuicio.

—Comencemos por evaluar lo que tenemos de esa colección. Cuántas obras, su valor, su importancia para nuestros museos. Luego, vea si un encuentro discreto es posible. Pero sobre todo, prepare un plan de comunicación defensiva. Si el asunto explota, debemos estar preparados para reaccionar. Informaré al gabinete.

—Bien, señora. Pero este expediente revela un problema más amplio. Nuestros museos rebosan de obras de procedencia dudosa. Si cedemos sobre Matsukata, nos creamos una brecha en la que todos se precipitarán.

—Lo sé. Pero estamos en 1997, no en 1951. El mundo ha cambiado. Debemos adaptarnos o sufrir. El ministro es consciente de ello.

Tokio, Bufete Yamamoto & Asociados, 1998

Kenji Matsumoto, ahora asociado en uno de los más renombrados bufetes de abogados de Japón, había convocado una reunión. Alrededor de la mesa, su equipo compuesto por dos jóvenes abogados japoneses, un especialista del arte, y Sarah Fieldman, venida especialmente de Nueva York.

La transformación de Kenji era sorprendente. El joven apasionado se había convertido en un jurista consumado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kenji.

El especialista del arte, el profesor Yamada, tomó la palabra.

—He terminado el inventario completo de la colección según los documentos de su abuelo.

—¿Precio estimado?

—Al curso actual del mercado, las obras todavía en Francia valen entre 800 millones y 1.200 millones de dólares. La habitación de Arlés sola está estimada en más de 100 millones.

Sarah Goldman intervino.

—No es solo una cuestión de dinero. Es la herencia cultural de un visionario que fue expoliado.

—Exactamente —aprobó Kenji—. Es ese ángulo el que hay que poner en evidencia. No el aspecto financiero, sino el aspecto moral, cultural, humano.

Uno de los jóvenes abogados, Nukaga, preguntó con esa audacia que confiere la inexperiencia.

—Maestro, he estudiado el tratado de San Francisco. El artículo 14 parece dar la razón a los franceses. ¿Cómo sortear este obstáculo jurídico?

Kenji sonrió. Esta pregunta, la había trabajado durante años en Harvard, afinando sin cesar su argumentación.

—He pensado mucho en ello. No podemos atacar el tratado mismo, es verdad. Pero podemos argumentar que Francia sobrepasó lo que el tratado permitía. El tratado hablaba de «reparaciones de guerra». Ahora bien, la colección Matsukata no era un bien de guerra. Era una colección privada, constituida mucho antes del conflicto, mediante compras legítimas. Francia no tenía ningún derecho a considerarla como «reparaciones».

—¡Es brillante! —exclamó Sarah—. No contesta el tratado, contesta su aplicación abusiva.

—Y tengo otra cosa. Miren este documento.

Proyectó en la pantalla una carta oficial fechada en 1946.

—Es una carta del gobierno francés a mi abuelo, reconociendo que la colección estaba «bajo protección temporal». Esta carta prueba que incluso Francia reconocía inicialmente que la colección debía ser devuelta.

—Entonces, ¿por qué no lo fue? —preguntó Nukaga.

—Oportunismo. Entre 1946 y 1951, Francia se dio cuenta del valor de lo que poseía y cambió de posición. Es de mala fe caracterizada.

El profesor Yamada añadió.

—También he descubierto algo interesante en los archivos del Quai d'Orsay. Memorandos internos donde los diplomáticos franceses reconocen que la incautación de la colección Matsukata es «jurídicamente frágil», pero «políticamente oportuna». Sabían que robaban, pero lo hicieron de todos modos.

—Excelente —concluyó Kenji—. Tenemos las pruebas. Sarah, ¿cómo ve la continuación?

Sarah reflexionó unos instantes.

—Hay que continuar construyendo la presión mediática. Tengo contactos en el New York Times que estarían muy interesados por un gran artículo. Pero también hace falta un acontecimiento desencadenante. Algo que obligará a los franceses a reaccionar.

París, Museo de Orsay, 2000

Era una mañana de noviembre. El museo acababa de abrir y los primeros visitantes comenzaban a afluir. Entre ellos, un visitante elegante con su sobretodo negro, avanzaba con paso decidido.

Kenji Matsumoto se detuvo ante La habitación de Arlés. Por primera vez en su vida, veía con sus propios ojos el cuadro que había pertenecido a su bisabuelo. La emoción lo sumergió. Los amarillos resplandecientes, la perspectiva torcida, la soledad que emanaba de esa habitación vacía... Todo eso debería encontrarse en un museo en Tokio, accesible al pueblo japonés.

Permaneció allí, inmóvil, durante largos minutos.

—Conmovedor, ¿no es cierto?

Kenji se dio la vuelta. Una mujer, elegante, lo miraba con una ligera sonrisa. Reconoció instantáneamente a Françoise Cachin, la antigua directora del museo. Ella había sido informada de que

Kenji Matsumoto estaba en París durante cuarenta y ocho horas y esperaba que viniera al museo de Orsay. Quería a toda costa encontrarse con él, sin duda para aliviar su mala conciencia. Hacía horas que aguardaba su visita.

—Señora Cachin, supongo.

—¿Me conoce?

—Sé quién es. Así como usted sabe quién soy, imagino.

La sonrisa de Cachin se borró. La edad y la jubilación la habían vuelto menos combativa.

—Señor Matsukata. Me imaginaba que vendría un día.

—¿Y qué siente, señora, al verme ante este cuadro que fue robado a mi familia?

Cachin se puso rígida, pero una vulnerabilidad nueva afloraba en su mirada.

—Robado es un término excesivo, señor. Esta obra fue legalmente...

—Ahórreme el discurso oficial —la cortó Kenji—. Ambos sabemos lo que pasó. Mi pregunta es: ¿cómo vive con eso?

Cachin permaneció silenciosa un momento, luego respondió con una voz más suave.

—Señor Matsukata, he consagrado mi vida al arte. A preservarlo, mostrarlo, hacerlo amar. Estas obras, cualquiera que sea su procedencia, son parte integrante del patrimonio cultural francés. Millones de personas las han visto, estudiado, amado. ¿No es eso también una forma de justicia?

—Una justicia construida sobre una injusticia sigue siendo una injusticia, señora. Mi bisabuelo quería crear un museo en Japón. Ustedes destruyeron su sueño.

—Yo no destruí nada, señor. Heredé una situación creada mucho antes que yo.

—¿Borrando toda referencia a su verdadero propietario?

Cachin tuvo la honestidad de parecer avergonzada.

—Era... una directiva. No estaba de acuerdo, pero...

—Pero la aplicó. Como todos los demás. Por cobardía, por interés, poco importa. Todos son cómplices.

Se volvió de nuevo hacia el cuadro.

—Un día, señora, este Van Gogh volverá a Japón. Quizás no en mi vida, pero un día.

—Quizás, señor Matsukata. Pero mientras tanto, está aquí. ¿No es mejor que en una caja fuerte privada?

—Falso dilema, señora. Podría estar en un museo en Tokio, accesible a los japoneses que nunca tendrán los medios para venir a París. Pero eso, su visión eurocéntrica no puede concebirlo, ¿verdad?

Con estas palabras, dio media vuelta y se alejó, dejando a Françoise Cachin sola ante el cuadro. Ella sintió algo que no estaba lejos de la culpabilidad. Esta confrontación directa con una de las víctimas había agrietado sus defensas morales.

Esa misma tarde, llamó a Michel Laclotte.

—Michel, me encontré con Kenji Matsumoto esta mañana. En el museo.

—¿Y?

—No cejará, Michel. Es una cuestión de honor para él. De justicia. Irá hasta el final.

—¿Qué propone?

—Quizás sea hora de... reconsiderar nuestra posición. Hacer un gesto. Antes de que el escándalo estalle.

—Se vuelve sentimental con la edad, Françoise. No devolveremos nada. Estas obras son francesas. No hay discusión posible.

Cachin colgó, turbada. Dudaba. ¿Habían hecho la elección correcta todos estos años? ¿O solo habían sido los guardianes de un crimen disfrazado de adquisición legítima?

El tiempo pasaba. Nada se movía. Presiones discretas, pero eficaces mantenían el asunto Matsukata bajo control. Poco a poco, la determinación sin embargo feroz de Kenji Matsumoto se debilitaba inexorablemente. Después de años de lucha, Kenji Matsumoto, con el alma en vilo, terminaría por renunciar, agotado ante la inmensidad de la tarea. No había podido cumplir el juramento que había hecho a su abuelo: el de consagrar toda su energía para que la colección regresara finalmente a Japón. La época todavía no estaba madura para que la cuestión de los expolios se convirtiera en un hecho social mayor... Habría que esperar a los años 2020 para que el expediente rebotara... finalmente.

CAPÍTULO 7: EL RENACIMIENTO DE UN COMBATE

Céret, oficinas de la ONG Retour et Restitutions, agosto de 2024

En los locales de Retour et Restitutions, el aire olía a dulzura mediterránea. Pierre Bertier había fundado esta ONG en 2019 con un objetivo que cabía en una línea, a saber, recuperar lo que había sido robado.

Con el tiempo, su equipo había afinado sus métodos. El consejo científico se había reforzado: especialistas del arte, abogados, expertos en procedencia de obras...

Pierre Bertier reinaba sobre este pequeño mundo con la pasión del converso. Profesor agregado recién jubilado, había trocado sus clases por una cruzada personal que le daba finalmente la impresión de existir plenamente.

Era una paradoja viviente. Por un lado, su rigor intelectual y su capacidad de trabajo imponían respeto —podía pasar noches enteras examinando archivos, animado por una curiosidad insaciable que lo había vuelto brillante en su disciplina. Su memoria fenomenal y su don para sintetizar masas de información complejas en hacían un adversario temible. Pero esta misma intensidad ocultaba fisuras. Un perfeccionismo que se convertía en obsesión, una desconfianza instintiva hacia cualquiera que no abrazara sus puntos de vista, y sobre todo esa propensión a considerarse como el único poseedor de la verdad.

Bertier mantenía una forma de arrogancia intelectual que transparentaba en sus relaciones humanas. Escuchaba mal, cortaba a menudo la palabra, y manifestaba una impaciencia visible en cuanto no se seguía inmediatamente su razonamiento. Sus colaboradores apreciaban su competencia, pero temían sus cambios de humor cuando un detalle se le escapaba. Corregía los errores de otros con un placer mal disimulado, como si

coleccionara las pruebas de su superioridad. Paradójicamente, esta misma exigencia que lo volvía penoso en lo cotidiano constituía también su fuerza. Nada se le escapaba, ninguna mentira oficial resistía a su análisis.

Su despacho se parecía al de un militar preparando la ofensiva final. En las paredes, mapas del mundo claveteados de chinchetas de colores. Rojo para los expolios nazis aún no resueltos, azul para lo que los colonizadores se habían llevado en su equipaje, verde para las confiscaciones de Estado, amarillo para las «adquisiciones dudosas» de los grandes museos. Una geografía de la rapiña mundial que daba vértigo.

Sobre el escritorio, pilas de expedientes etiquetados con cuidado. Tratados de derecho internacional se codeaban con catálogos de exposiciones anotados de su mano. Su correspondencia con investigadores del mundo entero probaba que había tejido pacientemente su red. En la pared, una reproducción de La habitación de Arlés parecía vigilar sus investigaciones. Un recordatorio diario de que detrás de cada expediente, había hombres, mujeres, y belleza saqueada. Bertier contemplaba a menudo este cuadro, extrayendo de él una forma de consuelo que compensaba su soledad personal —pues su combate lo había poco a poco cortado de una vida social normal.

Bertier levantó la cabeza cuando su secretaria llamó. Reclutada desde los inicios, ella compartía su pasión por las causas perdidas. Él apreciaba en ella esta lealtad sin fisuras.

—Señor Bertier, Taro Hagiuda de Tokio está en línea. Por el asunto Matsukata.

Esta llamada la esperaba desde hacía una semana. Una mezcla de impaciencia y aprensión lo invadió.

—Perfecto, pásamela.

Bertier tomó el auricular. Hagiuda, doctor en historia y eminente especialista de la cultura japonesa moderna, formaba parte de

esta red de investigadores que se negaban a olvidar. El desafío superaba ampliamente una consulta ordinaria.

—Doctor Hagiuda, buenos días. Gracias por devolverme la llamada.

La voz que le respondió portaba el peso de su frustración. El ligero desfase de la conexión satelital no atenuaba nada.

—Señor Bertier, soy yo quien le agradece. Sus investigaciones sobre los expolios, las conocemos bien aquí. Seguimos sus combates con mucho interés... y esperanza, debo decir.

El tono de Hagiuda traicionaba la amplitud del trauma. Matsukata no era solo un nombre en un catálogo. Era una herida nacional que se negaba a cerrarse.

—Por la colección, debo decirle la verdad. Es nuestra llaga abierta. Ochenta años después, todavía nos duele. Kōjirō Matsukata era un genio, un visionario que quería acercar nuestras culturas. Lo que le hicieron los franceses...

Su voz se quebró ligeramente.

—... lo vivimos como una puñalada por la espalda.

Detrás de los aspectos legales se ocultaban destinos rotos. Matsukata había querido construir puentes, le habían robado sus piedras.

—Comprendo el aspecto emocional. Pero necesito elementos concretos. Si no, solo levantaremos viento ante los tribunales.

Bertier había aprendido a sus expensas que la indignación no bastaba ante los museos. Hacía falta solidez, verificable, incontestable. Su desconfianza natural, agudizada por años de combates perdidos, le imponía este rigor.

—¿Sus archivos nacionales contienen qué precisamente? ¿Documentos originales inéditos? Y sobre todo —pregunta crucial— ¿han logrado encontrar a los herederos?

Un suspiro le llegó de Tokio. Si la injusticia era clara, su reparación chocaba con las realidades del tiempo que pasa.

—Ahí está el drama, señor Bertier. La familia Matsukata se ha... volatilizado. Dispersada a los cuatro vientos por las catástrofes del siglo XX.

La explicación que siguió reveló toda la crueldad del destino. La guerra del Pacífico, la derrota de 1945, la ocupación americana que había durado siete largos años, las conmociones sociales. Todo había concurrido a dispersar las familias japonesas como hojas muertas al viento.

—Algunos descendientes viven todavía en Japón, pero en diferentes prefecturas. Las esposas han cambiado de nombre, lo que complica todo. Otros huyeron hacia América en los años 50-60, cuando el país estaba todavía de rodillas. Los hay también en Europa, algunos en Francia y en Alemania. Pero lo peor, señor Bertier, es que muchos ignoran incluso que tienen derecho a algo. La situación era la de una diáspora involuntaria, fruto de los traumas del Japón moderno. Las familias se habían dispersado por necesidad, sobreviviendo como podían a los escombros de su mundo.

—¿Ignorancia natural o amnesia voluntaria? —preguntó Bertier, su curiosidad tomando el relevo de su compasión.

—Las dos, ay. La guerra rompió los lazos familiares, es un hecho. En Estados Unidos, ciertos descendientes están bien identificados y se movilizaron hacia fines de los años 1990, notablemente un tal Kenji Matsumoto que vive hoy en Japón, pero que parece no estar ya activo en este expediente. Sin embargo había alertado a la prensa, hecho conferencias, escrito artículos, movido cielo y tierra... Pero desde hace quince años nada más. Muchos otros han elegido también olvidar. Pasar página, concentrarse en el futuro, enterrar un pasado demasiado pesado de llevar. Sabe, después de 1945, sobrevivir contaba más que reivindicar.

Bertier conocía este mecanismo. Lo había observado en otros casos de expolio. Las víctimas preferían la amnesia a la

confrontación con recuerdos demasiado dolorosos. Una negación que arreglaba bien a los expoliadores. Esta realidad lo irritaba y lo entristecía a la vez —él que nunca había podido olvidar la menor injusticia.

—Concretamente, ¿eso bloquea todo?

—No necesariamente, pero complica las cosas. ¿Cómo reivindicar en nombre de gente que ignora sus derechos? ¿Cómo movilizar a herederos que ni siquiera saben que tienen una herencia? Las autoridades francesas pueden decir: «Nadie reclama nada, así que todo va bien».

—Quizás tengo una pista. En derecho francés, y ahí, perdone mi jerga, existe una noción que llamamos «gestión de negocios». Artículos 1301 y siguientes del Código civil.

Heredada del derecho romano y perfeccionada por dos siglos de jurisprudencia, permite a alguien actuar útilmente por cuenta de otro, incluso sin su conocimiento. Un mecanismo que puede sortear elegantemente el obstáculo de la dispersión de los herederos. En resumen, es posible actuar sin mandato, pero en interés de quien es representado. Con la condición de probar que es en interés de los descendientes Matsukata, incluso si lo ignoran... Eso podría teóricamente permitir a mi ONG actuar legalmente en nombre de los herederos. Incluso sin su acuerdo explícito, siempre que la acción presente un carácter de utilidad para ellos, explicó Bertier.

Un silencio pensativo acogió la propuesta. Hagiuda acabó por retomar, con una curiosidad evidente en la voz.

—El enfoque es interesante, se lo concedo. Pero quisiera hacerle una pregunta que me preocupa personalmente...

—Le escucho.

—¿Está seguro de que los herederos desearían realmente ver resurgir públicamente un asunto tan doloroso? Ochenta años han pasado, señor Bertier. Muchos han rehecho su vida, construido otros proyectos. ¿Por qué remover todo eso?

Bertier tomó unos instantes de reflexión, midiendo el peso de sus palabras. Esta interrogación lo remitía a sus propias motivaciones. ¿Actuaba por las víctimas o para satisfacer su necesidad personal de justicia? La frontera permanecía a veces borrosa.

—Su pregunta revela su respeto por las víctimas. Es en su honor. Pero véalo... más allá de los intereses privados de los herederos, este expediente plantea cuestiones que superan ampliamente el caso individual de la familia Matsukata. ¿Se puede moralmente dejar impunes actos de expolio de Estado, incluso antiguos? ¿Se puede aceptar que el olvido organizado y el paso del tiempo borren los crímenes culturales más flagrantes? ¿No hay un deber de memoria, una obligación de restablecer la verdad? Aunque solo sea para honrar la memoria de las víctimas y evitar que tales injusticias se reproduzcan... La cuestión supera infinitamente el marco de la familia Matsukata. Compromete el futuro de la justicia cultural internacional.

Hagiuda asintió lentamente.

—Su punto de vista me conmueve. La injusticia continúa preocupándonos en Japón, sabe. Forma parte de esas heridas colectivas que nunca se cierran. Nuestros intelectuales, nuestros investigadores hablan de ello todavía regularmente.

Bertier sintió su corazón acelerarse. Este reconocimiento de la dimensión del trauma japonés lo confortaba en su paso.

—Pero concretamente —prosiguió Hagiuda—, ¿cómo cuenta proceder? El gobierno francés no renunciará fácilmente a obras de tal importancia. Esas telas forman parte de las joyas de sus museos nacionales, atraen a numerosos visitantes. El desafío económico y cultural es considerable, ¿no es así?

La objeción era de buen sentido. Y terriblemente justa.

—Primero consideré seriamente presentar directamente ante los tribunales franceses competentes. Era la vía más natural, la que recomienda la doctrina clásica.

—¿Y ha abandonado este enfoque?

—Ay, sí. Por razones concretas y... cómo decirlo... desalentadoras.

Bertier había descubierto que la justicia francesa practicaba una hostilidad sistemática hacia las acciones que cuestionaban los expolios nacionales.

—Mis experiencias recientes con el Conseil d'État francés me han convencido de que la vía no solo estaba sin salida, sino que incluso me expondría a sanciones financieras disuasorias. Esta jurisdicción se niega a reconocer el interés en actuar de mi organización en este tipo de asunto que toca el patrimonio nacional, explicó.

—¿Puede dar ejemplos concretos?

Bertier abrió sus expedientes con la precisión del investigador acostumbrado a documentar sus aserciones. Pero también con la rabia contenida de quien ha sido desairado. Estos fracasos lo habían herido en su orgullo de jurista.

—Recientemente he presentado al Conseil d'État en dos asuntos comparables. En el primero, concerniente al pillaje del Palacio de Verano de Pekín por las tropas franco-británicas en 1860, un fallo del 23 de noviembre de 2022 declaró mi demanda inadmisibile.

—¿Sobre qué motivos?

—¡Ah, los motivos! —respondió Bertier con una risa seca—. Con el motivo perentorio de que solo «las personas que estimasen ser sus legítimos propietarios» tendrían interés en actuar para contestar la inscripción de bienes adquiridos en el marco de operaciones de guerra en el inventario de los museos nacionales. ¿Capta el matiz? Al exigir que las víctimas se manifiesten personalmente, sabiendo perfectamente que la mayoría ignora sus derechos, los tribunales franceses organizan tranquilamente la impunidad de los expolios.

La formulación revelaba toda la artificialidad del sistema francés para protegerse de reivindicaciones molestas.

—En el segundo asunto —prosiguió Bertier—, concerniente a la apropiación del retrato de la Mona Lisa por Francisco I en 1519, el Conseil d'État confirmó su jurisprudencia mediante un fallo aún más severo del 14 de mayo de 2024.

—¿Más severo en qué sentido?

La indignación estalló a pesar suyo.

—No solo la jurisdicción reafirmó su posición, sino que precisó que mi organización «no podría sostener que tendría vocación de representar a estas personas en concepto de la gestión de negocios».

Y agárrese bien... ¡nos infligió una multa de 3000 euros por recurso abusivo!

—¡Una multa! —exclamó Hagiuda—. ¡Es revelador!

—La multa testimonia una hostilidad ideológica asumida. El Conseil d'État considera que cuestionar los expolios franceses es abuso de derecho.

Lejos de la imparcialidad exhibida, los tribunales practicaban una justicia de geometría variable según los intereses en juego.

—Entonces, ¿qué alternativa considera?

Bertier abrió una carpeta marcada «Estrategia internacional».

—Ante el cierre hermético de las vías de recurso internas, hemos tomado la decisión de llevar directamente el litigio ante las instancias internacionales competentes. Más precisamente ante el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra.

El enfoque presentaba varias ventajas decisivas y Bertier lo sabía. Primero, colocaba el debate en el terreno de los derechos fundamentales más que en el de los intereses nacionales franceses. Luego, permitía sortear los bloqueos de la justicia francesa. Finalmente, daba una visibilidad internacional al expediente.

—¿Sobre qué fundamentos precisos cuenta apoyarse? —preguntó Hagiuda.

Bertier abrió su ejemplar de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, abundantemente anotado a lo largo de sus investigaciones nocturnas. Le gustaba esta sensación de dominar su tema en los mínimos detalles.

—La argumentación reposará sobre dos violaciones complementarias de los derechos fundamentales. Primero, la violación del artículo 17 de la Declaración Universal, que dispone que «toda persona tiene derecho a la propiedad» y que «nadie puede ser privado de ella arbitrariamente».

—¿Y la segunda violación?

—La violación del artículo 10 de la Declaración Universal y del artículo 14 del Pacto Internacional relativo a los Derechos Civiles y Políticos, que consagran el derecho al juicio equitativo. El rechazo del Conseil d'État francés a examinar en el fondo este tipo de asuntos, sin motivación suficiente e infligiendo sanciones disuasorias constituye un atentado flagrante a este derecho fundamental.

—La argumentación me parece sólida —aprobó Hagiuda.

—Al rechazar el acceso efectivo a la justicia a las víctimas de expolios culturales —concluyó Bertier—, Francia falta a sus obligaciones internacionales y traiciona sus propios principios republicanos. Es tan simple como eso.

—Y concerniente a los hechos mismos, ¿cuál es su análisis del expolio?

La pregunta permitió a Bertier exponer el fruto de sus investigaciones. Meses de búsquedas encarnizadas, de noches en blanco pasadas en los archivos.

—El expolio reposa sobre tres actos sucesivos, todos viciados de irregularidades graves. Pero sabiamente disimuladas, por supuesto.

—¿Puede detallar esos tres actos?

Bertier expuso con precisión todo el proceso que había conducido al expolio de la colección Matsukata.

La conversación prosiguió. Hagiuda proporcionaba precisiones sobre la personalidad de Kōjirō Matsukata y las circunstancias de la constitución de su colección, mientras Bertier exponía su enfoque en sus mínimos detalles. Dos hombres que todo separaba, pero que unía la misma sed de justicia.

—Doctor Hagiuda —concluyó Bertier—, su apoyo moral y científico cuenta enormemente en una empresa que será larga, costosa, sembrada de obstáculos... pero absolutamente necesaria.

—Señor Bertier, puede contar con mi apoyo total, así como con el de mis colegas japoneses. La causa nos importa y simboliza mucho más que una restitución de obras de arte. Es nuestra dignidad la que está en juego.

Cuando colgaron, el profesor francés estaba confortado en su decisión de llevar el caso ante las instancias internacionales. Este apoyo japonés le daba una legitimidad suplementaria inestimable. Y sobre todo, ya no se sentía solo ante los molinos de viento de la administración francesa. Esta solidaridad internacional lo emocionaba más de lo que quería admitir.

Esa misma tarde, Bertier recibía a Maître Béatrice Klein. Una abogada especializada en cuestiones de derecho internacional privado. Apreciaba en ella esta combinación de pericia puntiaguda y pragmatismo —incluso si su lado directo lo desestabilizaba.

—Señor Bertier —dijo ella—, su secretaria me explicó que quería mi opinión sobre un litigio de expolios culturales.

Sacó un cuaderno de su maletín, gesto maquinal de la gente del oficio.

—El tema me interesa. He tratado varios expedientes similares estos últimos tiempos ante las instancias europeas. Los atentados a los derechos culturales, se vuelve de moda.

Bertier le tendió su expediente, no sin un punto de aprensión. Temía el juicio de los especialistas sobre su trabajo.

—Maître Klein, gracias por haber encontrado el tiempo. El asunto que quiero llevar ante el Consejo de Derechos Humanos no es simple.

Enumeró las dificultades.

—Tenemos derecho constitucional francés, derecho internacional público, administrativo, civil para la propiedad...

Maître Klein recorrió los primeros documentos. Luego levantó los ojos con esa expresión que tienen los abogados curtidos cuando huelen el problema.

—El expediente parece bien hilvanado. Pero antes de lanzarnos en los detalles, tengo una pregunta que enfada.

—¿Cuál?

—¿Ha agotado todos los recursos en Francia? Porque sabe bien que es la regla número uno para presentar ante las instancias internacionales.

Su tono se había vuelto profesoral, el que debía tener con los jóvenes colegas un poco demasiado apresurados.

—Maître, es todo el problema. Oficialmente, no he presentado al Conseil d'État sobre el expediente Matsukata. Pero tengo excelentes razones para pensar que tal recurso no serviría de nada, aparte de costarnos caro en multas. La jurisprudencia es ahora clara.

Bertier había descubierto a sus expensas que la justicia francesa practicaba la omertà cuando se trataba de patrimonio sensible. Incluso para reparar una injusticia. Esta realidad lo sublevaba todavía.

—¿Puede ser más preciso? Porque el agotamiento de las vías de recurso internas, es el primer argumento que el gobierno francés va a sacarle en sus observaciones —preguntó Maître Klein.

Bertier repitió su discurso habitual sobre sus disputas con la más alta instancia administrativa francesa. Releyó los pasajes más sabrosos de los dos fallos.

Maître Klein analizó los pasajes de los fallos que acababan de leerle. Midió enseguida la anomalía de estas decisiones con respecto a los estándares internacionales.

—La jurisprudencia es severa, es lo menos que se puede decir. La multa me parece injustificada. El Conseil d'État se niega categóricamente a reconocer su interés en actuar, incluso en concepto de la gestión de negocios, que es sin embargo una práctica bien establecida en derecho francés. En estas condiciones, es razonable considerar que un nuevo recurso en el expediente Matsukata habría estado abocado al fracaso y le habría expuesto a una nueva sanción, quizás aún más pesada.

La validación por una especialista del contencioso internacional confortaba a Bertier. No era un pleiteador obstinado que se encarnizaba, sino alguien pragmático que sacaba las consecuencias lógicas de la hostilidad sistémica de la justicia francesa. Este reconocimiento lo tranquilizaba en sus elecciones.

—Es lo que pienso. La jurisprudencia internacional de los derechos humanos reconoce que la obligación de agotamiento de las vías de recurso internas no se aplica cuando estos recursos son claramente inefectivos o exponen al demandante a riesgos desproporcionados.

—Sea. La cuestión previa me parece resuelta —asintió Maître Klein—. Pasemos al fondo. ¿Sobre qué artículos precisos de los instrumentos internacionales cuenta fundar su comunicación?

Se inclinó hacia delante con interés. La elección de los fundamentos condicionaba ampliamente las posibilidades de éxito ante el Consejo. Klein apreciaba este tipo de desafío intelectual.

Bertier repitió lo que había expuesto al doctor Hagiuda. Al invocar la denegación de justicia, Bertier transformaba la

debilidad aparente de su posición —la ausencia de recurso directo en el asunto Matsukata— en argumento de fondo contra el sistema judicial francés mismo.

—Su argumentación me parece bien construida. Los atentados que invoca están caracterizados y documentados. Pero deseo insistir sobre una dificultad práctica que el gobierno francés planteará seguramente. ¿Cómo va a justificar su cualidad para actuar en nombre de los herederos Matsukata? El Consejo es muy atento a la representación efectiva de las víctimas.

La pregunta tocaba el talón de Aquiles de toda la empresa. Sin representación clara de las víctimas, incluso la argumentación más brillante corría el riesgo de derrumbarse.

—Es ahí donde interviene de manera central la gestión de negocios —respondió Bertier.

—Continúe, por favor.

Bertier expuso los mismos argumentos que había explicado al doctor Hagiuda sobre este punto preciso.

—¿Cuáles son las condiciones para que su argumentación se sostenga sobre esta cuestión?

Bertier desgranó su razonamiento con minuciosidad.

—Primero, la intención de actuar por otro y no por uno mismo. Segundo, la utilidad objetiva de la acción para el beneficiario. Tercero, la ausencia de oposición conocida de los herederos.

—¿Y considera que estas tres condiciones se reúnen?

—Completamente —afirmó Bertier—. En mi comunicación, demostraré que todas las condiciones legales están satisfechas. La intención de actuar por otro resulta claramente del objeto estatutario de mi ONG, que es velar por la licitud de las colecciones museísticas y trabajar por la restitución de bienes expoliados. La utilidad de la acción es patente puesto que se trata de reparar una injusticia mayor.

—¿Y la tercera condición?

—No existe ninguna oposición conocida de los herederos, los cuales ni siquiera están todos formalmente identificados a esta fecha.

La ausencia de oposición no resultaba de un acuerdo tácito, sino de la ignorancia de los derechohabientes, víctimas ellas mismas de la dispersión organizada por la Historia. Una paradoja que Bertier transformaba en baza.

Maître Klein pareció convencida, aunque una parte de ella permanecía escéptica sobre las posibilidades de éxito reales.

—El enfoque es ingenioso y testimonia un conocimiento extenso del derecho civil francés. Tanto más que puede invocar el objeto estatutario explícito de su ONG, que corresponde exactamente a este tipo de acción. La gestión de negocios podría ser reconocida por el Consejo como fundamento válido de su cualidad para actuar. Pero concretamente, ¿cómo cuenta estructurar y redactar la comunicación?

La abogada sabía que las mejores causas podían fracasar sobre defectos o torpezas de redacción.

Bertier le mostró las conclusiones que había comenzado a preparar. El documento, organizado en secciones distintas con un sistema de referencias cruzadas, testimoniaba una preparación meticulosa.

—He redactado un proyecto completo de comunicación de unas sesenta páginas. La argumentación sigue un plan lógico, concebido para convencer a juristas internacionales.

—¿Puede resumir la estructura?

—Por supuesto. Primero una exposición factual detallada y cronológica del expolio y de sus mecanismos, con todas las referencias de archivos necesarias. Luego un análisis de los atentados caracterizados, con cita de la jurisprudencia internacional pertinente. Finalmente la presentación circunstanciada de las demandas de reparación.

Cada elemento se articulaba lógicamente con los demás para formar un conjunto coherente y convincente.

—¿Y cuáles son sus demandas concretas?

Bertier abrió la última sección de su expediente.

—Deseo que el Consejo constate oficialmente la violación de los derechos de los herederos Matsukata y recomiende expresamente a la República francesa que proceda a la restitución inmediata e integral de las obras expoliadas.

—¿Estas recomendaciones tienen una fuerza obligatoria?

—No, las recomendaciones onusianas no son obligatorias en el sentido estricto, pero tienen una fuerza moral considerable, sobre todo cuando emanan de las Naciones Unidas.

Incapaz de constreñir a Francia por la fuerza del derecho, Bertier apostaba por la presión internacional para obtener una victoria. Este enfoque indirecto correspondía a su personalidad, rodear más que afrontar.

Maître Klein asintió con la cabeza con aprobación, aunque guardaba sus reservas sobre la eficacia real del método.

—Una condena oficial por las Naciones Unidas crearía una fuerte obligación moral.

—Será complicado para el gobierno francés ignorar públicamente una condena onusiana.

—Es la apuesta que hace. Francia no podrá justificar el mantenimiento de un expolio oficialmente condenado ante la opinión pública y los medios del mundo entero.

Una complicidad intelectual se establecía entre los dos juristas. Maître Klein comprendía la lógica de la empresa que superaba ampliamente el caso de la colección Matsukata. Admiraba esta determinación, aunque la juzgara ingenua.

Su discusión prosiguió todavía. La abogada aportaba precisiones sobre el procedimiento ante el Consejo de Derechos Humanos, sugiriendo algunas mejoras redaccionales y alertando sobre las

trampas a evitar. Su experiencia se revelaba preciosa para navegar en el laberinto de la burocracia onusiana.

—Señor Bertier —concluyó ella—, todo esto me parece notablemente preparado. Pero no olvide nunca que el gobierno francés movilizará a sus mejores juristas y todos sus medios para contestar su comunicación. Francia no dejará pasar sin reaccionar una acusación tan grave.

La lucha se anunciaba ruda y desigual. Cuando ella se despidió hacia las seis de la tarde, Bertier disponía de una hoja de ruta clara para finalizar su comunicación. El análisis de Maître Klein había permitido afinar los últimos detalles y prever las objeciones francesas.

Esa misma tarde, fiel a sus hábitos de trabajo nocturno, Bertier telefoneaba a su amigo Jean-Michel Durand.

Profesor de derecho internacional público, Durand gozaba de una reputación que superaba ampliamente las fronteras hexagonales. Su amistad databa de la universidad, época en que compartían los mismos ideales de justicia.

—Jean-Michel, buenas tardes. Espero no molestarte demasiado tarde. Sé que has conservado tus manías de noctámbulo.

La voz de Jean-Michel Durand crepitaba en el auricular, teñida de ese humor benévolo que manejaba desde sus años en los bancos de la facultad de derecho. Se conocían demasiado bien para las cortesías de rigor.

—En absoluto, Pierre. Me conoces, ¡soy una mariposa nocturna! Y además con tus expedientes retorcidos, rara vez tengo tiempo de aburrirme. ¿Qué te preocupa ahora?

Bertier sonrió. Durand tenía el don de desinflar sus certezas con tres palabras bien colocadas. Respetaba a su amigo, aunque lo tomara por un dulce soñador.

—Quisiera que echaras un vistazo a un expediente que cuento llevar ante la ONU. Un expolio cultural francés que data de la guerra, pero con ramificaciones hoy...

—¡Ah! No cambias. Siempre queriendo despertar a los muertos. Cuéntame eso, sabes que adoro cuando atacas a los peces gordos. El interés de Durand no era fingido. Desde hacía años, destripaba los asuntos de patrimonio robado con pasión.

Bertier se lanzó entonces en un relato río. Quince minutos de monólogo donde desgranó su plan. Durand escuchaba, gruñía de vez en cuando, hacía sus preguntas de especialista.

—Pierre, todo parece sostenerse. Es incluso bastante deslumbrante. Hicieron cualquier cosa, es robo organizado.

La aprobación le sentó bien. Durand no era del tipo que distribuía buenas notas para complacer —más bien lo contrario. Su validación tranquilizó a Bertier sobre la solidez de su trabajo.

—Pero bueno... ¿No crees que hay un pequeño problema de cronología? Ochenta años, empieza a hacer mucho. Los tribunales no les gusta demasiado resucitar a Matusalén, incluso por la buena causa.

Bertier esperaba la objeción. Había preparado su parada desde hacía mucho tiempo, consciente de esta debilidad aparente.

—Jean-Michel, los atentados graves a los derechos humanos, eso nunca prescribe.

—En teoría quizás, pero en la práctica...

—El expolio continúa todos los días desde 1944, puesto que Francia se obstina en quedarse con lo que no le pertenece.

El argumento dio en el blanco. Durand apreciaba este tipo de piroeta intelectual que transformaba una debilidad en fuerza.

—Nada mal, Pierre. Transformas un crimen de abuelo en flagrante delito cotidiano. Pero ¿esperas qué? ¿Que van a agradecerte?

—¡Evidentemente, no! Francia nunca soltará el bocado por propia voluntad. Ha tenido casi un siglo para hacer limpieza, no lo ha hecho. Ahora, vamos a ayudarla.

Durand empezaba a captar la lógica. Bertier no jugaba a los caballeros blancos, calculaba fríamente. La incomodidad internacional como palanca de presión. No muy romántico, pero eficaz.

—Pierre, al principio, tu asunto me pareció un poco loco. Pero finalmente... Sí, puede funcionar. Es arriesgado, pero al menos colocas el debate donde debe estar.

La adhesión final de su amigo acabó de tranquilizar a Bertier. Esta validación confirmaba sus intuiciones.

Las semanas siguientes, Bertier decidió dar visibilidad al asunto. Publicó, bajo su firma, varios artículos en línea en sitios de internet especializados: Academia, el Leibniz Institut, el Village de la Justice... Estos artículos totalizaban miles de lectores. Rápidamente las llamadas telefónicas y los correos se multiplicaron. Profesores americanos, historiadores británicos, especialistas alemanes, militantes asociativos. Una pequeña red internacional se tejía espontáneamente. Cada nuevo contacto confirmaba a Bertier que no llevaba su combate en solitario. El asunto Matsukata se convertía en un símbolo —la prueba a tamaño natural de la capacidad del derecho internacional para corregir los errores del pasado.

Este reconocimiento internacional halagaba su ego, aunque se defendiera de ello. Después de años de oscuridad académica, ver su trabajo citado y debatido en el mundo entero le procuraba un goce que no osaba confesar.

El 26 de marzo de 2025, Bertier estampaba su firma al pie del documento final. El expediente de acusación más completo jamás montado contra un expolio de Estado. Al contemplar los ejemplares destinados a Ginebra, se daba cuenta de que acababa de traspasar un cabo. El asunto se le escapaba al entrar en los engranajes de la justicia internacional. Con su lentitud legendaria, sus azares, pero también —¿quién sabe?— sus perspectivas de reparación.

Toda su vida se había construido alrededor de este tipo de combates. Ahora que había lanzado el más importante de entre ellos, se preguntaba si tendría la fuerza de llevarlo hasta el final.

—Kōjirō Matsukata —murmuró mirando la reproducción de La habitación de Arlés colgada en la pared—, su combate no hace más que empezar. Le dedico esta batalla.

CAPÍTULO 8: LA BATALLA INTERNACIONAL

Ginebra, sede de las Naciones Unidas, junio de 2025

El lago Lemán devolvía sus reflejos dorados aquella mañana, como si intentara hacer olvidar la atmósfera estudiosa que pesaba en las oficinas del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. En la sala de conferencias, el grupo de trabajo examinaba las comunicaciones mensuales con esa rutina que impone la burocracia internacional, incluso frente a los dramas humanos más conmovedores.

El ejercicio se repetía con una regularidad de reloj suizo. Una decena de expertos se inclinaban sobre las quejas de particulares u organizaciones que estimaban haber sido perjudicadas por los Estados. Un engranaje discreto, pero esencial del sistema de protección de los derechos fundamentales.

Carmen Vásquez presidía la asamblea con una autoridad que ocultaba mal sus propias dudas sobre la eficacia real de su institución. Lo había visto todo: las promesas incumplidas, los informes enterrados, las recomendaciones ignoradas. Antigua magistrada del Tribunal Supremo español, era representativa de esos juristas formados en el posfranquismo, nutridos de un ideal de justicia que superaba las fronteras nacionales.

Sin embargo, veintitrés años pasados desenredando los asuntos más retorcidos la habían vuelto escéptica sobre la capacidad de los Estados de enmendarse espontáneamente. Había aprendido que los gobiernos nunca cedían por bondad, sino solo bajo la presión de la opinión pública o de sus intereses económicos. Esta desilusión progresiva la había endurecido, pero también la había vuelto más decidida a utilizar los escasos poderes de que disponía.

Su cabello canoso enmarcaba un rostro de rasgos finos que nunca revelaba sus sentimientos —una fachada que había construido para sobrevivir en un medio donde mostrar las debilidades equivalía a perder toda credibilidad.

Sus colaboradores la respetaban sin amarla, reconociendo en ella a una mujer que había tenido que sacrificar su feminidad en el altar de la eficacia.

Al recorrer el orden del día, experimentaba esa lasitud familiar que la asaltaba ante la acumulación de injusticias. Cada expediente representaba vidas destrozadas, esperanzas decepcionadas, promesas traicionadas.

—Nuestro orden del día incluye el examen preliminar de doce nuevas comunicaciones.

Su dicción, ligeramente teñida del acento castellano, portaba naturalmente en el espacio de la sala. Sabía modular su voz para mantener la atención de su auditorio sin parecer nunca forzar, talento adquirido durante años de audiencias en las que había aprendido que la persuasión valía más que la intimidación. Pero hoy, un punto de fatiga atravesaba su tono habitual.

—La primera de ellas, referenciada bajo el número 421/2025, emana de una organización no gubernamental francesa y concierne a una colección de obras de arte adquirida por Francia en el inmediato posguerra. Debo decir que este expediente presenta de entrada características particulares que retienen la atención.

Vásquez tenía la costumbre de preparar cada sesión con esmero, compensando así su impotencia ante los grandes desafíos.

—La ONG requirente alega una denegación de justicia y violaciones del derecho de propiedad que, si fueran comprobadas, constituirían incumplimientos graves de los compromisos internacionales de Francia. Pero no prejuzguemos nada y dejemos que nuestro relator nos exponga los hechos.

Alrededor de la mesa, los seis juristas presentes manifestaban una atención cortés. Cada uno de ellos había examinado ya cientos de comunicaciones, adquiriendo una capacidad particular para evaluar rápidamente la pertinencia de una argumentación.

Esta asamblea cosmopolita reflejaba la diversidad del sistema onusiano: juristas formados en diferentes tradiciones, diplomáticos reciclados, universitarios en busca de reconocimiento internacional. Todos compartían esta ambición de cambiar el mundo mediante el derecho.

Klaus Weber, designado como relator, abrió el expediente que reposaba ante él. Personificaba el rigor alemán. Profesor asociado en la universidad de Potsdam y autor de varias obras de referencia sobre el contencioso internacional, gozaba en los medios académicos de una reputación de rigor. Su enfoque privilegiaba el análisis factual sobre las consideraciones generales. Sus trabajos sobre los expolios nazis, luego sobre las apropiaciones coloniales, habían establecido nuevos estándares. Pero guardaba esa distancia de observador que le impedía indignarse. Para Weber, la injusticia era ante todo un problema conceptual que resolver, no un sufrimiento humano que aliviar.

Al hojear el expediente Matsukata, tenía un a priori favorable para la construcción intelectual desplegada por la requirente. Este asunto presentaba exactamente el tipo de complejidad que apreciaba, una madeja de cuestiones constitucionales, de derecho internacional y de procedimiento administrativo que exigía un análisis fino.

—Señora presidenta —comenzó Weber—, he consagrado los últimos días al estudio completo de esta comunicación, y debo confesar que presenta características que merecen nuestra atención sostenida.

Weber adoraba esos momentos en que podía desplegar su saber enciclopédico ante un auditorio cautivo.

—Estamos ante una solicitud que contesta la legalidad de la adquisición por Francia de una colección de arte japonés perteneciente a un tal Kōjirō Matsukata, coleccionista fallecido en 1950. Las circunstancias de la desaparición de estas obras son... por decir lo menos turbias.

La precisión de la exposición liminar creaba en la asamblea ese ambiente de concentración que precedía al examen de los casos más consistentes. Los miembros del grupo de trabajo habían aprendido a distinguir rápidamente las comunicaciones con mérito de las peticiones fantásticas que a veces atascaban su agenda. Estas últimas terminaban generalmente en la papelera después de una lectura en diagonal.

Isabella Pereira levantó la mano para tomar la palabra. Esta antigua directora adjunta del ministerio portugués de Cultura llevaba sobre sus hombros el peso de una carrera ejemplar, pero frustrante. Su trayectoria era clásica —demasiado clásica quizás para alguien que aspiraba secretamente a aventuras menos convencionales. Diplomada de la universidad de Coímbra, había ejercido primero como abogada especializada en contenciosos civiles antes de unirse a la administración pública. Esta reconversión era el fruto de una vocación sincera, pero también de una resignación ante las desilusiones del sector privado donde había descubierto que el dinero primaba a menudo sobre la justicia. Su expertise en litigios de restitución, adquirida en el tratamiento de varios expedientes sensibles que implicaban a las antiguas colonias portuguesas, le confería una autoridad reconocida en el seno del Consejo. Pereira era una idealista contrariada, decepcionada por la frustración de servir a un sistema que sabía imperfecto.

—Señor Weber, ¿la ONG francesa dispone de la cualidad para actuar en nombre de herederos japoneses a quienes no representa explícitamente? Es generalmente en tal escollo donde tropiezan la mayoría de las comunicaciones de este tipo. He visto tantos expedientes sólidos en el fondo hundirse en cuestiones de representación...

Se interrumpió, dándose cuenta de que dejaba traslucir su pesimismo.

Weber consultó sus notas manuscritas —se negaba obstinadamente a pasar a lo digital, afirmando que la escritura a

mano favorecía la reflexión, pero ocultando sobre todo su miedo a la modernidad que le superaba. Sus hojas cubiertas de su pequeña escritura apretada testimoniaban un trabajo preciso.

—Señora Pereira, su pregunta toca el corazón de las dificultades que plantea esta comunicación. Pero la requirente se ha adelantado a la objeción.

Weber marcó una pausa, saboreando ese momento en que iba a revelar la argumentación que había estudiado.

—La ONG *Retour et Restitutions* invoca la «gestión de negocios», prevista en el artículo 1301 del Código Civil francés, que permite actuar útilmente por cuenta de otro sin disponer de un mandato explícito de su parte. Es astuto, debo reconocerlo.

Weber no pudo evitar admirar la fineza del razonamiento.

—Se apoyan en el hecho de que los herederos japoneses estarían en la imposibilidad práctica de actuar ellos mismos contra el Estado francés.

Hojeó sus notas con esa lentitud que exasperaba a sus colegas, pero que le permitía dominar cada detalle.

—La ONG produce un memorial de treinta y siete páginas solo sobre esta cuestión de admisibilidad, con ciento doce referencias jurisprudenciales. Trabajo de profesional, verdaderamente. Citan varios fallos del Tribunal Europeo de Derechos Humanos que reconocen la cualidad para actuar de asociaciones en circunstancias similares.

Los miembros del grupo de trabajo apreciaban el rigor con el cual algunos requirentes preparaban sus comunicaciones. Esto cambiaba de las peticiones chapuceras que recibían con demasiada frecuencia, simple desahogo de frustraciones personales sin fundamento sólido.

Thomas Harrison frunció ligeramente el ceño al oír la explicación. Simbolizaba la tradición anglosajona que privilegia el realismo sobre la elegancia conceptual —una forma de enmascarar su irritación ante las sutilezas continentales que juzgaba bizantinas.

Su traje príncipe de Gales, cortado en un buen sastre de Savile Row, traicionaba la influencia de la City y subrayaba el chic discreto —pero cierto— del establishment universitario británico. Sus obras sobre las diferencias entre common law y derecho de familia romano-germánico hacían autoridad en las universidades anglófonas, pero traicionaban también un desconocimiento de las especificidades del derecho civil que pretendía analizar.

—Un análisis interesante —concedió—, que me parece frágil a la luz de los estándares internacionales habituales. Los franceses tienden a creer que su derecho civil se aplica en todas partes. Es un rasgo recurrente de su mentalidad, esta incapacidad para concebir que otros sistemas puedan ser más eficaces. Ya he visto argumentos similares hundirse ante nuestras instancias, aunque debo reconocer que este presenta una verdadera inventiva. Pero la inventiva no puede reemplazar la solidez conceptual. Permítanme plantear una pregunta que me interpela desde el inicio de su exposición. ¿Cómo puede la organización pretender conocer y defender los intereses verdaderos de herederos japoneses a quienes nunca ha conocido y que nunca le han confiado el menor mandato? Tal presunción de representación me parece... bastante osada. En el sistema de common law, somos mucho más estrictos en estas cuestiones de mandatos y de representación. No se puede pretender actuar por otro sin su consentimiento explícito.

La objeción daba en el blanco y Harrison lo sabía. Porque el derecho internacional puede ser flexible en muchos puntos, pero sigue siendo intransigente en un detalle: las víctimas presuntas deben estar claramente identificadas y representadas. Un detalle que hace a menudo fracasar las más bellas alegaciones de abogados, cuando los derechohabientes se han esfumado a los cuatro rincones del planeta.

Carmen Vásquez anotó la observación en su bloc de notas, apreciando de paso la fineza de la estocada británica.

—Señor Harrison, su objeción merece efectivamente que nos detengamos en ella —intervino con voz mesurada—. Pero deberemos examinar el punto de admisibilidad con la mayor atención durante nuestra evaluación detallada. Sin embargo, observo que plantea esta cuestión antes incluso de haber oído la exposición factual completa. ¿No sería más sabio examinar primero la sustancia de las alegaciones antes de pronunciarnos sobre los aspectos de forma?

El reproche era cortés, pero firme. Vásquez estaba harta de ver los debates derivar hacia reflexiones procedimentales que permitían evitar las cuestiones de fondo incómodas.

—Antes de abordar los aspectos de forma, quizás sería útil que nuestro relator nos exponga las circunstancias reales, observables y objetivas sobre las cuales se apoya la requirente. Señor Weber, tiene la palabra.

El jurista alemán aprobó con un asentimiento de cabeza.

—La argumentación de la requirente se articula de manera notablemente estructurada alrededor de la contestación de tres actos oficiales sucesivos —comenzó buscando los pasajes más significativos—. Cada uno de ellos estaría, según ella, viciado de irregularidades sustanciales que cuestionan la validez de la apropiación francesa.

Weber abrió su expediente en una página marcada con un separador rojo.

—Primer acto contestado. En octubre de 1944, una ordenanza del General de Gaulle coloca la colección Matsukata bajo secuestro como «bienes enemigos». Ahora bien, la requirente contesta esta calificación, aduciendo que Francia nunca declaró formalmente la guerra a Japón. Si este análisis fuera exacto, es todo el edificio francés el que vacilaría desde su origen. La ONG produce en apoyo de sus alegaciones copias de documentos de archivo que parecen auténticos, correspondencias diplomáticas, telegramas cifrados, actas de reuniones gubernamentales...

Rafael Morales, que hasta entonces garabateaba distraídamente en su cuaderno, levantó bruscamente la cabeza. Este antiguo consejero de Asuntos Exteriores chileno había adquirido su reputación en el tratamiento de casos de expolios ligados a las dictaduras militares sudamericanas —un pasado que aún le atormentaba y alimentaba su suspicacia hacia todos los Estados, incluso democráticos. Las comisiones verdad y reconciliación habían sido su terreno de predilección, pero también el teatro de sus mayores decepciones ante la impunidad organizada. Morales había visto demasiadas pruebas desaparecer, demasiados testigos retractarse, demasiados responsables escapar a las persecuciones para confiar aún en los bellos discursos.

—Señor Weber —intervino—, ¿puede una alegación tan grave concerniente al estado de guerra entre dos naciones aliadas ser verificada de manera independiente por nuestros servicios? Porque no podemos contentarnos con los únicos documentos producidos por la requirente, por seductores que parezcan a primera vista. He visto demasiadas pruebas falsas en mi carrera para no ser desconfiado.

Morales sabía de qué hablaba —demasiados documentos falsificados habían cruzado su despacho durante los años Pinochet. En este tipo de contencioso, la autenticación de las pruebas documentales determina a menudo el desenlace final, y había aprendido a desconfiar de las evidencias demasiado bellas.

—Su observación no solo es pertinente, sino indispensable —respondió Weber, aliviado de que se compartiera su prudencia—. Tiene mil veces razón al subrayar que la autenticación independiente constituye un requisito previo indispensable a toda evaluación seria. Me he tomado la libertad de contactar a mi antiguo colega Hoffmann, de los Archivos Federales alemanes, que ha puesto en marcha métodos de expertise documental muy fiables. La verificación podría efectuarse fácilmente ante los Archivos Nacionales franceses, que conservan la integridad de los documentos de la Francia libre y del gobierno provisional.

Bastaría una solicitud oficial de nuestro Consejo, según los canales habituales de cooperación interinstitucional, para obtener confirmación o infirmación definitiva de las alegaciones presentadas.

La sugerencia era hábil, y todo el mundo lo comprendió enseguida. Weber acababa de invertir la carga de la prueba hacia las autoridades francesas mismas.

Si París aceptaba comunicar los documentos solicitados, su contenido permitiría zanjar la cuestión litigiosa. Si las autoridades rechazaban tal comunicación, el rechazo podría interpretarse como una confesión indirecta de la fragilidad de su posición.

Isabella Pereira hizo un gesto con la mano, indicando que deseaba intervenir.

—¿La requirente avanza elementos concernientes a las motivaciones que habrían empujado a Francia a mantener la confusión sobre esta cuestión de declaración de guerra?

—Excelente punto, señora Pereira. La ONG desarrolla un análisis exhaustivo sobre lo que sería una estrategia deliberada.

Weber giró varias páginas, buscando el pasaje apropiado.

—El gobierno de la Francia libre habría voluntariamente mantenido una confusión entre su estatus de movimiento de resistencia y el de Estado soberano. Esta ambigüedad le permitía reivindicar las prerrogativas de un gobierno legítimo evitando al mismo tiempo las restricciones del derecho internacional.

Carmen Vásquez aprobó la propuesta con un asentimiento de cabeza.

—Anotaremos efectivamente la necesidad de verificación documental en nuestras conclusiones preliminares. Pero prosiga su exposición, señor Weber. ¿Cuáles son los otros actos contestados por la requirente?

—Segundo acto cuestionado por la argumentación de la ONG. La aplicación del tratado de San Francisco de 1951. Este tratado

no debería haber concernido los bienes de un país con el cual Francia no estaba formalmente en guerra. La requirente plantea aquí una contradicción fundamental: el tratado no se aplica por definición más que a los «bienes enemigos» en el sentido estricto del derecho internacional público. Ahora bien, si Francia no estaba formalmente en guerra con Japón, como sugiere la primera parte de la argumentación, los bienes japoneses presentes en el territorio francés no pueden ser calificados como tales. Y por lo tanto el tratado de San Francisco se vuelve inaplicable a la situación francesa.

Thomas Harrison se enderezó en su silla, expresando un interés que intentaba disimular.

—Este análisis supone que los redactores del tratado de San Francisco no hayan tomado en cuenta esta posible ambigüedad. ¿No es eso dar poco crédito a la inteligencia de los diplomáticos de la época?

—Es una objeción interesante. Pero la ONG produce extractos de los debates preparatorios del tratado que muestran que la cuestión del estatus exacto de Francia con respecto a Japón nunca fue zanjada.

Weber hojeó sus notas, buscando las referencias precisas.

—Según sus investigaciones, los negociadores americanos habrían deliberadamente evitado plantear esta cuestión para no comprometer la unidad del campo aliado. Una forma de consenso por el silencio, en cierto modo.

Isabella Pereira mostró su curiosidad hacia la argumentación inclinándose hacia sus documentos.

—El análisis me parece turbador por su coherencia interna. Si las premisas factuales son exactas, la contradicción identificada por la requirente parece difícilmente contestable en el plano de la lógica pura. Pero díganos, ¿cuál es el tercer acto incriminado por la argumentación? Porque imagino que la demostración no se

detiene en la contradicción concerniente al tratado de San Francisco.

—No se equivoca, señora Pereira. El tercer y último acto contestado es la ordenanza de 1958 que habría sido tomada en violación de las reglas constitucionales, ratificando definitivamente la apropiación de la colección litigiosa. La ordenanza habría sido adoptada en violación flagrante de la Constitución francesa de 1958, que no permitía el uso de las ordenanzas gubernamentales más que en caso de urgencia, y no para las donaciones internacionales de obras de arte que normalmente incumben a la competencia parlamentaria.

El argumento suscitó murmullos de interés en la asamblea. Más allá de las cuestiones de fondo sobre la legitimidad de la apropiación inicial, el expediente planteaba cuestiones de forma constitucional que tocaban los fundamentos mismos de la organización de los poderes públicos franceses.

Rafael Morales tomó la palabra.

—Si no me equivoco, estaríamos confrontados a una apropiación que sería ilegítima a tres niveles. ¿El acto inicial de 1944 sin base legal, la aplicación abusiva de un tratado internacional en 1951, y una regularización constitucionalmente irregular en 1958?

—Es exactamente eso. La ONG habla de un «montaje en cascada» donde cada acto intenta justificar el precedente, pero donde la fragilidad inicial contamina el conjunto.

Thomas Harrison se expresó con la moderación que caracterizaba habitualmente sus intervenciones, pero que disimulaba mal su excitación ante la perspectiva de ver a Francia puesta en dificultad. Nunca se entusiasmaba en público, prefiriendo destilar sus observaciones con una flemma completamente británica.

—Señor Weber, si su análisis de la argumentación de la requirente es fiel —y no tengo ninguna razón para dudarlo—,

estaríamos confrontados a una violación caracterizada del derecho de propiedad, doblada de una denegación de justicia por parte de las jurisdicciones francesas. ¿La situación merece según usted un examen de nuestra parte? Porque me parece que tocamos ahí los fundamentos mismos del Estado de derecho en una democracia occidental.

La interrogación del representante británico dejaba entrever su satisfacción inconfesada de ver a un rival continental en apuros. Más allá del análisis fino de los argumentos presentados, los expertos debían determinar si la comunicación presentaba suficientes elementos serios para justificar el inicio de un procedimiento contradictorio con el Estado francés.

—Es mi evaluación preliminar —confirmó Weber—. La comunicación plantea cuestiones factuales que superan ampliamente el marco habitual de las peticiones que recibimos.

Weber sentía crecer en él una excitación que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. El caso combinaba todos los elementos que apreciaba. Complejidad jurídica, desafíos históricos, dimensiones internacionales.

—La calidad de la documentación y la gravedad de las vulneraciones alegadas me parecen justificar un examen contradictorio, habiendo la ONG agotado las vías de recurso internas disponibles.

Weber acababa de dar el tono, revelando una determinación que no se le conocía. El asunto Matsukata no era una petición entre otras. Los franceses iban a tener que explicarse.

—Tanto más que la requirente insiste en la ineficacia de los recursos en derecho francés. La ONG invoca dos fallos recientes del Consejo de Estado francés que muestran cómo las jurisdicciones francesas practican la denegación de justicia.

La precisión caía en el momento oportuno. La asamblea comenzaba a sentir el viento girar contra Francia. Rafael Morales,

que no había abierto la boca desde hacía un momento, se enderezó en su silla.

—Señor Weber, ¿podría detallarnos un poco esta famosa denegación de justicia? Esta acusación me parece gravísima tratándose de un país que se presenta como la cuna de los derechos del hombre.

Su voz portaba esa indignación de alguien que había consagrado su vida a luchar contra la impunidad.

Weber adoraba este tipo de momentos en que las pruebas se alineaban como fichas de dominó.

—La requirente nos presenta dos fallos del Consejo de Estado particularmente reveladores. El primero data del 23 de noviembre de 2022, el segundo del 14 de mayo de 2024. En los dos casos —y las circunstancias son estrictamente idénticas al asunto Matsukata— la más alta instancia administrativa francesa declaró las solicitudes inadmisibles. Sin ni siquiera examinar el fondo de los expedientes. En uno de los dos expedientes, el Consejo de Estado, sin justificación explícita, infligió una multa de tres mil euros a los requirentes. Una forma de intimidar a quienes osaran contestar las apropiaciones de Estado.

Los dos fallos de la más alta instancia administrativa francesa tenían ese efecto: volvían la acusación de denegación de justicia diabólicamente concreta. Los miembros del grupo compartían todos una obsesión, el acceso efectivo a la justicia. Era su religión común, su punto de unión democrático.

Isabella Pereira no pudo retener un gesto de indignación.

—¿Tres mil euros de multa por haber osado pedir justicia? ¡Pero es intimidación pura y simple! ¿Cómo puede Francia justificar tales métodos?

Pereira había visto demasiadas víctimas abandonadas por la justicia para no emocionarse por estas prácticas.

—Exactamente, señora Pereira —aprobó Weber—. La ONG cita en su memorial una jurisprudencia constante del Tribunal

Europeo de Derechos Humanos que condena este tipo de prácticas disuasorias.

Carmen Vásquez echó un vistazo discreto a su reloj, dividida entre su deber de eficacia y una curiosidad intelectual que intentaba dominar. ¡Ya hora y media sobre una comunicación mientras doce expedientes les esperaban! El asunto Matsukata monopolizaba decididamente la atención.

Experimentaba una forma de simpatía por esta ONG que había logrado construir un expediente tan sólido. En su larga carrera, rara vez había visto una argumentación tan exhaustiva por parte de una organización de la sociedad civil.

—Dado que el tiempo corre, propongo que votemos ahora mismo sobre la admisibilidad *prima facie* del asunto. Pospondremos el resto de los expedientes a la próxima sesión, tanto peor.

Su propuesta decía mucho sobre la importancia que concedía al caso Matsukata, revelando una pasión que se esforzaba habitualmente en contener. Porque Carmen Vásquez, habitualmente, no trastocaba su orden del día por un solo expediente, incluso bien montado.

—En lo que a mí concierne —añadió barriendo la asamblea con la mirada con su autoridad natural—, la comunicación me parece suficientemente sólida y documentada para justificar una notificación oficial a Francia. Después de todo, es el procedimiento. El Estado francés tendrá sus plazos reglamentarios para presentar su defensa sobre la admisibilidad y sobre el fondo.

Marcó una pausa, pesando sus palabras con cuidado.

—Confieso estar curiosa por ver cómo París va a justificar lo que se parece mucho a un expolio organizado, disfrazado de acto legal. Porque al fin y al cabo, incluso si admitimos que Francia estaba en guerra con Japón —lo que queda por probar—,

¿justifica esto la confiscación de bienes culturales pertenecientes a un coleccionista privado?

Los asentimientos de cabeza que siguieron traicionaban la unanimidad que se había instalado a lo largo de los debates. Incluso Thomas Harrison, sin embargo escéptico al principio, había terminado por plegarse a la evidencia.

—Debo reconocer que era dubitativo al principio —admitió Harrison—. Mis reservas sobre los aspectos de forma, las conocen. Pero hay que constatar que la solicitud plantea cuestiones suficientemente graves para merecer un examen contradictorio.

Isabella Pereira asintió.

—La documentación es de calidad, la argumentación se sostiene. El caso merece que nos detengamos seriamente en él, es innegable. Y además, hay esta dimensión simbólica que supera el caso francés. Si dejamos pasar tales prácticas, enviamos una señal desastrosa a los otros Estados.

Rafael Morales se sumaba a la opinión general.

—La extensión de las violaciones que se nos presentan justifica ampliamente que iniciemos un verdadero procedimiento contradictorio. Tanto más que la actitud del Consejo de Estado francés revela una forma de desprecio por nuestros principios que no puede quedar sin respuesta.

Weber aprobó con un asentimiento de cabeza enérgico.

—Queridos colegas, creo que estamos ante un caso de escuela. Este asunto podría sentar jurisprudencia y establecer nuevos estándares en materia de restitución cultural. Tenemos ahí la ocasión de mostrar que los derechos individuales pueden prevalecer sobre los intereses de Estado, incluso los más poderosos.

La votación siguió su curso habitual. Resultado sin apelación. Unanimidad para la admisibilidad *prima facie* de la comunicación. Cero en contra, cero abstenciones.

Un consenso de esta importancia testimoniaba el impacto persuasivo de Pierre Bertier, pero también el placer inconfesado de cada uno de ver finalmente un expediente que permitía poner en causa a un Estado recalcitrante.

Carmen Vásquez no pudo disimular su satisfacción al proclamar el resultado.

—La comunicación 421/2025 es pues declarada admisible por unanimidad. Señor Weber, le encargo preparar la notificación oficial al Estado francés. Les damos seis meses para presentar sus observaciones, plazo habitual, pero que podrá prorrogarse mediante solicitud motivada. Queridos colegas, les agradezco la calidad de sus intervenciones. Esta sesión quedará en mis recuerdos como una de las más estimulantes intelectualmente.

Por supuesto, se trataba de una admisibilidad de principio, provisional en esta etapa. Nada estaba decidido. Todo podía aún bascular según la pertinencia del contraataque francés que no tardaría en llegar.

Pero por primera vez desde hacía mucho tiempo, los miembros del Consejo pensaban servir para algo útil. Sabían que acababan de franquear una etapa importante en la afirmación del derecho internacional frente a las razones de Estado. Al salir de la sala, Weber no pudo evitar sonreír. El expediente Matsukata iba a ocupar sus próximos meses de forma apasionante. Por una vez, tendría la ocasión de demostrar que la precisión alemana podía servir a la justicia, no solo a la eficacia burocrática.

En algunos días, la información remontó la jerarquía administrativa francesa a la velocidad del rayo.

CAPÍTULO 9: LA REACCIÓN FRANCESA

Ginebra, misión permanente de Francia ante las Naciones Unidas, abril de 2025

La comunicación de la ONG llegó por las vías oficiales a las autoridades francesas en el mes de abril de 2025. En los pasillos de la diplomacia, donde cada documento sigue circuitos establecidos desde tiempos inmemoriales, parecía a primera vista solo un enésimo expediente administrativo. Sin embargo, detrás de la aparente banalidad se ocultaba un cuestionamiento fundamental de prácticas que el Estado consideraba como definitivamente adquiridas.

La misión permanente de Francia ocupaba la villa «Les Ormeaux», un edificio del siglo XIX en el barrio diplomático. Construcción imponente en piedra gris, escudos republicanos bien a la vista, encarnaba una tradición francesa de representación que no deja nada al azar. Los salones de aparato rebosaban de muebles de época y de obras de arte escogidas con cuidado, testimonios de un patrimonio que la República pretendía preservar y exhibir.

Laurent Mérieux dirigía desde hacía seis años el servicio de relaciones con los órganos de protección de los derechos humanos. Antiguo de la ENA, pasado por Sciences Po París, cultivaba una elegancia vestimentaria discreta, pero costosa. Después de un paso por la dirección de asuntos de derecho internacional del Quai d'Orsay, luego por los gabinetes de dos ministros sucesivos, albergaba dudas sobre la solidez de las posiciones francesas que estaba encargado de sostener. Su papel consistía en defender a Francia, cualesquiera que fueran sus estados de ánimo personales, pero los años le habían vuelto experto en la aptitud para distinguir los expedientes defendibles de los que no lo eran.

Aquella mañana, Mérieux recorría la notificación del Alto Comisionado con atención. Estaba curtido en los procedimientos, y esta no parecía, a primera vista, deber sacudir su optimismo. Después de todo, las comunicaciones individuales contra Francia se contaban por decenas cada año, y la mayoría se saldaban con fracasos resonantes para sus autores.

A medida que progresaba en su lectura, su frente se plegaba imperceptiblemente. Mérieux sentía apuntar ese malestar familiar que le invadía cada vez que un expediente amenazaba con revelar los trasfondos de la acción gubernamental.

Descolgó su teléfono y marcó el número de su secretaria.

—Señora Perrin, ¿podría convocar de inmediato al equipo restringido en la sala de conferencias? Y contacte al ministerio, necesitare hablar con la subdirectora Claire Fontaine antes del fin de la mañana.

—Muy bien, señor consejero. ¿Debo clasificar la reunión como urgencia absoluta?

—Digamos... urgencia normal, pero con prioridad sobre todos los demás expedientes. Y avise a nuestros colegas de que corremos el riesgo de terminar tarde.

Habiendo colgado, observó un momento la lluvia que golpeaba los cristales. En algunos minutos, iba a tener que anunciar a su equipo que una nueva tormenta se perfilaba en el horizonte. Y esta vez, a diferencia de otros expedientes que había gestionado, no estaba seguro de tener todos los triunfos en la mano.

La sala de conferencias se llenaba. Solo los colaboradores más experimentados habían sido llamados para la primera evaluación. La pieza misma reflejaba la búsqueda de lujo: parquet de roble macizo, mesa de caoba, sillones de cuero burdeos. Las paredes estaban ornadas con reproducciones de obras maestras conservadas en los museos nacionales —ironía del destino, algunas de estas obras formaban quizás parte de aquellas cuya legitimidad se encontraba contestada.

Élise Laignel fue la primera en llegar, su expediente bajo el brazo. Diplomada de la Sorbona y del King's College London, navegaba con igual soltura entre los sistemas continentales y anglosajones. Después de un brillante inicio en un bufete parisino, había sorprendido a sus antiguos asociados al unirse al Estado. Una decisión motivada por un fervor republicano, ciertamente, pero también por ese gusto del poder que ofrecía la alta función pública. Formada en el culto de la excelencia y del éxito personal, aspiraba no obstante a servir al interés general. Sus años de experiencia le habían enseñado que ambos no coincidían siempre. Nicolas Blanchard la siguió de cerca. Agregado cultural desde hacía cuatro años, aportaba a las discusiones un conocimiento práctico de los desafíos museológicos que faltaba a menudo a los hombres de derecho. Blanchard era el tipo mismo del funcionario concienzudo, movido por un amor al arte que le hacía sentirse incómodo ante los aspectos más sórdidos de la diplomacia cultural. Había escogido este oficio por pasión de las obras y de los intercambios artísticos, descubriendo poco a poco que la cultura servía también de instrumento de poder.

El último en entrar fue Jean-Marc Roussel, especialista en cuestiones asiáticas en el seno de la misión. Sinólogo de formación, había pasado diez años en puesto en Tokio en los años 1990 y conocía íntimamente las sutilezas de las relaciones franco-japonesas. Su presencia no era anodina. Mérieux sospechaba que el expediente podría tener ramificaciones más allá del contencioso puramente jurídico. Roussel tenía esta particularidad de los diplomáticos de terreno, discernía los desafíos culturales y humanos detrás de los expedientes más abstrusos. Sus años japoneses le habían marcado; guardaba un afecto real por ese país y sus habitantes, lo que le volvía sensible a las cuestiones de honor y de imagen tan importantes en la cultura nipona.

—Acabamos de recibir la notificación de una nueva comunicación depositada contra Francia ante el Consejo de

Derechos Humanos. El asunto Matsukata, del cual habíamos tenido conocimiento estas últimas semanas, toma una dimensión oficial.

El tono era voluntariamente neutro, como si la notificación no constituyera más que una formalidad administrativa más.

—Antes de entrar en los detalles —prosiguió Mérieux—, me gustaría que cada uno de ustedes me diera su primera impresión. Señor Roussel, usted que conoce el contexto franco-japonés, ¿qué le inspira esto?

—Señor consejero, debo decir que el momento me interpela. Japón atraviesa actualmente una fase de renovación nacionalista. Su gobierno ha hecho de la recuperación del patrimonio cultural japonés disperso en el mundo una de sus prioridades. Ha habido precedentes recientes. Las negociaciones con el British Museum para los grabados de Hokusai, las discusiones con los americanos sobre los objetos de arte incautados después de 1945...

Roussel hablaba con reserva. Sabía que detrás del barniz de las relaciones bilaterales corteses se ocultaban rencores tenaces.

—¿Piensa que podría haber una dimensión política detrás de la comunicación? —le interrumpió Mérieux.

—Es muy posible. La ONG que nos ataca se presenta como francesa, pero nada dice que no actúe en coordinación con intereses japoneses. En mi carrera, he visto a menudo organizaciones aparentemente independientes servir de pantalla a visiones estatales más amplias.

Élise Laignel levantó la mano. Su temperamento la llevaba frecuentemente a privilegiar el análisis objetivo sobre las especulaciones geopolíticas.

—¿Puedo permitirme una observación? Incluso si la comunicación estuviera teledirigida por Tokio —lo que queda por probar—, esto no cambia nada a la solidez de los argumentos. He pasado el fin de semana desgranando el expediente, y debo reconocer que está muy bien documentado.

—Desarrolle, se lo ruego —pidió Mérieux.

—Han tenido manifiestamente acceso a archivos que pensábamos confidenciales. Correspondencias internas de 1944, informes de expertise de la época, e incluso... agárrense bien... telegramas de 1951 que nosotros mismos nunca hemos depositado en los archivos públicos.

Un silencio pesado se instaló en la sala. Laignel sentía la inquietud que la asaltaba cada vez que descubría un expediente notablemente preparado. Sabía respetar a los adversarios competentes, incluso cuando contrariaban sus intereses.

Nicolas Blanchard fue el primero en romper el silencio.

—¿Cómo es posible? Estos documentos se supone que están clasificados.

—Es la pregunta que me hago —respondió Élise Laignel—. O tenemos una filtración en nuestros servicios —lo que sería extremadamente grave— o estos documentos han sido obtenidos por otras vías. Archivos familiares, fondos privados, quizás incluso archivos extranjeros...

Mérieux tomó notas rápidamente. La hipótesis de la filtración interna le preocupaba. En un entorno donde la confianza era la base de todo trabajo en equipo, la sospecha podía envenenar duraderamente las relaciones.

—Habrá que ahondar en la cuestión. Señora Laignel, mientras tanto, ¿puede presentarnos la sustancia de sus argumentos?

—Con mucho gusto. —Explicó de manera detallada de qué se trataba.

Jean-Marc Roussel medía por instinto las implicaciones de un ataque tan metódico.

—No se han andado con medias tintas. Si sus argumentos están fundados, corremos el riesgo de tener un problema mayor entre manos.

—Es lo que me preocupa —aprobó Mérieux—. Señor Blanchard, desde el punto de vista museológico, ¿cuáles son los desafíos?

Nicolas Blanchard abrió su propio expediente.

—Los desafíos son considerables. Se trata de piezas emblemáticas de nuestras colecciones. Su desaparición crearía vacíos flagrantes en nuestros recorridos de exposición. Y simbólicamente, sería un verdadero desastre. Estas obras figuran en nuestros folletos turísticos, nuestras postales, nuestros catálogos internacionales...

Mérieux se masajeó las sienes. Sentía apuntar una de esas migrañas que le asaltaban en los momentos de tensión.

—Sin contar las implicaciones para los otros museos occidentales. Si cedemos, esto creará un precedente que nuestros colegas británicos, alemanes, americanos nunca nos perdonarán.

—Justamente —intervino Jean-Marc Roussel—, he tenido ecos informales de mis contactos en Londres y Berlín. Siguen el expediente muy de cerca. El British Museum vive un calvario con los mármoles del Partenón y los bronce de Benín. Si nos quebramos sobre Matsukata, temen una propagación en cascada.

Roussel expresaba ahí una preocupación que le atormentaba personalmente. Habiendo consagrado su carrera a los intercambios culturales internacionales, veía perfilarse un mundo donde la desconfianza reemplazaría la cooperación.

—¿Qué sugieren? —preguntó Mérieux.

—Debemos evitar parecer ceder a la presión. Pero al mismo tiempo, no podemos permitirnos una derrota. Hay que encontrar una tercera vía.

Élise Laignel levantó una ceja escéptica.

—¿Cuál? Nuestras opciones son limitadas. O nos defendemos pie a pie ante el Consejo, o negociamos con antelación un acuerdo transaccional. Pero me cuesta ver cómo podríamos

negociar sin reconocer implícitamente la validez de sus reivindicaciones.

—Quizás hay otra salida —sugirió Nicolas Blanchard—. Podríamos proponer una asociación cultural con Japón. Una forma de honrar el espíritu de sus reivindicaciones sin ceder sobre la propiedad.

Blanchard se aferraba a esta idea y se negaba a ver derrumbarse sus ideales de cooperación cultural internacional.

Mérieux anotó la idea.

—Interesante. Pero esto no resolvería el problema de fondo. Si sus argumentos son sólidos, el Consejo de Derechos Humanos no se contentará con medias tintas.

—De ahí la importancia de un análisis profundo —insistió Élise Laignel—. Debemos movilizar a nuestros mejores especialistas para descuartizar punto por punto sus pretensiones. Y sobre todo, debemos descubrir cómo han tenido acceso a estos documentos confidenciales.

Jean-Marc Roussel aprobó.

—Y debemos también preparar el terreno con antelación. Sugiero tomar contacto discretamente con la embajada de Japón en París. Si hay una dimensión política detrás del asunto, mejor tratarla por los canales oficiales.

Mérieux consultó su reloj. Experimentaba la necesidad de retomar el control de la situación mediante la acción.

—Muy bien. Así es como vamos a proceder. Señora Laignel, la encargo de coordinar nuestra respuesta con los servicios del ministerio. Quiero un análisis exhaustivo en quince días.

—Señor Blanchard, tome contacto con los responsables del Louvre y de Orsay. Necesitamos una evaluación museológica completa y de todos los elementos disponibles sobre estas adquisiciones.

—Señor Roussel, sondee discretamente a nuestros socios europeos y nuestros contactos japoneses. Quiero saber si han tenido conocimiento del asunto y cuál es su posición.

Se levantó, significando el fin de la reunión.

—Nos volvemos a encontrar mañana a la misma hora para un primer punto de situación. Y lo digo claramente: el asunto es desde ahora nuestra prioridad absoluta. Todo lo demás pasa a segundo plano.

La mañana siguiente, Élise Laignel estaba en su despacho desde las siete horas. Había pasado la noche desgranando la jurisprudencia internacional en materia de restitución cultural, y sus conclusiones no tenían nada de tranquilizadoras. Sobre su mesa se apilaban los fallos del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, las opiniones consultivas de la Corte Internacional de Justicia, y una impresionante colección de decisiones de tribunales arbitrales internacionales. El conjunto componía un cuadro poco halagüeño para las tesis francesas tradicionales.

El teléfono de Laignel sonó. Era Claire Fontaine, la subdirectora del ministerio.

—¿Élise? He recibido su nota esta mañana. ¿Puede resumirme la situación en algunas palabras?

—Buenos días, Claire. En resumen, tenemos un gran problema. La ONG que nos ataca tiene argumentos mucho más sólidos de lo que estimábamos inicialmente.

—¿Hasta ese punto?

—¡Ay! Han identificado puntos débiles que nadie había relevado. Y sobre todo, han puesto la mano sobre documentos que pensábamos al abrigo de las miradas indiscretas.

Fontaine acusaba el golpe con la resignación de quien ya había vivido otras crisis. Antigua de HEC, su experiencia era que los problemas más graves eran a menudo los que se descubrían más tarde.

—Tenemos que vernos rápidamente. ¿Puede estar en París esta tarde?

—Por supuesto. ¿Debo preparar algo?

—Traiga todo lo que tenga. El ministro se interesa personalmente por el expediente desde esta mañana. Y créame, no es buena señal.

Élise Laignel colgó, perpleja. Que el ministro se interesara tan rápido por el expediente significaba o que había tenido ecos por otros canales, o que el Elíseo seguía el expediente. En los dos casos, la presión iba a subir un grado. Conocía suficientemente los mecanismos del Estado para saber que la atención ministerial transformaba los expedientes más anodinos en desafíos mayores. Su ordenador sonó. Un mensaje de Nicolas Blanchard. «Élise, he tenido a Claude Vatrín, el conservador jefe de Orsay, al teléfono esta mañana. Acepta recibirnos mañana, pero ha parecido muy avergonzado cuando evoqué el asunto Matsukata. Incluso ha hablado de "expediente sensible". Siento que hay cosas que no nos han dicho. NB».

Respondió inmediatamente: «Subo a París esta tarde para ver a Claire Fontaine. ¿Puede organizar la reunión con Vatrín mañana por la mañana? E intente saber si hay otras personas que podrían iluminarnos sobre las condiciones de adquisición. ÉL».

En el Louvre, una conversación telefónica tenía lugar en el despacho de Francesca Bonini, conservadora jefa del departamento de Artes de Asia.

—¿Claude? Soy Francesca. Acabo de recibir una llamada de la misión permanente en Ginebra. Quieren reunirse con nosotros sobre las obras Matsukata.

—Ah —hizo Claude Vatrín al otro lado de la línea—. Esperaba esa llamada desde que leí el artículo en *Le Monde* la semana pasada. ¿Te acuerdas de la adquisición de 1958?

—Vagamente. Era antes de nuestra época. Pero consulté nuestros archivos anoche después de leer el artículo. Hay elementos... digamos, turbadores.

Bonini percibía ese malestar que la invadía cada vez que descubría los desvaríos de la institución que servía. Hija de universitarios, educada en el culto de la verdad y de la probidad, soportaba mal los acomodados con los hechos.

—¿Del tipo?

—Cartas de protesta de coleccionistas privados franceses que afirmaban tener derechos sobre varias piezas. Expertises contestadas. Y sobre todo, un informe interno de 1959 que evoca «irregularidades» en la incorporación de estas obras al patrimonio nacional.

Claude Vatrín suspiró.

—Esperaba que pudiéramos silenciar ciertos lados de este asunto. Pero si una ONG ha montado un expediente serio, no tendremos elección.

—La pregunta es: ¿hasta dónde estamos dispuestos a ir en la transparencia? Estas obras representan piezas maestras de nuestras colecciones. Su partida crearía vacíos considerables.

—Lo sé. Pero no podemos mentir a las autoridades de tutela. Si somos interrogados, deberemos decir la verdad.

—¿Toda la verdad?

Vatrín medía las implicaciones de su respuesta.

—Francesca, somos conservadores, no políticos. Nuestro papel es preservar las obras y presentarlas al público, no encubrir los errores del pasado. Si estas adquisiciones están viciadas de irregularidades, más vale que salga ahora que dentro de diez años ante un tribunal internacional.

—Tiene razón. Pero vamos a hacer descontentos.

—Probablemente. Pero nuestra conciencia estará a salvo.

La misma tarde, Élise Laignel tomaba el TGV para París. Durante el trayecto, relejó una última vez los argumentos más problemáticos del expediente de la ONG.

El ministerio de Europa y de Asuntos Exteriores estaba en plena efervescencia cuando llegó. Los pasillos murmuraban de conversaciones a media voz, y varios colaboradores que cruzó evitaron su mirada. El asunto Matsukata era objeto de numerosas especulaciones. Laignel reconocía los signos precursores de las crisis administrativas. Esa electricidad particular que recorre los pasillos cuando un expediente sensible comienza a hacer olas.

Claire Fontaine la esperaba, acompañada de Olivier Lecomte, el jefe del servicio de asuntos culturales multilaterales.

—Élise, gracias por venir tan rápido. Olivier ha pasado el día desgranando nuestros archivos internos y sus conclusiones son... preocupantes.

Olivier Lecomte tenía aspecto exhausto. Llevaba sobre sus hombros el peso de revelaciones que habría preferido no hacer nunca.

—He consultado todos los expedientes disponibles, incluidos los que nunca han sido depositados en los Archivos Nacionales. Y debo decirles que la situación es aún más terrible de lo que pensábamos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Élise Laignel instalándose.

—Para empezar, existen documentos que nunca deberían haber salido de nuestras cajas fuertes y que se encuentran entre las manos de la ONG. Telegramas, correspondencias con los servicios japoneses...

Claire Fontaine le interrumpió.

—¿Tiene una idea de la forma en que han podido obtenerlos?

—Varias hipótesis. O alguien del interior los ha transmitido —lo que sería dramático—, o provienen de archivos privados.

—¿Y el fondo? ¿Qué dicen estos documentos?

—Revelan que las autoridades francesas de la época tenían conciencia del carácter discutible de la apropiación. Hay un telegrama de nuestro embajador en Tokio, en 1951, que escribe: «Los herederos Matsukata contestan formalmente nuestro derecho de propiedad sobre la colección, y sus argumentos no están desprovistos de fundamento».

Élise Laignel sintió su estómago anudarse. La información confirmaba la debilidad de la posición francesa.

—¿Y qué respondió París?

—El Quai d'Orsay dio instrucción de «mantener firmemente nuestras posiciones sin entrar en discusiones de detalle que no podrían más que complicar la situación».

—Lo que significa que no podremos alegar la buena fe. Si estos documentos no son dudosos, demuestran que Francia sabía que estaba en su falta.

—No es todo —continuó Olivier Lecomte—. He encontrado un memorándum interno de 1958, redactado por nuestros servicios, que recomendaba «regularizar lo más rápido la situación de estas obras por vía legislativa para evitar eventuales contestaciones ulteriores». La ordenanza de 1958, que era de naturaleza reglamentaria, no era pues un acto administrativo de rutina, sino una tentativa de cubrir precipitadamente una apropiación dudosa. Élise Laignel cerró los ojos algunos segundos. Medía el derrumbe de la defensa que debería construir.

—Vamos a tener grandes dificultades para justificar nuestras posiciones.

—Es un eufemismo —aprobó Claire Fontaine—. La pregunta es: ¿qué hacemos?

—Tenemos varias opciones —reflexionó Élise Laignel en voz alta—. Primera posibilidad, nos defendemos con encarnizamiento esperando que el Consejo no dé curso a la comunicación. Pero vista la documentación de que dispone la ONG, es poco probable.

—¿Segunda posibilidad? —preguntó Olivier Lecomte.

—Negociamos con antelación un acuerdo transaccional. Reconocemos implícitamente los derechos de los herederos, pero encontramos una solución que permita salvar las apariencias. Préstamos de muy larga duración, exposiciones itinerantes, asociación cultural...

—¿Y la tercera? —preguntó Claire Fontaine.

—La más radical, reconocemos nuestros errores y restituimos las obras. Esto nos haría daño en el momento, pero podría ahorrarnos una condena internacional que sería aún más dañosa. Fontaine sacudió la cabeza con firmeza. Su instinto le soplabá que ciertas opciones simplemente no eran concebibles:

—Tengo que referirlo al ministro. La decisión supera ampliamente nuestro nivel de competencia. Élise, ¿puede preparar una nota de síntesis para mañana por la mañana? Todos los elementos, sin ocultar nada.

—Por supuesto. Pero debo prevenirla. Si escogemos la confrontación, corremos el riesgo de perder. Y si perdemos, las consecuencias superarán ampliamente el caso francés.

Olivier Lecomte aprobó.

—Élise tiene razón.

—De ahí la importancia de preparar bien nuestra estrategia —concluyó Claire Fontaine—. Tenemos que ser irreprochables en todos los planos: legal, diplomático y comunicacional.

Al día siguiente, Claude Vatrín acogía a Nicolas Blanchard y Élise Laignel en el museo de Orsay. Estaba nervioso, sus manos traicionando una agitación que se esforzaba en enmascarar. Vatrín había consagrado su vida a servir al arte, descubriendo tardíamente que esta noble misión se acomodaba de ángulos muertos que prefería ignorar.

—Señor Vatrín —comenzó Nicolas Blanchard—, necesitamos su expertise sobre las circunstancias exactas de adquisición de las obras Matsukata conservadas en sus colecciones.

—Escuchen, voy a ser franco con ustedes. Este asunto me incomoda desde hace años. Cuando tomé mis funciones en 2018, quise hacer el punto sobre todas nuestras adquisiciones de posguerra, y el caso Matsukata me apareció directamente como problemático.

—¿Problemático en qué sentido?

—Primero, las condiciones de adquisición mismas. En 1944, recuperamos estas obras en los sótanos del Museo Rodin donde estaban almacenadas desde el inicio de la guerra.

—¿Quiere decir que hicimos autoservicio? —se asombró Nicolas Blanchard.

—Es un poco caricatural, pero no enteramente falso. Los servicios de los Dominios establecieron listas, pero sin expertise seria ni verificación de las procedencias. Hay que decir que la época no era de minuciosidad administrativa.

Claude Vatrín se dirigió hacia su caja fuerte y sacó un expediente polvoriento.

—Y luego hubo contestaciones desde 1946. He encontrado cartas de marchantes de arte parisinos que afirmaban tener derechos sobre ciertas piezas. Pretendían haberlas comprado a Matsukata antes de la guerra, con contratos en debida forma.

—¿Qué pasó? —preguntó Élise Laignel.

—Las autoridades de la época barrieron estas reivindicaciones de un revés de mano. Oficialmente, todos los bienes de Matsukata eran considerados como «bienes enemigos» y por tanto embargables.

Abrió el expediente y sacó varias cartas amarillentas.

—Miren, miren esta correspondencia de 1947 entre nuestro director de la época y el ministerio de Cultura. Nuestro director

escribía: «Estas adquisiciones podrían ser objeto de contestaciones ulteriores si herederos se manifestaran con pruebas sólidas».

Nicolas Blanchard palideció. Descubría que la institución que servía con devoción reposaba sobre fundaciones menos nobles de lo que había imaginado.

—¿Y el ministerio respondió qué?

—Que había que «regularizar la situación lo más rápido para evitar todo problema».

Élise Laignel medía la importancia de estas revelaciones para la continuación del procedimiento.

—Señor Vatrín, ¿aceptaría testimoniar sobre estos elementos si nos viéramos obligados a defendernos ante una instancia internacional?

Dudó, pesando sus palabras con cuidado.

—Escuchen, mi papel no es defender cueste lo que cueste las posiciones del Estado francés. Es preservar la integridad científica y deontológica del servicio que dirijo. Si me plantean la pregunta oficialmente, responderé según mi conciencia.

—¿Lo que significa?

—Lo que significa que diré la verdad sobre las condiciones de adquisición de estas obras, incluso si esta verdad no sirve a los intereses de Francia. No puedo mentir sobre hechos comprobados.

Nicolas Blanchard y Élise Laignel intercambiaron una mirada entendida. Acababan de darse cuenta de que no podrían contar con la solidaridad incondicional de los conservadores. La integridad de Vatrín complicaba singularmente su tarea.

—Hay otra cosa —retomó Vatrín después de haber dudado—. Francesca Bonini, en el Louvre, descubrió ayer elementos aún más embarazosos en sus propios archivos.

—¿Qué tipo de elementos? —preguntó Élise Laignel.

—Expertises de 1959 que cuestionaban la autenticidad de ciertas atribuciones. Apparently, en la precipitación de 1944, nuestros predecesores atribuyeron a maestros célebres obras que eran en realidad copias u obras de taller.

Nicolas Blanchard se enderezó bruscamente. Experimentaba una forma de vértigo ante el derrumbe progresivo de sus certezas.

—¿Quiere decir que nos hemos batido para guardar falsificaciones?

—No falsificaciones, sino obras cuyo valor artístico y mercantil estaba ampliamente sobrevalorado. Hay notablemente un pretendido «Van Gogh» que es probablemente una obra de la Escuela de Pont-Aven, y un «Cézanne» que podría ser un pastiche de principios del siglo XX.

Élise Laignel anotaba furiosamente, midiendo las implicaciones de estas revelaciones.

—¿Estas expertises han sido transmitidas a las autoridades de tutela en la época?

—Es ahí donde se vuelve sinceramente embarazoso. Según lo que hemos reconstituido, estos informes fueron enterrados para evitar el escándalo. ¡Imaginen la polémica si la opinión pública hubiera sabido que el Estado francés se aferraba a obras de origen dudoso!

—¿Y ahora? ¿Estos informes existen todavía?

—Francesca los ha encontrado en los archivos del departamento. Nunca fueron depositados en los Archivos Nacionales.

Nicolas Blanchard se tomó la cabeza entre las manos.

—No solo corremos el riesgo de perder en el plano legal, sino que además vamos a pasar por imbéciles que se han aferrado durante años a obras de segunda zona.

—Sospecho que sea el caso para ciertas obras —confirmó Claude Vatin—. Afortunadamente, los tres Monet, la «Habitación en Arlés» de Van Gogh y los dos Renoir son

auténticos, eso al menos es seguro. Pero esto no cambia nada al problema de fondo.

Élise Laignel guardó su cuaderno.

—Señor Vatrín, ¿aceptaría transmitirnos copia de todos estos documentos? Los necesitamos para preparar nuestra defensa.

—Por supuesto. Pero les prevengo. Si el asunto estalla públicamente, no podremos hacer la economía de una reevaluación completa de nuestras colecciones de posguerra. Y esto corre el riesgo de revelar muchos otros problemas.

De vuelta a Ginebra la misma tarde, Élise Laignel convocó inmediatamente una reunión de urgencia. Laurent Mérieux, Nicolas Blanchard y Jean-Marc Roussel se encontraron en la sala de conferencias, pero la atmósfera era muy diferente de la de la víspera. Las revelaciones parisinas habían echado un jarro de agua fría sobre todo el equipo.

—Pienso que debemos hacer el punto sobre la situación tal como se presenta después de las consultas de estas últimas cuarenta y ocho horas. Señora Laignel, ¿quiere resumirnos dónde estamos?

—La situación es aún peor de lo que temíamos inicialmente. No solo la ONG dispone de documentos comprometedores que pensábamos confidenciales, sino que nuestros propios conservadores no están dispuestos a apoyarnos incondicionalmente. Y como si esto no bastara, han descubierto elementos que debilitan considerablemente nuestra posición.

Abrió su expediente con la precisión de la jurista habituada a los expedientes difíciles.

—Primero, las autoridades francesas de la época sabían que la apropiación era dudosa. Los archivos lo prueban negro sobre blanco. Luego, hubo contestaciones desde 1946 que deliberadamente ignoramos. Por último, obras que defendemos con uñas y dientes ni siquiera son auténticas.

Jean-Marc Roussel no pudo evitar intervenir. Aprehendía las implicaciones de estas revelaciones.

—¡Dios mío! ¿Cómo han podido nuestros predecesores crear tal embrollo?

—Hay que situar las cosas en su contexto —temperó Mérieux—. Salíamos de la guerra, la administración estaba desorganizada, las prioridades estaban en otra parte. Pero las decisiones tomadas en la época nos plantean hoy problemas insolubles.

Mérieux se levantó, buscando en el movimiento una salida a su frustración.

—Tenemos que proyectarnos. Más allá del caso específico de las obras Matsukata, es todo nuestro modelo de diplomacia cultural el que está en cuestión. ¿Estamos dispuestos a cuestionarlo?

—Justamente —intervino Élise Laignel—, he recibido esta mañana una llamada de nuestro homólogo británico. El Foreign Office sigue el asunto. Temen que un precedente desfavorable no relance otras reivindicaciones.

—¿Qué sugieren?

—Una coordinación europea de nuestra defensa. La idea sería presentar un frente unido ante el Consejo de Derechos Humanos, con argumentos armonizados entre todos los países concernidos.

—Esto podría ser eficaz. Pero esto corre el riesgo de parecer un complot de las antiguas potencias coloniales contra los países desposeídos de su patrimonio.

—Es el riesgo —aprobó Mérieux—. Debemos encontrar un equilibrio entre solidaridad occidental y respeto de las reivindicaciones fundadas.

—Quizás tengo una idea —sugirió Nicolas Blanchard—. ¿Por qué no proponer la creación de un fondo internacional de restitución cultural? Los países occidentales contribuirían financieramente a un mecanismo que permitiría indemnizar a los países expoliados guardando al mismo tiempo las obras en sus colecciones actuales.

Élise Laignel sacudió la cabeza. Su realismo la llevaba a rechazar las soluciones que evitaban el fondo del problema.

—Es interesante en teoría, pero esto no resolvería el problema de fondo. Si nuestros adversarios tienen razón sobre el derecho, no se contentarán con una indemnización financiera.

—Sobre todo que en el caso japonés, el dinero no es el problema —añadió Jean-Marc Roussel—. Japón podría fácilmente recomprar estas obras a los precios del mercado si se tratara de una transacción comercial. No, hay claramente una dimensión simbólica y política.

Roussel expresaba ahí una verdad que sus colegas se esforzaban por aceptar.

Mérieux consultó su reloj. Experimentaba la necesidad de retomar el control mediante la planificación.

—Una decisión se nos impone. No tenemos tiempo de detenernos en soluciones hipotéticas. Esto es lo que propongo: preparamos simultáneamente las tres opciones. Defensa máxima, negociación transaccional, y reconocimiento de error con restitución. En paralelo, voy a sondear las reacciones en París y en nuestros socios europeos.

—¿Y quién toma la decisión final? —preguntó Nicolas Blanchard.

—No seremos nosotros, en todo caso. Un caso de esta importancia remonta necesariamente al nivel ministerial, incluso al Elíseo. Nuestro papel es preparar los elementos y presentar las opciones de forma objetiva.

Élise Laignel cerró sus expedientes.

—En ese caso, al trabajo. Tengo quince días para montar una defensa irrefutable, incluso si no creo realmente en ella.

—Y yo, voy a preparar los elementos de una negociación transaccional —añadió Nicolas Blanchard—. Nunca se sabe, la ONG quizás será sensible a nuestros argumentos.

—En cuanto a mí —concluyó Jean-Marc Roussel—, voy a sondear discretamente el estado de ánimo japonés. Si podemos resolver el litigio por los canales tradicionales, será mucho mejor que un conflicto de salida azarosa.

Mientras el equipo ginebrino preparaba su defensa, otros actores se activaban. En París, Claire Fontaine multiplicaba las consultas discretas con las más altas autoridades del Estado, buscando una línea directriz en un expediente que escapaba a todo control.

El despacho del consejero del Elíseo estaba sumido en la penumbra cuando ella fue recibida, un miércoles por la tarde de mediados de abril. Arnaud Prigent, antiguo embajador convertido en uno de los cercanos colaboradores del Presidente, la acogió con una gravedad de circunstancia.

—Claire, le agradezco haber venido tan tarde. El asunto Matsukata comienza a hacer olas hasta aquí. El Presidente se interesa personalmente en él desde que recibió una llamada del Primer Ministro japonés ayer por la mañana.

Claire Fontaine sintió su pulso acelerarse. Medía la dimensión que tomaba el expediente.

—¿El Primer Ministro ha contactado directamente al Elíseo?

—Oficialmente, era una llamada de cortesía para preparar la cumbre del G7 de junio. Pero el Primer Ministro deslizó una alusión a «ciertos contenciosos que merecerían ser resueltos en un espíritu de cooperación mutua». Mensaje recibido cinco sobre cinco.

—Es decir, ¿Tokio hace chantaje?

—Es más sutil que eso. Nos hacen admitir que una solución negociada sería preferible a un enfrentamiento público. Y probablemente tienen razón.

Arnaud Prigent abrió un expediente marcado «Confidencial Defensa». Su mirada expresaba el cansancio de alguien que debe gestionar las consecuencias de errores cometidos mucho antes de su llegada.

—He hecho hacer una evaluación por nuestros servicios de inteligencia sobre la ONG «Retour et Restitutions». Las conclusiones son... esclarecedoras.

—¿En qué sentido?

—La organización es francesa y sus dirigentes son honorables. Pero ha recibido financiamientos importantes de una fundación cultural japonesa ligada al gobierno de Tokio. No ilegal, pero revelador.

Claire Fontaine anotó mentalmente la información. Adivinaba que el asunto superaba el marco de una simple reivindicación asociativa.

—Esto confirma lo que sospechábamos. Hay verosímilmente una dimensión política detrás de todo esto.

—Esto cambia completamente las cosas. No estamos ante una reivindicación de ONG, sino quizás ante una maniobra japonesa. Lo que por otro lado puede ser una oportunidad.

—¿Cómo es eso?

—Si Tokio quiere negociar, podemos ampliar las discusiones más allá del solo caso Matsukata. Relaciones comerciales, cooperación tecnológica, proyectos culturales... Seguramente hay forma de que esta crisis sea una ocasión de acercamiento.

Prigent expresaba ahí esa visión eliseana que consiste en hacer de cada dificultad un instrumento de grandeza nacional.

—Esto supone que estemos dispuestos a hacer concesiones sustanciales sobre el expediente cultural.

—Es la pregunta que el Presidente me pidió estudiar. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a ir para preservar nuestras relaciones con Japón? ¿Y cuáles serían las consecuencias sobre nuestras relaciones con nuestros otros socios?

—Nuestros aliados europeos no nos perdonarían aflojar sin consultarles.

—De ahí la importancia de la coordinación que prepara con Londres y Berlín. Si nos movemos, tiene que ser juntos. Claire, voy a ser directo con usted. El Presidente no es favorable a una restitución de las obras. Pero nuestras colecciones nacionales no valen seguramente una crisis con Japón. Es ahí donde su papel se vuelve crucial. Hay que encontrar una formulación que permita satisfacer a los japoneses sin crear un precedente peligroso. Préstamos de muy larga duración, cooperación museológica reforzada, reconocimiento simbólico de los derechos... Debe haber una solución creativa.

Fontaine medía la complejidad de su misión. Debía conciliar exigencias contradictorias con los medios limitados de que disponía.

—Necesito saber cuáles son los límites que nos fijamos. ¿Estamos dispuestos a considerar una restitución si ninguna otra solución es encontrada?

—No, una restitución está totalmente excluida.

La afirmación de Prigent chasqueaba como un cuchillo, revelando las líneas rojas que el Elíseo no franquearía bajo ningún pretexto.

Mientras tanto, Jean-Marc Roussel llevaba sus propias consultas discretas. Antiguo diplomático en puesto en Tokio, había guardado numerosos contactos en los medios gubernamentales y culturales japoneses. Su agenda iba a revelarse preciosa para determinar los verdaderos desafíos del asunto. Había dado cita a Kyotaka Yamagata, agregado cultural en la embajada de Japón en París, en un pequeño restaurante japonés discreto del 7º distrito. Se habían conocido diez años antes con ocasión de una exposición sobre el arte japonés en el Petit Palais, y habían guardado relaciones amistosas. Esta relación personal permitía intercambios más francos de lo que autorizaban habitualmente los canales oficiales.

—Kyotaka, gracias por haber aceptado verme en circunstancias tan... particulares.

—Jean-Marc, sabe bien que nuestras relaciones personales superan las contingencias. Pero el momento es delicado.

Pidieron en japonés —una costumbre que Jean-Marc había guardado de sus años tokyoítas— luego abordaron prudentemente el tema que les ocupaba. Roussel apreciaba esos momentos en que la diplomacia reencontraba su dimensión humana.

—Este asunto Matsukata... Está al corriente, por supuesto.

—Difícil ignorarlo. Hace los grandes titulares de la prensa japonesa desde hace una semana. Y no bien para las relaciones franco-japonesas, debo decir.

Jean-Marc Roussel sorbió su té, saboreando este ritual que le ayudaba a reencontrar el estado de ánimo necesario para las negociaciones arduas.

—¿Cuál es la posición oficial de su gobierno?

—¿Oficialmente? No tenemos ninguna posición. Se trata de una iniciativa privada de una ONG francesa, y no tenemos que inmiscuirnos.

—¿Y oficiosamente?

Kyotaka Yamagata sonrió.

—Oficiosamente, todo el mundo sabe que la colección representa un símbolo importante para nuestro país. Matsukata era uno de nuestros grandes mecenas culturales, y ver sus obras dispersas en museos extranjeros siempre ha sido doloroso para la opinión pública japonesa.

—¿Hasta el punto de crear un incidente?

—Nadie desea un incidente. Pero la opinión pública japonesa es muy sensible a las cuestiones de patrimonio cultural. Si el asunto debiera dar un giro malo, esto podría afectar nuestras relaciones.

Jean-Marc Roussel posó sus palillos. Sentía que había que ir al fondo de las cosas.

—Hablemos francamente. ¿Qué haría falta para obtener un arreglo amistoso?

—Haría falta que Francia reconociera, al menos simbólicamente, que la apropiación de 1944 era... digamos, discutible. No necesariamente ilegal, pero discutible.

—¿Y luego?

—Luego, haría falta encontrar una solución que permita a Japón reencontrar un vínculo con este patrimonio. No forzosamente una restitución inmediata, pero al menos una perspectiva a medio plazo.

—¿De qué tipo?

—Pienso en la creación de un centro cultural franco-japonés... préstamos a largo plazo... Las posibilidades no faltan si las dos partes muestran creatividad.

Jean-Marc Roussel anotó mentalmente estas propuestas. Medía el margen de maniobra que existía aún para una solución negociada.

—¿Y si Francia rechazara toda concesión? ¿Si nos contentáramos con defendernos en el plano de los textos?

El rostro de Kyotaka Yamagata se endureció imperceptiblemente. Roussel reconocía este cambio de expresión que había observado a menudo en sus interlocutores japoneses cuando evocaban cuestiones tocando su dignidad nacional.

—Sería lamentable. Para nuestras relaciones bilaterales, pero también para la imagen internacional de Francia. La opinión pública mundial es cada vez más sensible a las cuestiones de restitución cultural.

—¿Piensa en otros contenciosos similares?

—Evidentemente. Si Francia hiciera obstruccionismo sistemático sobre estas cuestiones, esto podría alentar a otros

países a radicalizar sus reivindicaciones. Egipto para las antigüedades, África para las artes primeras, Grecia para sus mármoles... Podrían encontrarse a la defensiva por todas partes a la vez.

Era esto lo que temían las autoridades francesas: el efecto dominó. Jean-Marc Roussel cambió de tema, buscando evaluar el alcance de la movilización japonesa.

—¿Y del lado de su opinión pública? ¿Cómo es percibido el asunto?

—Hay un verdadero apoyo popular a las reivindicaciones de restitución. Los japoneses consideran que su patrimonio cultural ha sido masivamente saqueado a lo largo del siglo XX, primero por las potencias occidentales, luego durante la guerra. Recuperar la colección Matsukata sería percibido como una forma de justicia.

Al salir del restaurante, Jean-Marc Roussel tenía una visión más clara de los desafíos. Japón no estaba en una lógica de confrontación, pero tampoco retrocedería. Había que encontrar una solución que permitiera a los dos países salvar las apariencias.

Paralelamente a las consultas franco-japonesas, una intensa actividad se desarrollaba entre las capitales europeas. El asunto Matsukata ya no era solo un contencioso franco-japonés, sino una prueba de la solidaridad occidental frente a las reivindicaciones de restitución cultural.

En Londres, el Foreign Office había organizado una reunión con los representantes franceses, alemanes e italianos. La sala de conferencias del ministerio británico de Asuntos Exteriores, con sus maderas victorianas y sus retratos de antiguos ministros, ofrecía un marco apropiado a estas discusiones entre viejas naciones coloniales. La arquitectura misma recordaba una época en que las cuestiones de legitimidad cultural no se planteaban con la misma acuidad.

Sir William Pemberton, subsecretario de Estado encargado de asuntos culturales, presidía la sesión. Transformaba las crisis en oportunidades de cooperación, talento que hacía de él un interlocutor apreciado en los medios diplomáticos europeos.

—Estamos reunidos para discutir de un expediente que nos concierne a todos, incluso si solo apunta directamente a nuestros amigos franceses.

Claire Fontaine, que representaba a Francia, asintió.

—Les agradecemos haber tomado la iniciativa de esta concertación. El asunto Matsukata supera los solos intereses franceses.

—¿Puede hacernos un punto de situación? —preguntó Hans Mueller, el representante alemán.

Mueller era de esos diplomáticos alemanes formados en la gestión de los contenciosos memoriales. Su país había adquirido una expertise particular en el tratamiento de las cuestiones de restitución, experiencia que le daba una legitimidad particular en este tipo de discusiones.

—La situación es preocupante. La ONG que nos ataca dispone de argumentos sólidos. Nuestras posibilidades de ganar son escasas.

Giuseppe Bianchi, el delegado italiano, se dirigió a sus interlocutores.

—Y si pierden, ¿cuáles serían las consecuencias para el resto de nosotros?

—Un precedente muy fastidioso —respondió Claire Fontaine sin rodeos—. Todas sus colecciones de orígenes dudosos podrían ser objeto de reivindicaciones similares.

Sir William Pemberton unió las manos.

—Es lo que tememos. Si la ONU creara un precedente en favor de las restituciones, estaríamos sumergidos de demandas.

Hans Mueller aprobó vigorosamente. Su experiencia alemana le daba una visión aguda de los riesgos.

—Alemania también está expuesta. Nuestros museos rebosan de obras adquiridas en circunstancias que hoy se pueden calificar de ambiguas. Si el derecho internacional evolucionara hacia un principio general de restitución, estaríamos en una situación incómoda.

—Sin contar el aspecto financiero —añadió Giuseppe Bianchi—. Indemnizar a todos los países expoliados costaría miles de millones de euros a los Estados europeos.

Claire Fontaine aprovechó la ocasión para proponer la coordinación que había venido a buscar.

—Es por esto que necesitamos estar coordinados. Si presentamos un frente unido, tendremos más posibilidades de preservar el statu quo.

—¿Qué propone concretamente?

—Primero, una armonización de nuestros argumentarios. Debemos todos defender los mismos principios: prescripción adquisitiva, buena fe de las adquisiciones, interés público de las colecciones...

—¿Luego? —preguntó Hans Mueller.

—Una concertación permanente sobre todos los expedientes de restitución. Si uno de nosotros es atacado, los otros aportan su apoyo y sus argumentos.

Giuseppe Bianchi sacudió la cabeza.

—Es un poco teórico. En el caso japonés, por ejemplo, ¿qué podríamos hacer concretamente?

Claire Fontaine había preparado su respuesta.

—Podrían depositar observaciones terceras ante el Consejo de Derechos Humanos, explicando que las reivindicaciones de la ONG amenazan el equilibrio internacional de los intercambios culturales. Esto daría más peso a nuestra defensa.

Sir William Pemberton pareció interesado. Medía la habilidad de la propuesta francesa.

—Es concebible. Pero a cambio, ¿Francia debería comprometerse a apoyarnos si fuéramos nosotros mismos atacados sobre los mármoles del Partenón u otros contenciosos?

—Absolutamente. Es la solidaridad europea.

Giuseppe Bianchi se mostró dubitativo. Su experiencia le había vuelto desconfiado hacia los bellos discursos sobre la cooperación internacional.

—El problema, es que nadie será engañado. Todo el mundo pensará que nos cerramos filas para evitar devolver nuestros tesoros artísticos.

Sir William Pemberton concluyó la sesión con la reserva británica habitual.

—Pienso que estamos de acuerdo. Tenemos interés en coordinar nuestras posiciones sobre estas cuestiones de restitución cultural. Pero habrá que ser muy hábiles en la implementación para evitar parecer corporativistas.

—Vamos a preparar un proyecto de declaración común sobre la importancia de preservar la integridad de las colecciones públicas europeas —propuso Claire Fontaine—. Podrán hacernos llegar sus observaciones en los próximos días.

Al salir de Londres, Claire Fontaine tenía la convicción de haber obtenido un apoyo de sus socios europeos. Pero sabía también que este apoyo corría el riesgo de revelarse muy frágil si el asunto Matsukata giraba mal para Francia. Las solidaridades europeas resistían poco las pruebas de fuerza.

De vuelta a París, fue convocada de urgencia al ministerio de Europa y de Asuntos Exteriores.

Bernard Vallier, director de gabinete del ministro, era un alto funcionario curtido. Sabía identificar los expedientes peligrosos

antes incluso de que explotaran, talento que le había permitido sobrevivir a las alternancias políticas.

—Claire, siéntese. He recibido esta mañana tres llamadas telefónicas. Primero el Elíseo, que se impacienta. Luego mi homólogo japonés, que no me ha ocultado que Tokio esperaba gestos de nuestra parte. Por último el Louvre, que se inquieta de las repercusiones sobre nuestras otras colecciones.

Claire Fontaine sacó sus expedientes. Percibía en el comportamiento de Vallier los signos precursores de una subida de presión que complicaría singularmente su misión.

—Señor director de gabinete, la situación exige prudencia. Pero hemos identificado varias opciones.

Expuso a Bernard Vallier las tres opciones sugeridas por Élise Laignel: defensa máxima, negociación transaccional o reconocimiento de error con restitución. Vallier la escuchaba con atención. Sabía que las decisiones tomadas en las próximas horas comprometerían duraderamente la posición francesa.

—Esta tercera opción es políticamente impensable. El Elíseo se opone formalmente. ¡Imaginen la reacción de la opinión pública si anunciáramos que devolvemos a Japón obras maestras de nuestros museos nacionales! La oposición nos caería encima con todas sus fuerzas.

Vallier expresaba ahí las restricciones que pesaban sobre todo el asunto. Tenía una aptitud para anticipar las reacciones de la opinión pública que hacía de él un consejero escuchado.

—Comprendo. Pero también hay que pensar en las consecuencias a largo plazo. Si perdemos después de haber hecho obstruccionismo, nuestra imagen internacional sufrirá duraderamente.

—¿Cuál es su recomendación personal?

Claire Fontaine dudó algunos segundos. Medía que su respuesta orientaría el conjunto de la estrategia francesa.

—La negociación transaccional con la ONG. Tenemos aún una ventana de tiro para encontrar un acuerdo honorable. Si esperamos demasiado, corremos el riesgo de encontrarnos contra la pared.

—¿Y nuestros socios europeos? ¿Aceptarán que aflojemos?

—Preferirán una solución negociada a una derrota resonante. Si encontramos un enfoque creativo que preserve lo esencial satisfaciendo al mismo tiempo a los japoneses, se acomodarán.

Bernard Vallier descolgó su teléfono y llamó directamente al ministro. Le expuso la situación en detalle. Al cabo de diez minutos, la conversación había terminado. Bernard Vallier se dirigió entonces a Claire Fontaine con una expresión que no dejaba lugar a ninguna ambigüedad.

—El ministro ha sido formal. Las órdenes vienen de arriba. La situación ha evolucionado. Para el Presidente, no se trata de negociar lo que sea con la ONG y menos aún de restituir las obras. No queda pues más que la primera opción: defensa máxima. ¿Está claro?

—Muy claro, señor director de gabinete.

Fontaine acusaba el golpe. Veía desvanecerse sus últimas esperanzas de solución arreglada.

—Y manténgame informado, no puedo permitirme sorpresas.

Habiendo sido privilegiada la vía contenciosa desde entonces, todos los protagonistas se aplicaron en perfeccionar la defensa de Francia. Paradójicamente, esta clarificación hizo bajar la presión. Los servidores del Estado francés reencontraban un terreno familiar. El de la defensa encarnizada de las posiciones nacionales, cualesquiera que fueran las debilidades intrínsecas.

El derecho no siendo una ciencia exacta, sino una simple técnica, bastaba con desmontar uno a uno los argumentos de la ONG. La administración francesa sobresalía en este tipo de ejercicio.

Pero al mismo tiempo, otro proyecto avanzaba en los pasillos del poder, proyecto que iba a revelar toda la complejidad de los cálculos gubernamentales.

CAPÍTULO 10: EL CALLEJÓN SIN SALIDA LEGISLATIVO

París, Ministerio de Cultura, 15 de julio de 2025

Rue de Valois, las oficinas se asfixiaban. Un verano particularmente caluroso se ensañaba con París, y ni siquiera los viejos muros del siglo XVII lograban mantener el frescor.

En el imponente edificio, la actividad estaba en pleno apogeo. Los pasillos resonaban con el taconeo sobre el parqué antiguo, puntuado por el crujido de los expedientes y el murmullo incesante de las conversaciones telefónicas. Se preparaba una reforma. No cualquiera. Desde el famoso discurso del Presidente en Uagadugú el 28 de noviembre de 2017, la administración francesa trabajaba en un compromiso que había causado revuelo. «No puedo aceptar que una gran parte del patrimonio cultural de varios países africanos esté en Francia», había soltado el Presidente de la República ante la juventud africana.

Un trueno. Los círculos museísticos se habían sobresaltado, los diplomáticos habían hecho muecas, los juristas se habían precipitado sobre sus códigos. Unos veían en ello genialidad, una visión audaz capaz de redefinir las relaciones poscoloniales; otros no detectaban más que demagogia pura, un golpe de comunicación sin futuro. Poco importaba. El rumbo estaba fijado, los servicios del Estado tendrían que seguirlo.

Así que habían seguido. Años de reflexiones interminables, de consultas con todos los especialistas del patrimonio que contaba el país, de negociaciones sin fin. Todo para dar a luz un marco legislativo mínimo, depurado de sus asperezas más molestas. Después de las dos leyes marco anteriores sobre las expoliaciones antisemitas y la restitución de restos humanos, este proyecto de ley sobre las restituciones a los Estados venía a cerrar el círculo. Un enfoque que permitía marcar todas las casillas sin trastornar el orden establecido.

El asunto Matsukata se había vuelto secundario desde que se había elegido la vía contenciosa. Al menos así lo percibían ciertos responsables. La ONG *Retour et Restitutions* ciertamente había logrado hacer ruido con su procedimiento ante la ONU, pero los servicios competentes habían recuperado la confianza. Sus posiciones eran sólidas, sus argumentos cincelados.

En el quinto piso del ministerio, se había convocado una reunión de trabajo en la sala de conferencias. Había que hacer balance del estado de avance del proyecto de ley y ver cómo se articulaba con los contenciosos en curso. La mesa ovalada brillaba bajo los neones, rodeada de los retratos solemnes de los antiguos ministros que parecían observar con benevolencia a los nuevos servidores del Estado.

Antoine Delacroix presidía. El director de gabinete había sacado su traje de verano de lino beige y su corbata clara, concesión vestimentaria a las temperaturas que no mermaba en nada su prestancia natural.

¿El compromiso presidencial de Uagadugú? Una obligación que gestionar, nada más. Su habilidad consistía en dar la ilusión de ambición revolucionaria preservando lo esencial de los equilibrios establecidos.

—Mis queridos colegas, estamos reunidos para hacer balance sobre la culminación de uno de los proyectos más importantes de este quinquenio en materia cultural. El proyecto de ley que la ministra presentó ayer constituye la aplicación directa de los compromisos asumidos por el Presidente en Uagadugú en noviembre de 2017. Creamos una excepción a la regla de inalienabilidad para las obras que han sido objeto de apropiaciones ilícitas entre 1815 y 1972. Esto responde a la voluntad presidencial de renovar nuestras relaciones con nuestros socios africanos sobre bases más equitativas.

La evocación del discurso de Uagadugú produjo su pequeño efecto alrededor de la mesa. Todos lo recordaban. No era solo

una reforma administrativa más, era la encarnación de una visión que se suponía modernizaría duraderamente el enfoque francés de las cuestiones patrimoniales internacionales.

Henri Ravanel tomó la palabra. El asesor, normalien, agregado de derecho público, había supervisado la redacción del proyecto de ley en coordinación con el Conseil d'État y los servicios del Primer Ministro. Encarnaba la quintaesencia del intelectual de poder, nutrido en las mejores escuelas de la República y versado en las sutilezas del derecho constitucional. Ravanel poseía esa mezcla de erudición y oportunismo que caracteriza a la élite francesa. Su proyecto de ley constituía para él una obra maestra de equilibrio, una demostración de su saber hacer en el arte de satisfacer las contradicciones. Poco importaba si el resultado final vaciaba de su sustancia el compromiso presidencial, lo esencial residía en la elegancia del razonamiento.

—Señor director de gabinete, este proyecto de ley es notable.

Ravanel adoraba este momento. Después de meses examinando los textos y negociando cada coma con un ejército de juristas meticulosos, después de haber sobrevivido a las reuniones interministeriales donde cada cual defendía su feudo, por fin podía presentar su criatura.

—El perímetro geográfico que hemos establecido permite tratar el conjunto de las problemáticas de restitución a los Estados. Nuestros socios africanos, por supuesto, pero también todos los demás países que podrían reclamar obras pertenecientes a su patrimonio nacional. Egipto, Grecia, Italia, toda la cuenca mediterránea... Nuestro enfoque se quiere universalista.

Se inclinó sobre el texto.

—El período establecido, de 1815 a 1972, corresponde a las apropiaciones más cuestionables de nuestro pasado, desde las conquistas napoleónicas hasta la entrada en vigor de la Convención de la UNESCO de 1970. Hemos construido un

instrumento moderno y eficaz que permitirá tratar de manera coherente el conjunto de las reivindicaciones estatales.

Delacroix asintió con aprobación. La presentación se sostenía, sobre el papel al menos. Quedaba por ver cómo resistiría la prueba del terreno y las presiones políticas. Delacroix no ignoraba nada de las lagunas del proyecto de ley. Creaba de facto una discriminación entre Estados y particulares que podría revelarse explosiva.

—¿Y cuál es su evaluación del número de expedientes que podríamos tener que tratar en los próximos años?

—Nuestras estimaciones más razonables mencionan una cincuentena de reivindicaciones potenciales en los próximos diez años —respondió Ravanel sin vacilar—, principalmente procedentes de nuestros socios africanos. Benín, Malí, Senegal han dado a conocer sus intenciones. Es un volumen manejable por nuestros servicios, tanto más cuanto que el procedimiento prevé la constitución de comisiones científicas bilaterales que garantizarán la objetividad de nuestras decisiones.

Cincuenta expedientes. Las cifras tenían el mérito de tranquilizar a la asistencia. Lejos de las predicciones apocalípticas de numerosos detractores que ya veían los museos franceses vaciados de sus colecciones, lejos de las pesadillas de los conservadores que temían un pillaje legalizado de sus reservas, la administración anticipaba una implementación controlada. Progresiva, metódica, controlada.

Catherine Dubois, directora del museo de Orsay desde hacía ocho años, representaba el punto de vista de las instituciones museísticas. Antigua conservadora del Louvre, había estado estrechamente asociada a la preparación de la reforma, lo que le daba una legitimidad particular para hablar en nombre de sus colegas. Su experiencia era respetada, sus análisis escuchados. Profesaba un culto sincero a la educación artística de las masas. Pero su amor por las obras la volvía posesiva, casi maternal hacia

las colecciones de las que tenía la custodia. Las reivindicaciones de restitución le parecían profanaciones, tentativas de desmembramiento de un patrimonio universal. Su inteligencia sutil se empleaba pues en justificar intelectualmente lo que procedía ante todo de un reflejo de protección.

—Señor director de gabinete —intervino con voz pausada—, al limitar el campo de aplicación a las reivindicaciones estatales, preservamos nuestras colecciones del flujo inmanejable de demandas individuales que podría haber resultado de un enfoque menos focalizado. Los herederos, los coleccionistas expoliados, las comunidades... Imagine el caos si hubiéramos abierto las compuertas.

La serenidad que mostraba Dubois decía mucho sobre la calidad del trabajo preparatorio. Los conservadores habían sido escuchados, sus objeciones integradas. La administración había logrado conciliar las ambiciones presidenciales con las limitaciones operativas de los museos. Un equilibrio frágil, fruto de meses de negociaciones en comité reducido.

—También hemos previsto —añadió Ravanel— salvaguardas sólidas. Cada demanda deberá estar documentada, respaldada por pruebas irrefutables. Las comisiones de expertos examinarán cada expediente con el rigor que exige el desafío.

Jean-Claude Gomez, director de asuntos jurídicos, se expresó. Discreto, era sin embargo uno de los pilares del dispositivo.

Gomez era ese tipo de alto funcionario que prefiere la sombra a la luz, los bastidores a las tribunas. Técnico consumado del derecho internacional, compensaba sus carencias en carisma con un conocimiento enciclopédico de los tratados y convenciones. Su discreción ocultaba una verdadera clarividencia. Más que sus colegas, adivinaba los peligros de la construcción que estaban edificando. Pero su carácter le impedía expresar abiertamente sus dudas, contentándose con deslizar aquí y allá advertencias que nadie parecía escuchar.

—El procedimiento prevé igualmente un derecho de supervisión del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre cada demanda. No podemos disociar estas cuestiones patrimoniales de los desafíos más amplios. Una restitución es también un acto de política exterior.

La observación de Gomez hizo eco a las preocupaciones de varios participantes.

El asunto Matsukata fue evocado como un punto entre otros, sin dramatización particular. Para la administración, el procedimiento ante la ONU procedía de otra lógica, de otro marco, sin cuestionar la coherencia de la acción gubernamental. Dos mundos paralelos que sobre todo no debían chocar.

—Mis queridos colegas —observó Delacroix—, conviene igualmente evocar la articulación entre nuestra nueva legislación y los contenciosos privados en curso. Notablemente el procedimiento iniciado por la ONG Retour et Restitutions.

Todos conocían el expediente, pero nadie tenía ganas de hablar de él. Era la espina en el pie, el grano de arena que podía bloquear la bella mecánica administrativa.

Ravel saltó sobre la ocasión. Era su terreno de predilección, los refinamientos del derecho y las distinciones sabias entre los diferentes tipos de contencioso.

—Señor director de gabinete, la limitación a las reivindicaciones estatales corresponde a una elección coherente con los compromisos asumidos por el presidente. Él apuntaba específicamente a las relaciones entre Estados, la diplomacia cultural, no los litigios entre personas privadas y autoridades públicas.

Catherine Dubois conocía suficientemente el medio museístico y mediático para saber que las distinciones jurídicas no siempre resisten la prueba de la opinión pública y de la crítica periodística. Interrumpió a Ravel.

—Pero vamos, Henri, ¿la limitación no corre el riesgo de ser percibida como una incoherencia flagrante? Si reconocemos el principio de las restituciones para los Estados, ¿por qué excluimos a los derechohabientes privados? ¿Cómo explicar una diferencia de trato?

Estas cuestiones atacaban lo esencial. En realidad, se ocultaba una elección política mayor, circunscribir el campo de aplicación de la reforma.

Raveland rechazó la objeción con un gesto de la mano. Había escuchado este argumento decenas de veces y su respuesta estaba rodada, pulida a lo largo de las reuniones preparatorias.

—En absoluto, Catherine. Las reivindicaciones estatales proceden de una lógica de relaciones bilaterales. Eso justifica un tratamiento específico, procedimientos adaptados. Los litigios privados, ellos, proceden de otros mecanismos, de otras instancias. Los procedimientos civiles existentes garantizan los derechos de los solicitantes. El tribunal judicial, el tribunal de apelación, el Tribunal de Casación... Todo un arsenal ya está en su lugar.

—¿Y respecto al expediente Matsukata más precisamente? — insistió Delacroix inclinándose ligeramente hacia Raveland.

—El asunto sigue su curso ante las instancias de la ONU — respondió Raveland con un tono que quería ser tranquilizador—. Nuestros juristas del Quai d'Orsay preparan una defensa sólidamente argumentada. Por cierto, hecho notable, las autoridades japonesas no apoyan oficialmente a la ONG en su gestión. Eso dice mucho sobre el carácter marginal de esta iniciativa.

Jean-Claude Gomez consideró conveniente intervenir para precisar la posición francesa.

—No oficialmente, pero quizás oficiosamente...

—Ese no es el tema. No mezclemos todo —cortó Delacroix—. Continúe Jean-Claude.

—Hemos analizado el procedimiento en detalle. El Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas no tiene competencia vinculante en la materia. Sus recomendaciones, si es que hay recomendaciones, quedarán en el ámbito de lo simbólico. Tenemos sólidos precedentes para justificar nuestra posición.

Catherine Dubois, que manoseaba maquinalmente su bolígrafo desde el inicio de la reunión, se decidió a intervenir por segunda vez.

—En lo que a nosotros respecta en el museo, nuestras colecciones conservan su estatus habitual. Las dieciocho obras de Matsukata de las que se trata continúan formando parte integrante de nuestras colecciones permanentes. Las exponemos, las prestamos a nuestros socios, llevamos a cabo nuestra política cultural normal. Inútil tomar disposiciones de urgencia o modificar nuestra programación.

Esta declaración traducía el estado de ánimo de la administración. Business as usual. ¿El caso Matsukata? Un detalle sin relación con la reforma en curso.

Henri Ravanel se acomodó confortablemente en su sillón.

—Déjenme explicarles por qué no podíamos incluir a los particulares en nuestro dispositivo legislativo —declaró articulando cada palabra—. Nuestros análisis —y créanme, les dedicamos meses enteros— muestran que abrir a las reivindicaciones privadas significaba potencialmente de quince a veinte mil obras afectadas en el conjunto de las colecciones públicas francesas.

Dejó que esta cifra produjera su efecto antes de proseguir, satisfecho de su pequeño efecto de manga.

—Imaginen la situación, habría habido un diluvio de demandas que nos habría literalmente sumergido. Nuestros equipos, ya sobrecargados, habrían sucumbido bajo miles de reivindicaciones de todo tipo. Herederos de la aristocracia rusa reclamando sus iconos, descendientes de coleccionistas

expoliados durante la guerra, familias italianas reivindicando sus cuadros confiscados bajo Napoleón... Un caos administrativo total.

Catherine Dubois asintió vigorosamente.

—Sin contar la imposibilidad práctica de tratar todos esos expedientes. Cada demanda implica investigaciones exhaustivas en los archivos nacionales, departamentales, a veces extranjeros. Pericias artísticas detalladas para autenticar las obras y documentar su procedencia —y eso cuesta una fortuna, entre los honorarios de los expertos, los análisis científicos, los desplazamientos. Consultas especializadas para desenredar la madeja de las sucesiones, las ventas, las donaciones... El presupuesto habría explotado. Y nuestros conservadores, en lugar de hacer su verdadero trabajo —investigación, exposición, mediación cultural—, habrían pasado su tiempo buscando en archivos polvorientos para saber si el abuelo de la señora Tal se hizo expropiar realmente su cómoda Luis XVI en 1815. Nuestros museos se habrían transformado en oficinas de investigación.

Henri Ravanel abundó.

—Abrir a las personas físicas habría creado una paranoia permanente sobre el conjunto de nuestras colecciones. Cada obra adquirida antes de 1972 habría podido ser cuestionada de un día para otro, sobre la base de la menor sospecha, del menor rumor. Imposible programar una exposición serenamente, imposible prestar al extranjero sin preguntarse si íbamos a recuperar las obras, imposible llevar una política cultural coherente. El infierno, vaya.

—¿Y del lado financiero concretamente? —insistió Delacroix, preocupado por los aspectos presupuestarios, pero también secretamente inquieto por el giro cada vez más defensivo de sus argumentos.

—Varios millones de euros solo para tratar todos los expedientes potenciales, sin contar el valor de mercado de las obras que

habríamos debido restituir. El Estado simplemente no tenía los medios para permitirse ese lujo, especialmente en el contexto presupuestario actual.

Jean-Claude Gomez añadió una dimensión suplementaria, con el alma en vilo.

—Sin olvidar los riesgos de recursos ante los tribunales administrativos, los procedimientos de urgencia, los recursos... Cada decisión de restitución o de rechazo habría podido ser impugnada ante las instancias competentes. Nuestros servicios contenciosos habrían quedado desbordados, paralizados.

Todos estaban satisfechos de esta demostración por el absurdo. La administración había encontrado su línea de defensa. Responder a los compromisos presidenciales sin pegarse un tiro en el pie. Un equilibrio entre ambición y realismo gestor. Pero en el fondo de sí mismos, varios participantes sentían un malestar difuso que no osaban expresar.

Delacroix, sintiendo que el consenso se dibujaba alrededor de la mesa, concluyó la sesión con el optimismo de rigor en este tipo de ejercicio.

—Podemos felicitarnos de haber encontrado el buen equilibrio entre nuestras ambiciones y la realidad del terreno. La reforma se inscribe en un enfoque progresivo, responsable, que preserva el interés general respondiendo a las expectativas de nuestros socios internacionales.

Distribuyó las misiones con la autoridad natural del jefe que sabe que todo está ya decidido, pero que mantiene las formas de la consulta.

—Henri, te coordinas estrechamente con los servicios del Parlamento para que la ley pase en los plazos establecidos. La agenda legislativa está apretada desde la última disolución de la Asamblea Nacional, pero tenemos buenas razones para ser optimistas. Catherine, tus equipos se preparan desde ahora para los nuevos procedimientos. Habrá que formar al personal,

adaptar los sistemas de información, prever por adelantado las primeras demandas.

La reunión se dispersó en un clima de autosatisfacción mutua, cada uno marchándose con la certeza del deber cumplido.

Los días siguientes, el rodillo compresor administrativo se puso en marcha con la eficacia mecánica que se le conoce. Henri Ravel supervisaba todo este ballet, enteramente obsesionado por la implementación operativa de su reforma. Se acabaron los debates filosóficos sobre el fundamento de las restituciones, se acabaron los argumentos morales sobre la herencia colonial. Tenía que funcionar, que los procedimientos fueran fluidos, que los plazos se respetaran. Su carrera de alto funcionario se jugaba en este proyecto.

En sus momentos de lucidez nocturna, cuando la agitación administrativa dejaba lugar a la reflexión solitaria, Ravel se preguntaba si no estaba cometiendo un error. Esta distinción entre Estados y particulares que defendía con tanto brío en reunión le aparecía, en el silencio de su despacho, como una sofística destinada a enmascarar lo injustificable. Pero estas dudas se desvanecían en cuanto llegaba la mañana, expulsadas por la embriaguez de la acción y el orgullo del arquitecto contemplando su obra.

—Lo esencial —explicaba a sus colaboradores durante los puntos semanales— es demostrar que dominamos el proceso. Ni precipitación ni inmovilismo. Una puesta en marcha progresiva que tranquilice a todo el mundo.

Los conservadores, que al principio se habían alarmado de ver sus colecciones fundirse como nieve al sol, habían recuperado su serenidad al enterarse de que solo los Estados podrían presentar reivindicaciones oficiales. Catherine Dubois, inicialmente reticente a las limitaciones del proyecto de ley, ya no ocultaba su alivio durante las reuniones de coordinación.

—Finalmente, nuestras piezas maestras no corren riesgo con las primeras demandas previsibles. Seguramente versarán sobre objetos etnográficos, máscaras, estatuas rituales... piezas ciertamente importantes, pero menos centrales. Podremos gestionar estas restituciones sin que eso cuestione fundamentalmente nuestra misión de servicio público.

El análisis coincidía con los estudios preparatorios. Las primeras reivindicaciones concernirían efectivamente obras de arte africanas, adquiridas en circunstancias a menudo dudosas durante el período colonial, pero que no ocupaban un lugar destacado en las colecciones permanentes de los grandes museos parisinos.

En las reservas del Quai Branly, del museo de Orsay, del Louvre, se habían llevado a cabo inventarios discretos para identificar las obras potencialmente concernidas. Nada alarmante en el horizonte. Unos cuantos centenares de piezas como máximo, repertoriadas, documentadas, evaluadas. Un stock manejable que permitiría satisfacer las demandas estatales sin vaciar las vitrinas.

En Céret, Pierre Bertier adivinaba este pequeño teatro con la diversión del viejo bregado que ha visto pasar muchas reformas superficiales y revoluciones abortadas. El profesor había previsto que la administración elegiría la evasión contentándose con las reivindicaciones estatales menos molestas.

Mezclaba una inteligencia aguda con una forma de misantropía desengañada que transparentaba en sus análisis más finos. Décadas de combate lo habían endurecido sin amargarlo. Conservaba esa capacidad particular de los grandes idealistas de discernir las imperfecciones humanas guardando fe en la justicia de su causa. Su aparente dureza enmascaraba una sensibilidad que solo dejaba filtrar en la intimidad de su despacho catedral, frente a la reproducción de «La Habitación en Arlés» que presidía sus reflexiones. Pierre Bertier era de aquellos que sacan su fuerza de sus heridas y su lucidez de sus decepciones.

—Amigos míos —explicaba con una sonrisa entendida durante la reunión de coordinación mensual de la ONG—, este proyecto de ley anunciado en el último comunicado del consejo de ministros confirma lo que pensábamos desde el principio. Al excluir deliberadamente a las personas privadas de su campo de aplicación, el Estado confiesa implícitamente que reconoce el principio de las restituciones... pero no para nosotros. Una discriminación pura y simple.

Véronique Fournier, que se ocupaba con una meticulosidad de archivista de reunir toda la documentación de la organización, no pudo evitar sonreír al clasificar los artículos de prensa del día. Había entrado en el equipo por fe militante, pero descubría con fascinación los entresijos del poder. Su mirada nueva sobre el microcosmos político-administrativo enriquecía los análisis de Pierre Bertier.

—La incoherencia flagrante nos viene muy bien en el procedimiento ante la ONU. ¿Cómo van a explicar a los expertos del Consejo de Derechos Humanos que crean un dispositivo específico para los Estados del cual las personas privadas están excluidas? ¿Cómo justificar una diferencia de trato?

Gérard Lenfant, el abogado que seguía los aspectos legales del expediente, siempre se hacía las buenas preguntas en el mal momento, con la manía que tienen los juristas de complicar las situaciones aparentemente simples.

—¿Nuestra estrategia procesal se mantiene aún en este nuevo contexto legislativo? ¿No corremos el riesgo de ver nuestros argumentos debilitados por una evolución del derecho francés?

—Al contrario, este proyecto de ley refuerza nuestra posición sin que necesitemos cambiar nada en nuestro enfoque —respondió Bertier—. El procedimiento ante la ONU que hemos lanzado sigue siendo adecuado, quizás incluso más pertinente que antes. Vean, los expertos internacionales saben hacer la diferencia entre las bellas declaraciones de intención exhibidas y su aplicación

concreta. Si la ley es votada por el Parlamento —y lo será— eso ilustrará que se trata de una discriminación deliberada. Misma problemática, pero tratamiento diferencial según el estatus del solicitante. Es lo que denuncian las convenciones internacionales sobre los derechos humanos.

El asunto Matsukata entraba en una nueva fase donde cada uno se atrincheraba en sus posiciones con bella seguridad. La administración francesa se felicitaba de haber encontrado el equilibrio entre sus valores humanistas mayores y sus pequeños intereses bien entendidos. Pierre Bertier y su equipo proseguían su guerrilla intelectual señalando con el dedo las incoherencias y las contradicciones gubernamentales.

La adopción de la ley sobre las restituciones a los Estados marcaría la culminación formal del compromiso asumido en Uagadugú, pero revelaría también sus límites intrínsecos frente a las reivindicaciones privadas.

Durante las semanas siguientes, Henri Ravel multiplica los desplazamientos entre el ministerio y el Palais Bourbon. La lanzadera parlamentaria se anunciaba peligrosa, no tanto por la oposición política —el texto se beneficiaba de un amplio consenso— como por las enmiendas que no dejarían de proponer los diputados deseosos de marcar su territorio.

Ravel sentía aprensión ante la idea de ver su obra sometida al cribado parlamentario. Pasaba sus noches anticipando todas las objeciones posibles, preparando baterías de argumentos para defender cada coma de su texto.

La oficina de la comisión de asuntos culturales de la Asamblea Nacional bullía con las conversaciones habituales. Ponente del texto, Sylvie Pottier, diputada socialista de Gironda, conocía bien los desafíos.

Antigua conservadora, Sylvie Pottier era una mujer de terreno. Había conservado de sus años de museo un gusto pronunciado por la precisión y un respeto sincero por la pericia. Pero su paso

por la política la había dotado también de un olfato temible para detectar las fallas en los más enmarañados enredos administrativos.

—Henri —le dijo al recibirlo—, he examinado tu texto en los menores detalles. Globalmente, es buen trabajo. Pero tengo algunas interrogantes que pueden resurgir en sesión.

Ravel se instaló confortablemente.

—Te escucho, Sylvie. ¿Cuáles son tus preocupaciones principales?

—La cuestión de la carga de la prueba, primero. Tu texto prevé que el Estado solicitante debe aportar la prueba de la apropiación ilícita. ¿Pero cómo definir esta noción? ¿Las conquistas napoleónicas eran ilícitas respecto al derecho de la época? ¿Las adquisiciones coloniales? ¿Dónde poner el cursor?

La diputada había puesto el dedo en una de las debilidades potenciales del dispositivo. Ravel había previsto la pregunta.

—Nos apoyamos en los estándares internacionales contemporáneos. La Convención de La Haya de 1954, los principios de Washington de 1998, la Convención UNESCO de 1970... Un corpus sólidamente establecido que permite objetivar estas nociones.

—Segundo punto —prosiguió Sylvie Pottier sin dejarse desmontar—. Excluyes las reivindicaciones privadas, sea. Pero ¿cómo tratar el caso de los Estados que se hicieran portavoces de intereses privados? Si un gobierno decidiera mañana apoyar oficialmente la reivindicación de una ONG, ¿tu dispositivo se aplicaría?

La pregunta era molesta y Ravel lo sabía. Marcó un tiempo de vacilación que no escapó a su interlocutora.

—El procedimiento prevé el examen de la legitimidad de cada demanda por las comisiones científicas bilaterales. Si una reivindicación estatal disimula intereses privados, eso será detectado y sancionado.

—¿Detectado cómo? ¿Por quién? ¿Según qué criterios? — insistió la diputada.

Ravanel sentía que el terreno se desmoronaba. Había que retomar la iniciativa, aunque fuera para ahogar el pez en un discurso convenido sobre el espíritu de la reforma.

—Sylvie, conviene recordar el espíritu de esta reforma. Estamos en una lógica de diplomacia cultural, de reconciliación de las memorias nacionales. Los Estados africanos que nos han notificado sus expectativas no buscan instrumentalizar reivindicaciones privadas. Actúan en el interés de sus pueblos, para la reconstitución de su patrimonio nacional dispersado.

El argumento tuvo efecto parcial. Sylvie Pottier asintió conservando sus reservas. No era ingenua respecto a la maniobra.

—No digo lo contrario, Henri. Pero hay que prever los casos límite, los desvíos posibles. Mi papel de ponente me obliga a prever las objeciones que no dejarán de surgir en sesión pública.

En los pasillos de los museos parisinos, la comunidad de conservadores vivía este período de transición con sentimientos encontrados. Si la exclusión de las reivindicaciones privadas había tranquilizado ampliamente los espíritus, algunos se interrogaban todavía sobre las implicaciones concretas de la reforma.

En el café del museo de Orsay, Catherine Dubois se había citado con algunos colegas para un almuerzo de trabajo informal. Alrededor de la mesa, los directores de los grandes establecimientos parisinos intercambiaban sus puntos de vista.

—Catherine —preguntó Philippe Camdessus, director del museo Guimet—, ¿cómo percibes la evolución del expediente Matsukata en este contexto? El procedimiento ante la ONU, ¿no corre el riesgo de crear un precedente molesto?

Catherine Dubois sorbió su café antes de responder.

—Francamente, Philippe, no me preocupo. Nuestras dieciocho obras están sólidamente documentadas, integradas en nuestras

colecciones. Forman parte de nuestra identidad museística. Los visitantes las conocen, las aprecian. No estamos en una situación de receptación o de adquisición dudosa.

—Cierto, pero el argumento moral puede pesar —intervino Marie-Claire Comelade, directora del museo de artes de África y Oceanía—. Si los expertos de la ONU reconocen el fundamento de la reivindicación, eso creará una presión considerable sobre el gobierno.

—Una presión puramente simbólica —temperó Catherine Dubois—. Tenemos suficientes ejemplos de países que han hecho oídos sordos a este tipo de intimaciones.

Yves Salomon, conservador en el Louvre, aportó una perspectiva que esperaba fuera tranquilizadora.

—Tampoco hay que olvidar que Matsukata era un coleccionista privado japonés, no un representante oficial del gobierno nipón. Sus adquisiciones procedían de un enfoque personal, aunque se inscribieran en el contexto de la apertura de Japón al arte occidental. No estamos en una problemática de expoliación colonial.

El análisis reconfortaba a la asistencia. El asunto Matsukata presentaba características específicas que lo distinguían de las reivindicaciones africanas clásicas.

—Y además —añadió Catherine Dubois con una sonrisa que mal disimulaba sus dudas—, nuestros amigos de la ONG *Retour et Restitutions* quizás hayan sobreestimado su capacidad de influencia. Hacer ruido es una cosa. Obtener resultados concretos es otra.

En Céret, Pierre Bertier no se había quedado inactivo. Consciente de que todo se jugaría tanto en el terreno de la opinión como en los recintos legales, había lanzado una ofensiva mediática sabiamente orquestada. Su agenda de contactos resultaba preciosa.

—Véronique —dijo a su colaboradora recorriendo la lista de contactos de prensa—, hay que golpear fuerte. El proyecto de ley sobre las restituciones a los Estados nos ofrece una oportunidad de oro para denunciar la hipocresía gubernamental.

Véronique Fournier, que tenía un verdadero talento para la comunicación alternativa, asintió consultando su ordenador portátil.

—He contactado a los especialistas de Le Monde, de Libération, de Téléràma. Están interesados en un ángulo crítico sobre la reforma. Y del lado internacional, nuestros contactos en la BBC y en The New York Times también están interesados.

El equipo de la ONG había aprendido a manejar los códigos de los medios. Comunicados de prensa contundentes, dossiers documentales irreprochables, declaraciones calibradas para los telediaris. Una maquinaria de guerra informacional que empezaba a dar sus frutos.

Gérard Lenfant coordinaba la dimensión europea de la campaña.

—Tengo ecos positivos del lado del Parlamento Europeo. Varios diputados se interesan por las cuestiones de restituciones. Una audiencia pública sobre este tema podría crear una presión suplementaria sobre las autoridades francesas.

—Excelente idea —respondió Bertier—. Hay que europeizar el debate, darle una dimensión más amplia. Francia ya no puede contentarse con gestionar estas cuestiones en compartimento estanco.

Cada intervención mediática, cada toma de posición pública se inscribía en una estrategia global destinada a aislar la posición francesa.

Pero la ofensiva en todos los frentes empezaba también a revelar las primeras brechas en el dispositivo gubernamental. En el Ministerio de Cultura, los servicios de comunicación estaban contrariados por el giro que tomaban los debates.

Marie Moreau, directora de comunicación, no ocultó sus preocupaciones durante una reunión de crisis convocada de urgencia. Había atravesado suficientes tempestades mediáticas para saber reconocer los signos precursores de una crisis mayor.

—Antoine, tenemos un problema de coherencia narrativa. Por un lado, ensalzamos los méritos de nuestra política de restitución a los Estados africanos. Por otro, resistimos firmemente a una reivindicación privada plenamente documentada. La incoherencia se vuelve cada vez más difícil de sostener en el espacio mediático.

Delacroix se mostró tranquilizador.

—Marie, nuestra posición es sólida.

—Pero justamente, Antoine, el gran público no percibe estas sutilezas. Para él, una restitución cultural es una restitución cultural. Nuestras explicaciones sobre las diferencias de estatus entre Estados y particulares parecen bizantinas.

Henri Ravanel, presente en la reunión, intentó defender su dispositivo.

—Hay que mantenerse firme. Si cedemos, abrimos la caja de Pandora. Mañana, serán miles de derechohabientes los que llamarán a nuestras puertas. Es lo que hemos querido evitar con la ley.

—Pero Henri —objetó Marie Moreau—, la lógica del todo o nada nos perjudica. Nos hace pasar por tecnócratas insensibles a las cuestiones morales. La ONG Retour et Restitutions lo ha entendido bien, nos ataca en el terreno simbólico, no en el terreno legal.

El análisis dio en el clavo. La administración, habituada a evolucionar en el universo de las negociaciones, descubría las reglas despiadadas de la comunicación moderna. En el espacio mediático, los argumentos más sólidos no pesaban mucho frente a los relatos bien hilvanados. La batalla por la opinión pública acababa de comenzar, y las armas no eran iguales. Una

administración segura de su buen derecho, pero enredada en sus contradicciones. Una ONG ágil y determinada, dominando enteramente los códigos de la comunicación alternativa. El combate se anunciaba más difícil de lo previsto para los servicios del Estado. A pesar de estas turbulencias mediáticas y las críticas de la oposición, el Parlamento acabó por adoptar el proyecto de ley al término de debates agitados, pero previsibles, y esta fue promulgada por el Presidente de la República el 9 de marzo de 2026.

CAPÍTULO 11: LA LARGA BATALLA

Ginebra, Palacio de las Naciones, septiembre de 2027

En las oficinas del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, la exasperación empezaba a hacerse perceptible. Treinta meses que el asunto Matsukata había sido oficialmente notificado a Francia. Treinta meses, y todavía nada. Ni la menor observación detallada sobre el fondo.

Carmen Vásquez, que presidía, miraba a Klaus Weber, el ponente, con circunspección. Detrás de su máscara de paciencia, hervía de una frustración que había aprendido a disimular a lo largo de los años. Antigua magistrada habituada a los justiciables que intentaban hacer durar los procesos, reconocía las señales. Pero aquí, la impunidad era casi total.

—Klaus, vamos por la sexta petición de recordatorio. ¡La sexta! Para un país que da lecciones al mundo entero, es mucho.

Weber leía sus notas con su manía que tenía de clasificar todo, vestigio de una infancia prusiana donde el orden se había vuelto refugio contra el caos. Su meticulosidad ocultaba una rabia sorda contra estas maniobras dilatorias que transformaban la justicia internacional en farsa.

—Sabes, Carmen, he estudiado todas sus respuestas. Es gran arte. Primero, invocan la «complejidad excepcional del expediente». Seis meses de plazo suplementario. Luego la amplitud «inédita» de las investigaciones necesarias. Otros seis meses. Tienen un repertorio pletórico, debo reconocerlo.

Continuó pasando las páginas, revelando una correspondencia que olía a mala fe.

—Y aquí, atención. De repente, sus servicios internos ya no son «suficientemente competentes». Les hacen falta consultores externos de «renombre internacional». Seis meses más, evidentemente. Desde hace nueve meses ahora, tienen «dificultades de acceso a los archivos nacionales».

Carmen Vásquez tuvo esa risita que guardaba para los momentos en que el absurdo alcanzaba cumbres.

—La estrategia del caracol, como decimos en mi tierra. Apuestan al desgaste, está claro. En su cabeza, o el expediente acaba en el olvido, o los medios se cansan.

Weber asintió. Se adivinaba el cansancio de quien ha visto demasiadas veces la justicia internacional burlada por la realpolitik.

—Saben que no tenemos ningún medio de obligarlos. Pueden hacer durar durante años.

La confesión era brutal, pero realista. El sistema de la ONU de protección de los derechos humanos se parecía a un tigre de papel: impresionante, pero impotente en la realidad.

París, noviembre de 2027

En el Quai d'Orsay, Claire Fontaine orquestaba este ballet de los retrasos. Su despacho, con paredes tapizadas de mapas diplomáticos, testimoniaba una carrera dedicada a la esquiva elegante.

—Queridos amigos —explicó a sus colaboradores—, nuestro objetivo es simple. Dilatar el procedimiento al máximo. El tiempo es nuestra mejor arma. En cuatro o cinco años, cuando el Consejo tome su decisión, nadie se acordará de Matsukata.

Olivier Lecomte, que dirigía el servicio de asuntos culturales multilaterales, no carecía de creatividad.

—Concretamente, hemos censado ocho etapas donde podemos pedir plazos sin parecer malos jugadores. Pericia profunda, consulta interministerial, validación por el Conseil d'État, concertación europea... Cada etapa nos hace ganar de seis a nueve meses.

En el Ministerio de Cultura, rue de Valois, Antoine Delacroix multiplicaba las maniobras dilatorias.

—Nuestros conservadores deben admitir una cosa: cada mes ganado es un poco menos de presión sobre nuestras colecciones. Este contencioso acabará por asentarse, como todos los demás. Basta con ser pacientes.

Catherine Dubois, que tenía la costumbre de temperar los ardores de su colega, no pudo evitar hacer de aguafiestas. Su ponderación natural, forjada por veinte años de experiencia museística, le soplaba que el optimismo de Delacroix procedía quizás de la ceguera. Llevaba el peso de una doble lealtad: hacia su institución y hacia una ética que sentía comprometida.

—Antoine, estoy de acuerdo en el principio, pero no seamos ingenuos. La ONG de Pierre Bertier no va a quedarse pasiva. Va a reaccionar forzosamente, intensificar su campaña de prensa. Eso puede volverse más complicado de gestionar...

Céret, enero de 2028

Pierre Bertier había difundido ampliamente a la prensa una copia completa del expediente, insistiendo en la inercia de la administración. En *Le Monde*, Justine Boucher —con convicciones forjadas por una década de periodismo de investigación— preparaba un artículo que iba a hacer rechinar dientes en la rue de Valois.

«El asunto Matsukata revela por fin el verdadero rostro de nuestra bella política cultural francesa. Generosa en los discursos, mezquina en los actos», tecleaba con una rabia que transparentaba en cada palabra.

En *Le Figaro*, el tono era igualmente feroz, aunque el envoltorio se mantenía más pulido. Un cronista, viejo zorro de las relaciones internacionales, desplegaba allí esa ironía mordaz que le permitía su posición adquirida.

«Al negarse a tratar seriamente el asunto Matsukata, Francia sierra la rama sobre la que está sentada. Nuestros embajadores se ridiculizan cuando dan consejos de transparencia a otros países.

Difícil predicar la buena palabra cuando uno mismo hace el avestruz en la ONU.»

Las críticas encontraban eco en el pequeño mundo intelectual parisino, ávido de polémicas bien sentidas. En la Sorbona, el profesor Georges Pelletier organizaba incluso un coloquio sobre las «estrategias de evasión de los Estados frente a las instancias internacionales». Un título rimbombante para decir que los gobiernos saben muy bien hacer oídos sordos cuando les conviene. Pelletier, marxista reconvertido al análisis geopolítico, encontraba allí una confirmación de sus tesis sobre la hipocresía burguesa.

La profesora Hélène Fabre, directora de la revista de derecho internacional comparado, exponía su análisis con un placer evidente. Mujer de carácter que había debido batallar para imponerse en un medio masculino, saboreaba estos momentos en que sus análisis se revelaban acertados.

«La posición francesa pone el dedo en un problema gritante: la ONU puede dar lecciones de moral a los Estados miembros cuanto quiera, no tiene estrictamente ningún medio de obligarlos a cooperar. El asunto Matsukata muestra crudamente que el derecho internacional, frente a un Estado que no quiere oír nada, permanece puramente impotente».

Pierre Bertier observaba la evolución de la situación. A sesenta y ocho años, sentía el peso de los años, pero también la satisfacción del estratega que ve desplegarse su plan. Sus arrugas marcadas testimoniaban una vida consagrada a las causas perdidas —y a veces ganadas contra todo pronóstico. Sacaba de ello una forma de serenidad.

—Queridos amigos —comenzó con esa paciencia de pedagogo que lo habitaba—, las piruetas de las autoridades francesas no me sorprenden ni un segundo. Incluso me habría sorprendido que actuaran de otro modo. Y además, entre nosotros, su obstinación nos sirve a largo plazo.

Véronique Fournier no ocultaba su perplejidad. Había entrado en el equipo con ilusiones sobre la rapidez de la justicia, ilusiones que los meses de combate habían mellado seriamente. Treintañera dinámica venida del sector privado, descubría con amargura la lentitud de los cambios. Su impaciencia de neófita chocaba con la experiencia del viejo militante.

—Señor Bertier, disculpe, pero me cuesta seguir su razonamiento. ¿Cómo puede su obstrucción convenirnos cuando queríamos una decisión rápida al principio? Cuanto más se alarga, más corremos el riesgo de acabar en el olvido. La movilización se agota cuando la gente no ve resultados concretos.

Pierre Bertier se levantó y se dirigió hacia la pared donde se extendían recortes de prensa acumulados desde hacía años. Su andar ligeramente encorvado traicionaba la edad, pero su mirada conservaba esa agudeza que siempre lo había caracterizado. Encontraba en esta acumulación documental una forma de placer de archivista.

—Véronique, mire bien la evolución de nuestro pequeño combate desde el principio —dijo señalando los titulares más elocuentes—. Al comenzar, estábamos confinados a las páginas de cultura de los periódicos, unas cuantas líneas en las revistas especializadas que nadie lee. Hoy, las expoliaciones culturales aparecen regularmente en primera página en más de veinte países. No está mal para un asunto que debía quedarse discreto, ¿no?

Señalaba con el dedo varios titulares particularmente evocadores que testimoniaban la internacionalización progresiva de su causa. En sus gestos, se adivinaba el orgullo del táctico que ve su gestión dar frutos.

—«¿Francia huye de sus responsabilidades?», «El Estado francés frente a sus expoliaciones», «Matsukata: cuando París juega la obstrucción sistemática»... Cada mes de retraso suplementario alimentaba el debate público.

Gérard Lenfant, que se había metido en el juego a lo largo de los meses, empezaba a entrever la sutileza del razonamiento de Pierre Bertier. Había sido al principio escéptico sobre los métodos de la ONG, prefiriendo las vías contenciosas clásicas. Con la edad —se acercaba a los cincuenta—, sostenía una forma de crítica constructiva que le divertía a él mismo.

—Señor Bertier, ¿quiere decir que la obstrucción francesa transforma nuestro expediente en símbolo de las expoliaciones de Estado? ¿Es ese el plan?

—Exactamente —confirmó Bertier—. Al ralentizar obstinadamente el procedimiento ante la ONU, la administración francesa se equivoca de manera espectacular. Refuerza nuestra legitimidad moral. Cada nuevo plazo que pide, cada pretexto burocrático que invoca, cada maniobra que revela la prensa contribuye a demoler la imagen de respetabilidad que cultiva tradicionalmente nuestra bella diplomacia francesa. Al final, su obstrucción se vuelve contra ellos revelando su mala fe. Es casi demasiado fácil.

Véronique Fournier, algo inquieta cuando los grandes discursos tomaban el relevo de la realidad, devolvió a sus colegas a la tierra con una pregunta directa. Su lado gestor retomaba la delantera.

—Señor Bertier, concretamente, con su obstrucción sistemática, ¿todavía tenemos para cuánto tiempo?

Bertier hizo un mohín resignado.

—Si soy realista... —saben que detesto las falsas esperanzas— ...no tendremos decisión definitiva antes de 2031 o 2032. En el mejor de los casos.

Algunos suspiros de desánimo recorrieron la pequeña asamblea. Bertier se apresuró a relativizar con la sabiduría algo exasperante de los viejos militantes que han visto pasar las modas y las impaciencias.

—Amigos míos, esta duración, sobre todo no hay que verla como un castigo. ¡Al contrario! Eso nos da tiempo de consolidar

nuestra posición, de amplificar nuestro impacto. Cada año que pasa refuerza nuestras reivindicaciones y debilita sus argumentos endebles.

Gérard Lenfant, que tenía el don para señalar los problemas prácticos que los demás preferían ignorar, hizo un gesto de fastidio. Como abogado tenía una visión menos romántica de los conflictos ideológicos.

—Pero ¿cómo mantener la atención de los medios durante cinco o seis años? La opinión pública no va a quedarse focalizada en nuestro expediente eternamente. La gente se cansa, es humano.

Bertier se dirigió hacia su ordenador. Adoraba las cifras cuando le daban la razón. Esta manía del profesor lo había acompañado siempre, vestigio de sus años de enseñanza donde había que convencer mediante la demostración.

—Se equivoca de camino. Nuestra vocación no es hacer de animadores para hacer durar el espectáculo. Nuestro asunto Matsukata es solo la palanca para levantar toda la cuestión de las expoliaciones culturales francesas y occidentales.

Abrió un archivo rigurosamente actualizado, verdadero tesoro de guerra.

—Desde que lanzamos nuestra iniciativa en la ONU, hemos recibido noventa y tres peticiones de ayuda concernientes a otras colecciones expoliadas. ¡Noventa y tres! Familias judías, coleccionistas privados víctimas de los nazis, pueblos africanos, comunidades amerindias, organizaciones armenias...

El asunto Matsukata había creado un efecto de arrastre.

Véronique Fournier, que empezaba a integrar la envergadura del fenómeno, reformuló.

—Si entiendo bien, ¿hemos abierto una brecha en la cual todas las víctimas de expoliaciones se precipitan? ¿Hemos creado un precedente?

—Es verdad, Véronique. El asunto Matsukata prueba que se puede cuestionar las expoliaciones de Estado, incluso las más antiguas. Hemos demostrado que las víctimas tienen instrumentos para obligar a los Estados más poderosos a rendir cuentas sobre sus apropiaciones dudosas.

Los acontecimientos ulteriores debían confirmar estas previsiones con una precisión turbadora. El asunto Matsukata sembraba por el mundo entero, creando un movimiento de contestación que sobrepasaba ampliamente las fronteras francesas. En Inglaterra, asociaciones de antiguos países colonizados depositaban comunicaciones para reclamar la restitución de objetos de arte africanos conservados en el British Museum. En Estados Unidos, tribus contestaban varias adquisiciones museísticas del siglo XIX y reclamaban sus objetos sagrados.

El movimiento encontraba eco en los medios académicos, prontos a convertir las polémicas en seminarios. En Harvard, el profesor David Messing organizaba un curso enteramente consagrado a las estrategias contemporáneas de contestación de las expoliaciones culturales institucionales:

«El asunto Matsukata ilustra cómo una argumentación rigurosamente construida puede transformar un contencioso de especialistas en movimiento político de amplitud internacional. Pierre Bertier ha logrado politizar una cuestión que estaba confinada a los círculos de expertos y darle una dimensión simbólica».

En Oxford, la profesora Jennifer Brandon analizaba las implicaciones con la perspectiva crítica de la escuela británica. Esta mujer, que había consagrado su carrera al estudio de las desigualdades poscoloniales, encontraba allí una validación de sus tesis:

«El asunto revela brutalmente las contradicciones de las políticas culturales occidentales contemporáneas. ¿Cómo pueden los

museos pretender una misión educativa conservando al mismo tiempo obras adquiridas por expoliación demostrada? El asunto Matsukata plantea frontalmente la cuestión de la legitimidad moral de nuestras instituciones culturales».

En la propia Francia, el debate ganaba progresivamente todas las estructuras culturales, creando divisiones en el seno del mundo museístico tradicionalmente unido por una solidaridad corporativa. Algunos conservadores empezaban valientemente a cuestionar varias adquisiciones, a pesar de las presiones de su jerarquía.

París, febrero de 2029

En el museo de Orsay, Catherine Dubois organizaba discretamente reuniones de reflexión con sus equipos para anticipar otras reivindicaciones. El aire de los tiempos cambiaba, y sentía bien que había que adaptarse. Su formación de gestora le soplaba la contención, pero su conciencia le dictaba la apertura.

—Debemos aceptar el hecho de que el asunto Matsukata ha favorecido un período de cuestionamiento general de nuestras adquisiciones más dudosas. Hay que prepararnos para otras contestaciones similares y que pongamos en marcha una doctrina coherente.

En el Louvre, Henri Loyrette, jefe del departamento de pinturas, expresaba preocupaciones similares. Había escalado todos los peldaños de la conservación y guardaba un apego irracional a la integridad de las colecciones, comprendiendo al mismo tiempo los desafíos éticos.

—Debemos imperativamente tratar las cuestiones de procedencia sin cuestionar la integridad fundamental de nuestras colecciones.

En la École du Louvre, los estudiantes de conservación debatían apasionadamente las implicaciones del asunto Matsukata.

Nutridos con cuestiones poscoloniales, ya no compartían la evidencia museística de sus mayores.

—¿Cómo podemos aceptar trabajar en instituciones que se niegan obstinadamente a reconocer las expoliaciones? —se interrogaba Marie Dubois, estudiante de máster de museología, con una indignación propia de la juventud.

—Hay que distinguir las responsabilidades actuales de las del pasado —respondía su camarada Cédric Camilleri—. Las obras forman parte del patrimonio francés desde hace ochenta años.

—Ochenta años de receptación, querrás decir —replicaba Marie—. No es porque guardemos algo mucho tiempo que nos pertenezca.

Los debates revelaban el impacto duradero del asunto Matsukata sobre la evolución de las conciencias francesas.

Céret, marzo de 2030

El profesor medía la amplitud del movimiento que había contribuido a desencadenar con una modestia que contrastaba con su impacto internacional. Una vida consagrada a defender las causas perdidas le había enseñado que las transformaciones sociales se operan en el tiempo largo.

—Amigos míos, hemos alcanzado ampliamente nuestro objetivo principal, transformar una cuestión puntiaguda de restitución en debate de sociedad —declaraba durante la reunión de balance anual de la ONG, un café frío en la mano.

Se dirigió hacia la pared donde se mostraban ahora miles de recortes de prensa consagrados a las expoliaciones culturales en el mundo entero. Esta acumulación documental testimoniaba una obstinación que le divertía a él mismo.

—Miren la evolución. Ya no pasa una semana sin que algún medio en alguna parte evoque las restituciones culturales. Hemos liberado una palabra que estaba ahogada por la resignación y la intimidación.

Véronique Fournier, armada con sus estadísticas, hacía el balance de las repercusiones concretas.

—Señor Bertier, nuestro sitio de internet recibe más de quince mil visitantes al mes. Y no hablo de las redes sociales donde se nos menciona por todas partes.

Gérard Lenfant evocaba las perspectivas de futuro con un optimismo que no se conocía unos años antes.

—La cuestión de las expoliaciones culturales está inscrita duraderamente en el debate democrático mundial. Los gobiernos occidentales ya no podrán ignorarla.

Pierre Bertier aprobaba conservando al mismo tiempo una prudencia intelectual frente a los entusiasmos prematuros. La edad lo había vuelto desconfiado hacia las victorias demasiado fáciles.

—Tienen razón en subrayar nuestros éxitos, pero guardémonos de todo triunfalismo.

Françoise Martin planteaba la pregunta que preocupaba naturalmente a todo el equipo. Antigua periodista reconvertida en el sector asociativo, guardaba esa lucidez de profesional de los medios.

—Señor Bertier, ¿cómo mantener la dinámica a muy largo plazo? ¿Cómo evitar que el movimiento se agote antes de obtener resultados concretos?

—Françoise, nuestro papel ya no es llevar personalmente este combate indefinidamente. A otros les toca retomar la antorcha en sus ámbitos respectivos. El movimiento nos sobrepasa, y tanto mejor.

Se dirigió hacia su biblioteca y sacó un grueso dossier de correspondencias. Su manía de archivarlo todo tomaba aquí todo su sentido.

—He recibido estos últimos seis meses los estatutos de once nuevas asociaciones creadas en diferentes países para luchar

específicamente contra las expoliaciones. Todas se inspiran directamente de nuestra experiencia. El movimiento adquiere una autonomía, ya no nos necesita para vivir.

La revelación marcaba un punto de inflexión. De combate aislado de una pequeña ONG provincial, el expediente se había convertido en el símbolo y el catalizador de un movimiento internacional que transformaba duraderamente las relaciones de fuerza.

Dos años más tarde, en diciembre de 2032, Pierre Bertier podía permitirse una pequeña sonrisa burlona. Su análisis se había revelado justo en toda la línea. El contencioso Matsukata se atascaba todavía en los engranajes polvorientos de la ONU. Pero la temporización francesa había producido el efecto inverso del esperado. Cuanto más París arrastraba los pies, más el expediente tomaba una dimensión planetaria. Por todas partes en el mundo, decenas de organizaciones calcadas sobre *Retour et Restitutions* habían nacido. Mismo arsenal, misma determinación para rastrear otras expoliaciones. El movimiento había tomado tales proporciones que la UNESCO había acabado por crear una comisión especial permanente. Título oficial: «reparaciones culturales en las relaciones internacionales contemporáneas».

El propio secretario general de la ONU se había puesto manos a la obra, evocando en su discurso anual la necesidad de una «reconciliación cultural internacional». Referencia apenas velada a los movimientos inspirados por el asunto Matsukata.

Céret, abril de 2032

En su casa que olía bien a lavanda y viejos libros, Pierre Bertier por más que saboreara su victoria moral, sentía que su tiempo se acababa. Su cuerpo lo abandonaba, año tras año. Pero poco importaba en el fondo. El movimiento que había lanzado le sobreviviría ampliamente. Esta perspectiva le aportaba una

serenidad que nunca había conocido, él que siempre había dudado de la utilidad de sus combates.

Su salud declinante lo obligaba a confiar las tareas más pesadas a sus colaboradores. Su influencia sobre el movimiento permanecía considerable —nadie osaba cuestionar sus orientaciones—, pero sentía bien que se volvía progresivamente un símbolo más que un actor.

—Amigos míos... —les dijo durante la que sería su última intervención— ...hemos hecho el trabajo.

Se interrumpió y echó un vistazo a la reproducción de «La Habitación en Arlés» de Van Gogh que reinaba en la pared de su despacho desde el principio.

—Así que sí, quizás el Consejo de Derechos Humanos nos dé la razón. Quizás nunca tengamos causa ganada oficialmente. Pero eso no es lo esencial. Lo que cuenta es que hemos lanzado algo irreversible.

En los jardines de Céret, bajo el sol de diciembre que calentaba todavía las piedras, el viejo profesor contemplaba el camino recorrido. La administración francesa no había podido impedir la transformación de las conciencias. Una nueva relación de fuerzas internacional había nacido. Bertier encontraba allí una forma de realización que nunca había esperado en su juventud idealista.

En algún lugar de las salas climatizadas del museo de Orsay, «La Habitación en Arlés» de Van Gogh continuaba su testimonio mudo. Ahora, representaba mucho más que la belleza eterna del arte. Simbolizaba la paciencia necesaria para que la justicia acabe por pasar.

Porque en el combate por la verdad —Pierre Bertier lo había comprendido desde hacía mucho tiempo—, solo cuentan la perseverancia y la confianza en el tiempo.

Dos años más tarde, en 2034, cuando el Consejo de Derechos Humanos dictó por fin su decisión después de años de

tergiversaciones, sancionando efectivamente a Francia por violación del derecho de propiedad y denegación de justicia, el evento no ocupó más que unas cuantas líneas en los periódicos internacionales. El caso se había vuelto tan emblemático que su conclusión oficial importaba menos que su impacto transformador sobre las mentalidades mundiales.

Pierre Bertier ya no estaba allí para saborear su victoria final. Se había extinguido pacíficamente un año antes, en su sueño, rodeado de sus libros y sus dossiers. Francia, acorralada después de su condena ante la ONU, había acabado por negociar. Seis obras de la colección Matsukata volverían a Japón, París guardando las piezas más raras mediante contrapartidas culturales y financieras sustanciales. Un compromiso a la francesa que satisfacía a medias las reivindicaciones preservando lo esencial de las colecciones nacionales.

Los museos occidentales habían sido obligados a crear departamentos especializados en las cuestiones de procedencia. Habían desarrollado políticas de transparencia inéditas, bajo la presión de la opinión pública y de esta nueva generación de conservadores formados en el espíritu post-Matsukata.

El universalismo occidental no había desaparecido.

Pero se había adaptado a las exigencias contemporáneas de justicia y de respeto de los derechos de los pueblos. El asunto Matsukata había probado que un solo hombre, rodeado de algunos fieles y armado de la sola verdad, podía desafiar a los Estados más poderosos. La larga batalla por la justicia cultural internacional continuaba, llevada por miles de nuevos combatientes.

En el cementerio de Céret donde reposaba desde entonces Pierre Bertier, una placa conmemorativa recordaba su divisa favorita: «La verdad es lenta, pero es segura». El asunto Matsukata había ilustrado magníficamente la justeza de esta fórmula. El tiempo había dado la razón al viejo profesor catalán.

EPÍLOGO

Esta novela que llega a su fin, inspirada en hechos reales pero transpuestos a un marco ficcional, ilustra los mecanismos complejos del expolio cultural de Estado y la larga marcha hacia la justicia reparadora. Rinde homenaje a todos aquellos que, como la ONG Retour et Restitutions, luchan con valentía para que triunfe la verdad.

El caso Matsukata, tal como se relata aquí, demuestra que la justicia no se mide únicamente por la obtención de restituciones concretas, sino también y sobre todo por la transformación progresiva del debate público. A veces, plantear las preguntas adecuadas con perseverancia resulta más importante que obtener inmediatamente las respuestas correctas.

Que esta novela inspire otras acciones reales en favor de la justicia y contribuya al advenimiento de un mundo más equitativo en el ámbito de la cultura y las artes.
